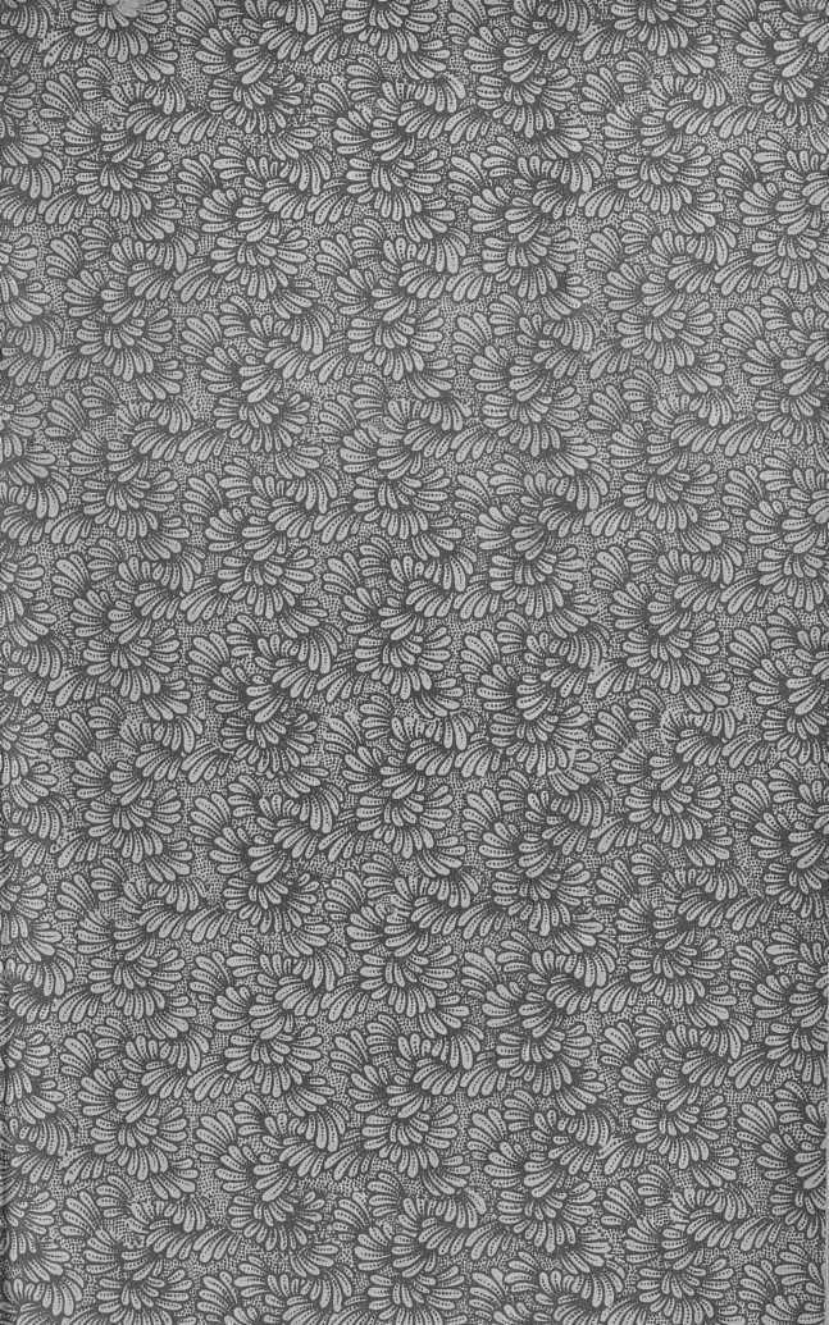
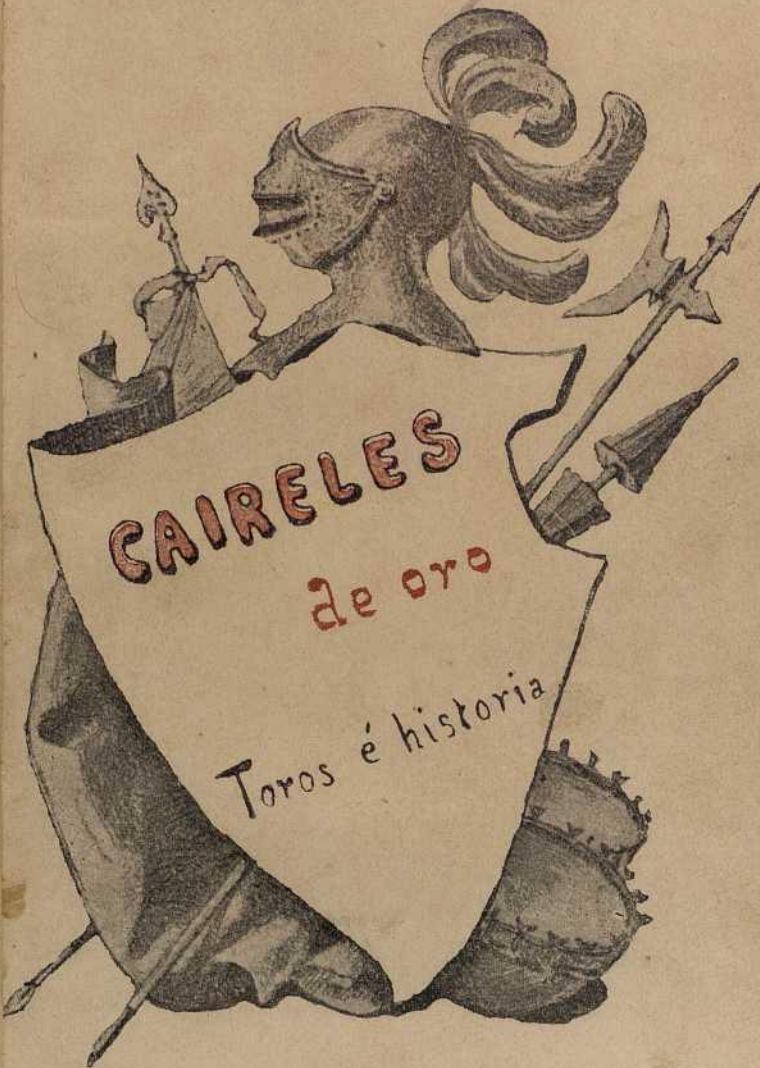








Comunicación cultural
Pascual Millán.



CAIRELES

de oro

Toros é historia

CAIRELES DE ORO

Es propiedad. — Queda
hecho el depósito que mar-
ca la ley.



Pascual Millán

REP

CAIRELES

DE ORO

TOROS É HISTORIA

MADRID

—
IMPRENTA DE EL ENANO

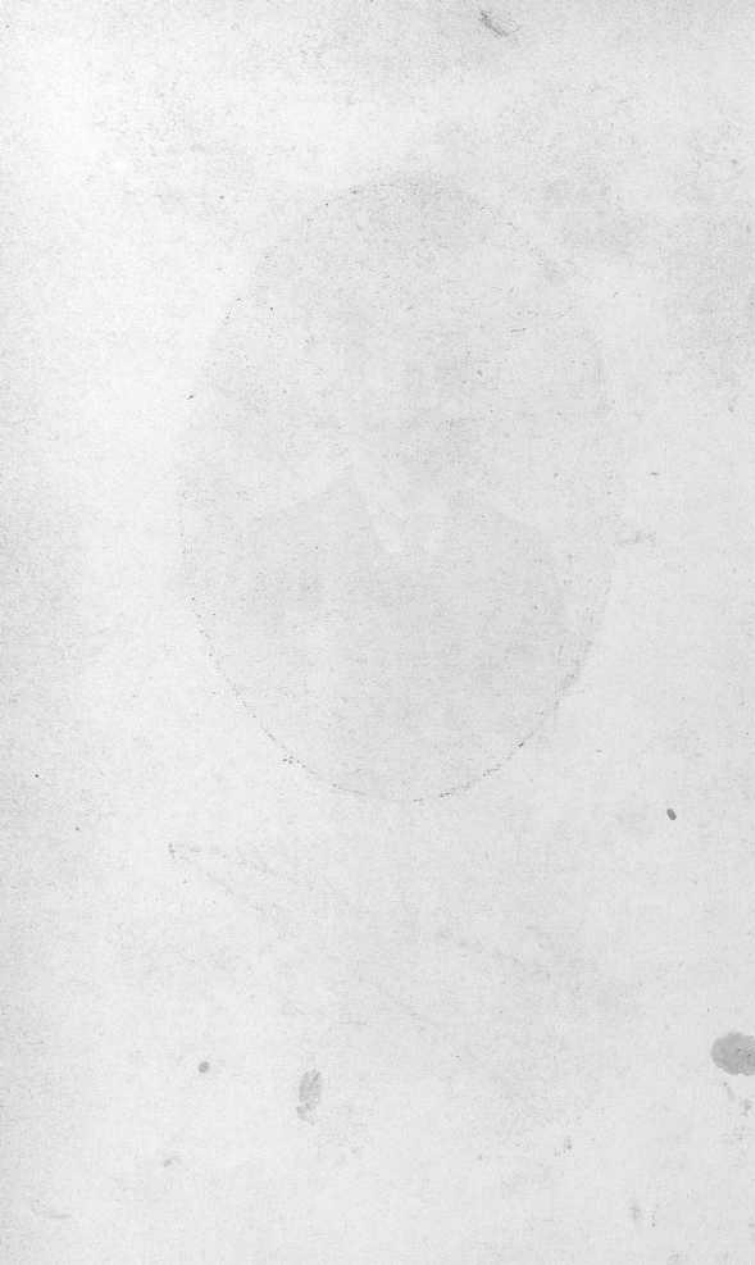
Arco de Santa María, 3

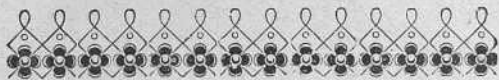
1899

+



Samuel M. M. M.





Despejo

SI yo fuera menos partidario de títulos cortos para bautizar las obras, no hubiera puesto á la presente el nombre que lleva: hubiera escrito en la portada algo parecido á esto: *Carácter de las corridas de toros en determinados circos de España.*

Y ciertamente que tal "rótulo,, guardaría relación con el texto del libro, porque ese es su objeto, pintar el carácter de la fiesta de toros en algunas de nuestras plazas.

Los que hallan iguales todas las corridas y aún dentro de cada una solo encuentran la repetición de los mismos lances en las reses lidiadas, no comprenderán que el espectáculo ofrezca tan diversos caracteres y menos aún que el asunto dé materia para un libro.

Tampoco aquel ricacho aragonés, que por compromisos sociales hubo de asistir algunas noches al teatro Real, comprendía que ningún nacido pudiera tomar en serio las óperas. Para él eso se reducía á unos cuantos cómicos que se pasaban toda la noche cantando sin que nadie les entendiera una palabra.

A Wagner, á Bellini, á Meyerbeer, á Rossini, á Verdi y á Ponchielli los medía por un rasero.

Lohengrin, Sonámbula, Los Hugonotes, El Trovador eran iguales para nuestro hombre: los cómicos cantaban unas veces juntos y otras separados, á fin de romper la monotonía en las funciones, y éstas no se diferenciaban más que en el decorado y los trajes.

Váyale usted á quien así juzgue las óperas con el drama wagneriano, la inspiración de Bellini, la paleta musical de Meyerbeer, el vigor dramático de Verdi, el genio de Rossini y se le reirá á usted en sus barbas.

Intente hacerle ver la enorme diferencia que existe entre la música del Barbero alegre, juguetona, picaresca, exuberante en melodía, llena de gracia, siempre fácil, siempre fotografiando más que pintando el pensamiento del libretista, y la partitura del Roberto, en que se funden la pasión, el sentimiento, lo místico, lo profano, lo material, lo filosófico; en que (como dice Alarcón) se retrata á la Edad Media, se llora, se reza, se ríe, se blasfema, se agitan los campamentos, se remueven las tumbas, se subleva á los infiernos, se escala el cielo, se canta el amor, la fe, la guerra, se canta á Dios; explicadle esto á quien encuentre todas las óperas casi iguales y os tendrá por loco.

Pues algo parecido sucede con las corridas de toros.

Entre las que se celebran en Madrid durante el mes de Junio y las que se verifican en San Sebastián, v. gr., por el mes de Septiembre, hay tanta distancia moral (si se me permite la frase) como la material que separa las dos poblaciones.

En las corridas madrileñas todo es luz, color, vida; el hermoso azul del cielo sirve de bóveda á la plaza; en los tendidos se agita

una muchedumbre que va á los toros por devoción, por amor á la fiesta, rindiendo culto á un espectáculo que siente, que comprende y con el cual se encuentra identificada, á un espectáculo que forma parte de su historia y de su vida, á un espectáculo que es suyo. Y entre aquellos abanicos que se agitan impulsados nerviosamente, en aquellas mejillas rojas por el calor y por los gritos, en aquella fé con que se aplaude lo bueno y se silba lo malo, se descubre siempre el pueblo de 1808. Es el mismo; quizá la podredumbre de los de arriba le haya entumecido; pero cuando quiera se erguirá nuevamente y otra vez empujará á la nación por el camino que le plazca.

En las corridas que celebra la capital donostiarra cambia el cuadro por completo. Un cielo gris cubre la plaza, una atmósfera densa envuelve al espectador; el impermeable és, si así puede decirse, el uniforme del público; éste lo forman en gran parte los extranjeros, que no entienden ni entenderán nunca la fiesta, que aplauden por aplaudir, gritan por gritar y salen de la plaza creyendo haber visto una corrida de toros genuinamente española y pensando que todas se parecen como "dos gotas de agua,,.

No, no se parecen ni ese es el camino; en cada región, en cada plaza, tienen "sabor,, distinto.

No pueden ser iguales las corridas sevillanas con su calor tropical, el sol que abrasa, las mujeres que fascinan, el ambiente saturado por el excitante perfume de los claveles, y las corridas que vemos en algunos países del Norte, donde todo es plomizo, donde el sol no calienta, ni las flores tienen aroma, ni las mujeres se impresionan fácilmente; donde no se siente el espectáculo, ni se le admira, ni se le comprende.

No, no pueden ser iguales las corridas en pueblos de historia diferente, de caracteres distintos y de temperamentos contrarios.

Entre unas y otras habrá siempre la diferencia que existe entre un cuadro de Goya y otro de Wouvermans.

A fijar tales diferencias, á estudiar las corridas de toros en diversas plazas, á pintar algunos públicos y algunos pueblos de los que celebran nuestro espectáculo viene este libro.

Ya saben ustedes de qué se trata.

Procuraré no herir susceptibilidades ni halagar pasiones de regionalismo; pintaré el cuadro tal como lo vea, relataré, según me lo

cuenten los cronistas, el pasado de cada pueblo (muy importante para estudiar el presente) y á quien Dios se la dé, San Pedro se la bendiga.

Esto dicho, manos á la obra.



EVILLA



Capítulo primero

Un hermoso país.—Cuatro palabras de historia.—El apogeo de Sevilla.—De mal en peor.—Típico carácter.—D. Juan de Mañara.—Fortuna te dé Dios, hijo.—El fantasear de los andaluces.—Un cuento viejo.—La explicación.—El amor y las sevillanas.—Romanticismo.—Narraciones andaluzas.—«El niño de la Bola».—Lo que es y ha sido el pueblo sevillano.—El torero.

ESTAMOS en ese país de toros y de toreros, hermoso si los hay, donde el sol abrasa y las mujeres llevan el sol en los ojos; donde el cielo, *retinto en azul*, pinta, el aire, cargado de perfumes embriaga y donde todo es amor y poesía.

Pueblo sin rival, mezcla de árabe y castellano, soñador perpetuo, espiritual, ingenioso, que se deja matar por cualquier *ella* y mata por una frase que considere injuriosa.

País cantado por todos los ingenios del mundo y nunca suficientemente comprendido.

Hay que estudiar la historia de Sevilla para explicarse el carácter de los andaluces. Empieza aquélla por una fábula y sigue mezclando la poesía en todos sus acontecimientos.

Si queréis saber los orígenes de Sevilla perderéis el tiempo lastimosamente; hay tantas opiniones como cronistas, y todos, cual más, cual menos, fantasean á boca que pides.

Los primitivos tiempos de *Hispalis* traen á mal traer á los historiadores; pero lo fabuloso les seduce y todos «caen» en aquello de los seis pilares y en la famosa inscripción de “Fasta aquí llegó Hércules,,.

¡Y aún queremos que no sea soñador

un pueblo á quien se da lo fabuloso por basel

Pasando de la fábula á la historia ya se tiene por cierto que á la muerte de Sertorio, Sevilla fué una provincia romana.

Andando el tiempo, cuando los godos dominaban á España, se desarrolló en Sevilla aquella lucha entre Leovigildo y San Hermenegildo, lucha en que mezclados el amor, la religión, la ferocidad, la mansedumbre y el fanatismo, dieron un santo más á la iglesia católica.

Y vino más tarde la invasión de los sarracenos, los cuales conquistaron á Sevilla el año 712; y estalló la guerra entre los ommeyas y los abasidas; y se efectuó el enlace de Alfonso VI con Zaida (una linda mora que llevó en dote las poblaciones que el rey, su padre, había conquistado); y sobrevino la segunda guerra civil, período de confusión y anarquía en que volvieron á declararse independientes Córdoba, Cádiz, Granada; y pasó la capital á poder de

Fernando III; y reinó después Alfonso el Sabio, el más poeta de los monarcas, y Pedro el Cruel, el más discutido de los hombres; y se fundó, por último, la poderosa monarquía española sobre las unidades de gobierno y de territorio.

Entonces llegó á su apogeo la capital andaluza, cuya prosperidad duró todavía algunos años, tantos que, como dice un cronista, “en 1570, con ocasión del levantamiento de los moriscos de las Alpujarras y reunión de Ronda, vino á visitarlas el rey D. Felipe, que se holgó grandemente de su riqueza y poderío.,,

„Era entonces principal ornamento de esta ciudad una numerosa y escogida nobleza, tan diestra en esgrimir las armas en defensa del rey y de la patria, como dada á la protección de las ciencias, letras y artes.

„Residían en Sevilla, con casa abierta, los Pérez de Guzmán, Ponce de León, Ortices de Zúñiga, Vicentelos de León, con los títulos de Medina Sidonia, Arcos, Alburquerque, Gelves, Cantillana,

Osuna y muchos otros que difundían con el gusto de las letras y de las artes, los ejemplo del honor y religiosidad de la antigua aristocracia castellana.

„En ella encontró, dando representaciones dramáticas en el *Corral de doña Elvira*, al gran Lope de Rueda; ensayando versos filosóficos ó amatorios á Rioja y Herrera; á Baltasar de Alcázar epigramando á lo Marcial; á Gutiérrez de Cetina cantando los celestiales ojos andaluces; á Arguijo siendo el Mecenas de los vates sevillanos; á Pacheco y Herrera el Viejo preparando la triunfal corona de los Murillo, Velázquez y Zurbarán; á Cano haciendo la justa de Montañés y á los arquitectos Luis y Gaspar de Vega, Martínez de Gainza, etc., etc., emulando aquel divino Herrera, á quien cupo en suerte levantar las severas líneas del Escorial y de la Casa-Lonja.,,

Admirable pintura la de este cronista que en pocas frases dibuja una época.

Después, Sevilla, fué de mal en peor.

Felipe III no dejó otra cosa que un gran número de fundaciones monacales; Felipe IV la llevó de desastre en desastre; el imbécil Carlos II aún la empujó por aquella pendiente y desde el advenimiento de los Borbones sufrió en más ó en menos la suerte de las otras provincias de España.

Pero tuvo siempre y conserva todavía su típico carácter, su fisonomía propia; ese sello especial que le dió la historia. Lo debe á los árabes que la impregnaron de orientalismo; lo debe á sus reyes, que fueron poetas antes que gobernantes, vivieron pensando en *Cantigas* y *querellas*, y tan lejos de lo real que para conjurar una crisis no les ocurrió cosa más útil que cambiar el valor de la moneda; lo debe á soberanos que con sus intrigas, sus amores, sus genialidades y sus crímenes, han dejado una leyenda en cada muro; lo debe á sus nobles que peleaban por el rey, justaban en torneos por sus damas y fundían lo platónico y lo brutal, lo amoro-

so y lo horrible hasta incrustarse, digámoslo así, en la imaginación popular y hacer salir de ella un sin fin de narraciones estupendas que sirvieron de base á los libros de caballería.

Don Juan de Mañara fué el tipo real del Tenorio. Tirso de Molina hizo sevillano á su *Burlador* y esa creación hermosa que ha recorrido todos los teatros del mundo y ha nutrido la literatura de todos los países, tuvo en España muchos ejemplares de carne y hueso.

El sevillano heredó de los árabes su *estaba escrito*; cree que lo que ha de ser será y no se para en buscar remedio á lo que no lo tiene.

De ahí ese afán por la nigromancia que tuvo en otras épocas; de ahí esa afición que todavía conserva la clase baja á querer saber su suerte, dejándose *echar la buenaventura*.

Piensa firmemente en que si ha de tener holgura la obtendrá sin esfuerzo y no pone medios para adquirirla.

Lo de "*Fortuna te dé Dios, hijo, que el*

saber poco te vale,, es para él un axioma. Quizá por eso lee poco y estudia menos, dejando libre y sin trabas á su imaginación.

Ella le hace mentir, á pesar suyo, y por ella el sevillano es embustero; miente no por vicio ni cobardía, sino por su tendencia á poetizar las cosas, apartándolas de la realidad, engrandeciéndolas, viéndolas siempre en el espíritu y no en la materia.

Es muy vulgar el cuento y lo saben hasta las piedras; pero explica perfectamente el carácter andaluz y por eso lo cito aquí:

Caminaba un sevillano por la carretera de Córdoba, y á todo el que se encontraba en su camino le decía, con gran vehemencia: “Comparito, si vasté pa Seviya corra osté, hombre, corra osté, ca c’aba de ayegar el emperaor de la China y se va á dir sin verlo,,.

Y el «comparito» echaba á correr, como alma que lleva el diablo, á fin de llegar lo antes posible á la capital anda-

luza. A tantos dijo la misma cosa y tantos corrieron de igual modo, que el sevillano, parándose repentinamente, exclamó:

“Maresita de mi arma, ¡si juá verdá e’a yegao el Emperaor de la Chinal,,

Y volviósse á Sevilla corriendo como los otros para ver al chino.

¿Había inventado la cosa por burlarse de la gente?

No: él estuvo en Sevilla, presenció la entrada del nuevo capitán general, y como esto nada tenía de extraño, porque nuevos capitanes generales los hay á menudo, poetizó aquella entrada, la abultó, la exageró; su imaginación le hubo de llevar por los campos de la fantasía, y él mismo llegó á creer lo de la llegada del chino.

En este cuento, que siempre sale á colación cuando se trata de ridiculizar á los andaluces, y en las famosas exageraciones de Manolito Gazquez hay un fondo de verdad; son las caricaturas de un tipo que existe, de lo con-

trario, no tendrían razón de ser y no serían.

Bajo tan burdas ampliificaciones, está siempre el carácter que las motiva.

Exageración es lo atribuído á cierto gallego que, al tropezar con una piedra y herirse en un pie un día que caminaba descalzo y con los zapatos al hombro, exclamó: “¿Eh? Si llegu á llevarlos puestus, me revientu.,,

También es esta la caricatura de otro tipo, pero ese tipo vive; es el del hombre que persigue la economía y el ahorro á través de las privaciones y de los sufrimientos. Un zarpazo en su individuo no le arredra, una lesión en sus intereses le anonada.

Que hay sevillanos que mienten por mentir, hacer gracia y burlarse de todo el mundo, eso por sabido se calla; pero constituyen la excepción, aunque parezcan la regla general. Los *guasones* y los *asauras* son los menos, dicho sea en honor de Sevilla.

En ninguna región de España el

amor prende con el fuego que en Sevilla, ni se presenta con más romanticismo.

La sevillana, en aquellos patios llenos de macetas, con aquellas fuentes, y aquellos tiestos, y aquel perfume de las flores, se presenta á la imaginación del hombre como un ser ideal.

Sacadla de allí, llevadla á la Puerta del Sol, v. gr., haced que pase entre la aguadora, el vendedor de periódicos, el soldado, el golfo, el cesante, el señorito de la crema, y habrá perdido todos sus encantos; á lo sumo, si es hermosa, os hablará brutalmente á los sentidos; pero en su casa, rodeada de aquellos muros que la ocultan, bajo aquellos arcos, en aquella reja que parece un vergel, tiene atractivo fascinador.

Diríase que es una odalisca escapada del serrallo, una mujer que prefirió arriesgar su vida, burlando la vigilancia de los guardianes, antes que entregarse á quien no consiguió ganar su cariño, y está allí como una heroína de

leyenda aguardando al que ha de conquistarla hablándole al espíritu, porque lo material no reza con ella; de haberlo querido, bien se estaba en el harem.

No cabe duda, el amor en Sevilla es romántico antes que todo. De ahí ese cúmulo de leyendas, novelas, y—sobre todo—cantares que han corrido España entera y vivirán eternamente la vida del espíritu.

Esas narraciones en que un bandido y su amante son los protagonistas, esa *Gitanilla* que parece arrancada del natural, esos pueblos enteros protegiendo al salteador de caminos, porque reparte con el pobre lo robado al poderoso, se admiran por lo que tienen de poético, dentro de la realidad.

Son genuinamente andaluces, están impregnados del romanticismo viril—si se me permite la frase—característico de la raza.

Hay un novelista andaluz que pintó como nadie ese romanticismo sevillano fundido en lo real, un escritor que no

ha sido, con serlo mucho, apreciado en todo su valer, Pedro Antonio Alarcón.

El *Niño de la Bola* es una fotografía admirablemente “tomada,,. No puede hacerse nada mejor.

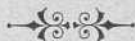
Entre aquellas figuras reales de toda realidad, y aquellos diálogos copiados del natural, y aquel cura que huele á sacristía, y aquel boticario que parece hecho con veneno y hiel, se destaca la arrogante figura de Manuel Venegas, el viril romántico que sintetiza su raza, el soñador de siempre, el que cuenta como seguro el amor de una mujer, la cual, siendo niña, le habló una sola vez sin que nada le prometiera, y sin embargo, él cree que ha de esperarle toda la vida, aunque pasen años y años y ella ignore si vive. Hermosa creación novelesca que hubiera dado la vuelta al mundo si la hubiera firmado un Daudet.

¡Y aún la han discutido muchos de nuestros compatriotas que se tienen por escritores!

Amor, poesía, romanticismo, eso ha sido el pueblo sevillano y eso es todavía; por eso viste con lujo, por eso se le ha presentado como el tipo de lo rumboso. Quizá no tenga para comer mañana; pero no le faltará seguramente un traje airoso con que salir á la calle y pelar la pava, ese traje que ha quedado como *cancilleresco* y con el que pintan siempre los extranjeros al ciudadano español.

Un pueblo con estas condiciones, un país que cría reses bravas y caballos de sangre, debía necesariamente ser torero, y lo ha sido. Su historia, sus costumbres, su raza, su campiña, su cielo, todo le arrastra á una fiesta que, si no nació en Sevilla, allí creció y se desarrolló, y allí la poetizaron los caballeros en los siglos xv y xvi, y allí la popularizó más tarde la clase baja, y de allí han salido los que heredaron las cualidades del Tenorio, los que crearon el tipo de torero español, ese que vivió hasta hace algunos años y desapa-

reció para siempre, dejándonos el matadores de oficio que piensa en Cubas Filipinas y Acciones del Banco, y sólo aspira á crearse una renta con su oficio.





Capítulo II

El manejo del caballo.—Hermandades de Caballería.
—Plaza *ad hoc*.—Lides de toros.—Su antiguo carácter.—Un documento curioso.—Ganaderos curiales.—Una carta de Isabel la Católica.—Toros y cañas.—Lo que costaba el ganado en el siglo xv.—Un mayordomo á quien se vapulea de «oficio».

ALLÁ por los siglos del xii al xv el manejar bien un caballo fué cosa en que cifraban su orgullo los reyes y la nobleza, especialmente la sevillana.

Querían ser buenos jinetes y “diestros en la milicia,, y tanto se atendió al en-

grandecimiento de la raza caballar, que entre otras disposiciones relativas al asunto hay un edicto de los Reyes Católicos “prohibiendo la cría y uso de las mulas y ofreciendo premios por la de los caballos,,.

“Al efecto, dice un cronista, se instituyeron diferentes Ordenes ó Hermandades que llamaron de Caballería, como fueron la de la Enzina, los Silios, el Rosario, la Escama, la Razón y la de la Ronda, cuyo primer Hermano Mayor fué el Rey D. Alonso Dezimo.,.

Ya en tiempo de Fernando III se dedicaban los nobles “á los ejercicios del caballo, sirviendo para ellos la tela exterior de la Puerta de Córdoba inmediata á la Hermita del Invicto Rey y Martyr San Hermenegildo,,.

“Se formó una hermandad en honra de este santo, en que poniendo sus nombres los más principales caballeros, se dedicaron al ejercicio de los caballos y se amaestraron en la Milicia: y fabricó en Tablada un circo para los ejercicios

de la gineta y la Lid de Toros, de donde es verosímil adquirió este sitio el nombre de toril.,,

Así reza el prólogo á las reglas de la Maestranza de Sevilla, las cuales, con otros documentos de importancia, me ha facilitado mi buen amigo D. Luis Carmena, á cuya excelente biblioteca hay que acudir si ha de hacerse algo á derechas, cuando de toros se escriba.

Vemos, pues, que ya en tiempos de Fernando III el Santo había en Sevilla lides de toros por la nobleza, y que para ellas principalmente se hizo una plaza *ad hoc*.

¿Cuál era el fin de estas lides? Probablemente el de adquirir seguridad en el caballo, aun enfrente del peligro; pero no tuvieron el sello que las caracterizó después, cuando se convertía en empeño de honor cualquier incidente de la lidia, cuando se ganaba á cuchilladas y pie á tierra lo que se había perdido desde el caballo; cuando por causar la admiración de la mujer amada, ó conquistar á

la desdeñosa, se arriesgaba brutalmente la vida antes que consentir en el triunfo de un rival; cuando se hacía gala de lujo y poderío; cuando se presentaban cientos de lacayos y pajes ricamente vestidos, aunque hubiera de empeñarse la hacienda; cuando el romanticismo viril del héroe se puso de manifiesto, en las corridas de toros principalmente, y éstas fueron el tema obligado de todas las fiestas y regocijos.

No voy á hacer una historia de los toros en Sevilla, ni lo permite la índole del libro, ni es asunto para tratado á la ligera; pero sí citaré algunas fiestas, exponiendo los hechos sin andarme en muchos comentarios, porque eso sí que encaja en mi propósito. Tales citas descubren el carácter que ayer tuvieron las corridas de toros y nos llevan como por la mano á la explicación del que tienen en la actualidad.

En ellas (las citas) hay algo que pueden aprovechar los aficionados á la historia. Por mi parte me consideraré muy

feliz si consigo fijar un momento la atención del lector.

Dice un documento de la época:

“Por carta del corregidor alguacil e regidores de seuilla fha. á 20 de mayo de | C” cccc v años hicieron saber á los contadores de la dha. cibdad que mandaron á iohan martinez rregidor e mayordomo de la dha. cibdad que agora quando ouieron nuevas que era nascido el ynfante don iohan fijo lejitimo del Rey don enrique que dios mantenga et de la rreyna doña catalina, ssu muger fiziesse facer dos tablados de madera el vno para poner ante las gradas de santa maria et el otro ante la puerta del alcázar del dho. señor rrey Et que comprase ciertos toros (1) para lidiar et que fiziese poner tabla para justar et comprase varas con zoquetes para ella et

(1) En 16 de marzo de 1405 «se dieron cien mrs. por su costa á Juan Sanchez el mozo carnícer para dar á los carníceros que fueron á Bornos por los siete toros que trajeron y se lidiaron en las gradas de S.^{ta} María.»

arquilase algunos arneses de justar Et que fiziese barreras para lidiar los dhos. toros ante las dhas. gradas de S.^{ta} maria Et que allanase et cobriese de tierra la dha. calle de las gradas porque en algunos lugares estauan foyos e barrancos Et cerca desto en las casas que eran mas necesarias le mandaron que las comprase e fiziese en aquella manera que cumplia para se fazer alegrias por el nascimiento de dho. señor ynfante.,,

Mal andaban de mayúsculas en aquellos tiempos y mucho ha cambiado la ortografía desde entonces; pero como esto no nos importa un ápice, la verdad es que el escrito en cuestión no necesita glosas ni comentarios de ningún género.

Por sí solo descubre quiénes eran los ganaderos de Sevilla, cuánto cobraban por los toros, dónde se celebraban las corridas, cómo se disponía la plaza, etcétera.

Era sabido, cuando las reinas daban á luz, el pueblo tenía que alegrarse y... toros al canto.

En 1453, según un *mandamiento de sevilla*, le fué abonado á “aluar gomez, mayordomo,, lo que gastó en las barreras para lidiar los toros “po: las alegrías del ynfante D. Alonso,,. Y al año siguiente se le pagó á “juan rodriguez, escribano, un toro que le tomaron para lidiar,, por las mismas alegrías.

Como se ve en esta y otras citas que omito, el curial en cuestión hacía á pluma y á cuerno y compartía con los carniceros la tarea de proporcionar toros al rey, porque era éste el que los mandaba adquirir, á juzgar por el extracto de un mandamiento de Sevilla, que dice así: “A ciertas personas aquí contenidas por los XXV toros que el rey mandó tomar el año 1455.,,

No era solo el curial antes citado el que proveía de toros á los sevillanos. En 1475 se pagó á “daniel gonçales escribano de la justicia desta cibdad 2000 mrs. por vn toro que le fué tomado para lidiar por las alegrías que se ficie-

ron quando el Rey nro. señor ganó á Camora.,,

¡Diablo de curiales, y cómo se ingeniaban! (1)

He de suprimir forzosamente, por no hacer demasiado monótono este capítulo, la cita de muchos documentos de aquella época que se refirieron á corridas de toros celebradas en Sevilla; mas no pasaré por alto la carta que con motivo de su alumbramiento, en 1478, dirigió Isabel la Católica al Concejo sevillano y los acuerdos que con tal motivo tomó dicho Concejo, uno de los cuales fué, como era de rigor, el de celebrar corrida de toros.

Ahí van los textos:

“*La Reyna* = Concejo, alcaldes alguacil y quatro caualleros escuderos ju-

(1) No faltaron bachilleres que *alternasen* con los carniceros en lo de procurar toros para las corridas: En marzo de 1490 se abonaron unos cuantos miles de mrs. á varios carniceros «y a un bachiller por 12 toros para las fiestas de los desposorios de la sra. ynfanta».

rados oficiales e omes buenos de la muy noble e muy leal cibdad de Seuilla ya sabeys como por la gracia de nro. señor y por su ynmensa bondad soy alumbrada de vn fijo ynfante que me nacio ayer de lo cual mande a martin de tauara contynuo de mi casa que vos diese esta mi letra sohello de oy miercoles primero dia de jullio de lxxviii años (1)=yo la reyna=por mandado de la reyna=Alfon dauila.,,

El Concejo sevillano se reunió inmediatamente, y los acuerdos que en él se tomaron helos aquí:

“En este cabildo fué dicho á los dichos oficiales en conmo ayer martes entre las honze y las doze de medio día pariera la reyna nra. señora en el su alcázar real vn fijo varon presentes muchos grandes del Reyno y los diputados

(1) En el original, y por error de copia indudablemente, se fecha esta carta en l.^o de julio de 1468. La carta debió ser escrita en 1478.

Es sabido que los Reyes Católicos se casaron el 19 de Octubre de 1469.

que heran por Sevilla para ello et que estana razon pues que á nro. señor auía plazido de la elumbrar de fijo varon de fazer algunas solenidades y alegrías et fablando en ello acordaron y mandaron que la cibdad puyese tela y cañas para que justasen los gentyles hombres que quysiesen justar y se diese unapieça de seda para quien mejor lo ficiese, et ansimismo mandaron que se lidiaran veynte toros y asymismo mandaron que se puyese vn tablado para tirar bohordos et que lo que costase todo esto en las albricias que se auian de dar se buscasse de donde se pudiera aver.,,

En las cuentas de los festejos acordados en esta sesión figura una partida de cierta cantidad que se pagó á “juan mir, carnicero, por los ocho toros que se corrieron y después se los tornaron á llevar.,,

De modo que, por lo menos, estos ocho toros no fueron de muerte ni los debía lidiar la nobleza.

Por último, y “acabamos con el siglo xv,, cuando la Reina Católica salió á misa, después del referido alumbramiento, Sevilla festejó á la soberana con otra corrida de toros, ocho de los cuales se tomaron al carnicero Juan Ruiz, pagándoselos á dos mil quinientos mrs. cada uno.

No debió andar muy solícito el mayordomo de la ciudad en entregar los fondos para la corrida, cuanto el Concejo le dirigió el siguiente rapapolvo:

“Nos los alcaldes e alguaciles e asystente e los veyte e quatro caualleros rejidores de la muy noble e muy leal cibdad de Seuilla mandamos a vos aleman poca sangre mayordomo desta cibdad e recabdador que sodes de los mrs. que montan las rentas de las ynpuisiones de uno por ciento etc.,,

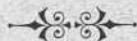
Lo que le mandaban era que diese los fondos sin andarse con repulgos y los sacase de donde pudiere.

Mucha prevención hay en el día contra los recaudadores de arbitrios; pero

no se llega hasta á insultarles oficialmente.

En el siglo xv, por lo visto, eran más desahogados.

¡Qué falta nos hace ahora, en muchas cuestiones, aquel desahogo!





Capítulo III

En los siglos XVI y XVII.—Para festejar la venida del Rey.—Toros «que se tornaban á llevar».—Limosna para comprar un capote.—Enrique IV, Carlos V y Felipe II.—Regocijos por la conquista de Lisboa.—Entre sombras.—Un Cardenal que excomulga, una Audiencia que absuelve y un Rey que obliga á levantar la excomunión.—Donde se revela una vez más el carácter andaluz.—Unos cuantos versos.— ¡Qué diferencia de tiempos!



Y vamos con lo que pudiera llamarse la edad de oro de nuestra fiesta.

¡Apenas si alcanzó importancia en los siglos XVI y XVII!

Con sólo citar los datos, auténticos de toda autenticidad, que tengo á la vista,

llenaría un volumen. ¡Qué de corridas y qué de luchas entre las corporaciones y los particulares, y qué de solicitudes de tal ó cual “gremio,, ó hermandad para lidiar toros en Sevilla!

Por la “buena nueva que vino el día de Santiago,,, en 1512 (no dice el texto cuál fué esa buena nueva) hubo corrida de toros que debió ser muy importante, si no mienten las cuentas pagadas.

Y sin buenas ni malas nuevas, el día de Santiago era costumbre agasajar al patrón de España con la lid de “ciertos toros,, que compraba la ciudad.

En 1517, para festejar la venida del Rey á la capital andaluza, “fué acordado quel domingo primero que vyene que serán onze días deste mes (Octubre de 1517) correr en la plaza de San Fran.^{co} de esta çibdad ocho toros e que uuestras mercedes (asistentes y regidores) hablen á los carniceros desta çibdad e corcierten con ellos que los den que sean buenos,,.

No es la primera vez que al tratarse de comprar toros en aquel tiempo se en-

carga á los comisionados que se concierten con los carniceros, á fin de obtener buenas reses.

Y como algunos de los toros lidiados no eran “de muerte,, sino que *se los tornaban á llevar* como ya hemos visto, ocurre pensar si esos toros buenos lo serían aquellos que habiendo demostrado su bravura en otras fiestas, los guardaban determinados carniceros para las grandes ocasiones y se los hacían pagar más caros que los *primerizos*.

Esto y el no escaso número de víctimas causadas por los toros, en las cuales se basa luego el Sumo Pontífice para prohibir la fiesta, hace presumir que en casi todas se lidiaban toros ya corridos otras veces, cosa que agiganta el valor de aquellos nobles *empeñados en buscar empeños*, con bichos de tal jaez.

Y no sólo de los nobles, sino también de los plebeyos, los cuales muchas veces por amor al arte se echaban al redondel y hacían algo de lo que más tarde vimos (con los ojos de la Historia, dicho

se está), á los Romeros y Pepe Illos antes de ser ellos las principales figuras del espectáculo.

Entre los muchos documentos curiosos que guardan los archivos sevillanos, hay un memorial de Juan Guardiola interesando la liberalidad del cabildo á fin de que le otorgara una limosna para comprar una capa, alegando que en la fiesta de toros de 1594 rompió dos en la lidia “y haciendo buenas suertes,,.

Con aquellas reses y aquellos *chulos* verificaba Sevilla las fiestas de toros á fines del siglo xvi.

Carlos V presenció las que en honor de sus bodas se verificaron, como siempre en la Plaza de San Francisco, en 1526, y Felipe II celebró su llegada á Sevilla (1570) con fiestas reales de toros y cañas, lo mismo que cien años antes había hecho Enrique IV. Así nos lo cuenta Zúñiga y habrá que creerlo.

Los toros continuaban siendo el tema

obligado en los festejos de todas clases. Para celebrar la toma de Lisboa (1580) “se juntaron en la posada del Illmo. Sr. Qonde del Villar asistente,, varios nobles sevillanos y los *ediles* de la ciudad, y acordaron diferentes fiestas “y que se pregone que por toda la ciudad, por todas las casas se pongan luminarias e que lo haga cada becino en su casa con pena,,.

“Asymismo se acordó que de el lunes primero que viene en quince dias que se contaran diez e nueve de setiembre se haga Regocijo en la plaza de S^a Francisco de toros y cañas y que la ciudad de doze toros los quales busquen los señores..... (aquí sus nombres) y lo que costasen lo pague el obligado de los tajos y menudas, conforme a su asiento.,,

Hasta mediados del siglo xvi se camina entre sombras en lo relativo á toros, lo mismo en Sevilla que en todas partes, porque aún no habían surgido (ó eran muy raros) aquellos poetas que de-

dicaban su númen á cantar las corridas; pero desde entonces la cosa marcha como sobre ruedas, gracias á tales *revisteros*, y puede historiarse fácilmente, como verá el lector.

Allá por los años de 1592 se celebraron en Sevilla (según Alenda) unas funciones de toros en tiempo de Jubileo plenísimo. El Cardenal arzobispo, que lo era D. Rodrigo de Castro, creyendo tener de su parte la corte pontificia excomulgó á todos los que directa ó indirectamente tomaron parte en la fiesta. ¡Nunca lo hubiera hecho! La ciudad, alborotada, armó pleito al arzobispo y éste pudo convencerse de que por entonces no había más autoridad que la de Felipe II. El *católico* rey no estaba por que la iglesia se metiera en libros de caballería, y es fama que en cuanto supo lo de la excomunión y el pleito, hizo que el Nuncio *metiera un capote* y levantase todas aquellas excomuniones, como sucedió.

No acabaron aquí las desazones del

purpurado: La audiencia absolvió á la ciudad, condenando á don Rodrigo al pago de 1.000 ducados y las costas.

Y este hecho que á la ligera citan algunos historiadores merece fijar la atención. En él se descubre una vez más el carácter andaluz. Celebran los sevillanos fiestas condenadas por el Papa, las celebran en tiempo de Jubileo plenísimo, y al verse excomulgados no piden merced, no confiesan su error, se alzan contra la autoridad eclesiástica y la ponen pleito, decididos á no cejar.

¿Es que les falta la fé, que no son católicos, que no creen en la otra vida, que se burlan de las excomuniones? Nada de eso; creen todo lo creíble en materias religiosas, veneran á los santos, temen la pena eterna á que les llevará la excomunión; pero la afrontan abiertamente, no la rehuyen; lo contrario sería indigno de ellos, equivaldría á confesarse temerosos, á declararse vencidos sin luchar, á reconocer superiorí-

dades que se les imponían porque sí. Y aquellas corridas en que los caballeros sevillanos arriesgaban—dada su fé—no sólo la vida, sino la salvación eterna, y aquellos empeños á pie, y aquella lucha encarnizada con toros resabiados, tienen una grandeza que no pueden comprender estas nuestras generaciones, avasalladas por el positivismo y tan apartadas de lo romántico como lo está la tierra del cielo.

Un vate que describe las corridas objeto de la excomunión dice entre otras cosas:

“Veinte lacayos robustos
con ellos delante salen;
morado y verde el vestido
espadas doradas traen.
De ser don Nuño y Medina
dan muestra y claras señales;
que aunque vienen embozados
no pueden disimularse.,,

El lujo de lacayos fué en auge desde esta fecha, llegando en el siglo xvii á su apogeo.

Algunos nobles se arruinaron por tal lujo; hoy quizá lo hubieran hecho en las salas de Monte Carlo ó en el corro de la Bolsa.

¡Qué diferencia de tiempos!





Capítulo IV

En el siglo xvii — ¡Aquella dinastía austriaca! — Siguiendo las costumbres de Madrid. — El *matadores* Felipe IV. — Un escrito que pinta una época — Fundación de la Maestranza. — Sus estatutos. — Felipe V y los *juegos de armas*. — Lo que eran tales juegos. — Incremento de la fiesta nacional. — Cien corridas de toros. — En Madrid y en Sevilla. — Un notable desempeño. — Nueva faz del espectáculo.



DE todos los *papeles* de toros y relaciones correspondientes al siglo xvii, que he consultado para la confección de este libro, la inmensa mayoría se refieren á fiestas celebradas en Madrid.

Allí fué donde el espectáculo adqui-

rió desusadas proporciones y marcó definitivamente el rumbo que había de seguir en toda España.

Sevilla quedó relegada á segundo término y siguió las corrientes madrileñas, hasta que la clase baja hizo suya una fiesta desdeñada por los Borbones.

Entonces la cosa varió de aspecto y dió á las corridas sevillanas el carácter que hoy tienen.

¿Quiere decir esto que en el siglo xvii perdieran el que tuvieron hasta allí? Nada de eso. El espectáculo reflejó siempre la historia, la tradición y las costumbres del pueblo sevillano; pero haciéndolas en cierto modo feudatarias del Rey y su corte, amoldando la fiesta á las prácticas seguidas en Madrid.

Aquella dinastía austriaca que llevó á España al último grado de la abyección; que hizo de la iglesia un teatro y del convento un lupanar; que dividió y subdividió la justicia hasta anularla; que llenó los campos de bandidos y los monasterios de viciosos holgazanes; que

llegó en su cinismo hasta el punto de absolver el monarca á los judíos, si éstos le pagaban bien la absolución, mientras hacía quemar en las hogueras del Santo Oficio á cientos de infelices, por el delito de no tener dinero para comprar su vida; que convirtió la corte de las Españas en un semillero de sodomitas, proscribió la ciencia, envileció el ejército y encanalló las costumbres; aquella dinastía austriaca tan gráficamente descrita por Felipe Picatoste, tenía que llevar su perniciosa influencia á todas partes y las llevó á la nobleza. ¡Hasta la de Aragón perdía su altivez!

Y si esto sucedía en la aragonesa ¡que mucho pasase lo mismo con la sevillana, más afecta á los reyes y más devota de sus personas!

Por eso la vemos convertirse en servidora del monarca, adulándole siempre y procurando serle grata.

En la fiesta de toros y cañas con que Sevilla solemnizó la canonización de

San Ignacio, San Francisco Javier, Santa Teresa y San Isidro Labrador, en 1622, la nobleza puso de manifiesto aquel servilismo. Por mil causas que no son aquí de momento, trató de suspenderse aquella fiesta; á unos les repugnaba darla en día de vigilia—que era el designado;—“otros, tomando por pretexto los excesivos calores de julio,, querían aplazarla; y siendo todo esto inútil, se apeló al recurso de exponer—como era verdad—que, “habiendo muerto recientemente personas muy allegadas á los caballeros anunciados para lidiar,, se celebrase la fiesta en otra ocasión. No hubo medio, “la mayoría dijo que una vez preparada no podía suspenderse ni dilatarse, como se hacía en la corte, *cuyas costumbres seguían*, á menos que no hubiese duelos que afectasen á la Casa Real,,.

Ese *cuyas costumbres seguían*, me exime de hacer más variaciones sobre el tema. Que las haga el lector y ganaremos camino.

Dos años más tarde visitó á Sevilla Felipe IV y con tal motivo los nobles echaron el resto.

En la corrida de toros, organizada para honrar al monarca, se lidiaron doce, “los nueve de ellos—como dice un vate revistero—hicieron muy buenas suertes, sin desgracias. Toreó á caballo D. Juan de Cárdenas un truán del duque, (1) de excelente humor, con tanta destreza y bizarría, que al toro más furioso dió una muy buena lanzada; Mató S. M. tres toros con el arcabuz.,,

No dice cuántos disparos hizo el rey mata-toros para despachar los tres bichos; aunque Felipe IV era muy diestro en lo de arcabucear, con frecuencia *pinchaba* más de una vez; así le sucedió en *Dos Barrios*, donde para derribar al último toro de los 13 lidiados en su obsequio, con motivo de la dicha visita á la capital andaluza, hubo de tirar dos arcabuzazos. Lo que no impidió á los

(1) De Medina Sidonia.

macarrónicos poetas describidores de la hazaña, deshacerse en elogios ante la *incomparable habilidad del monarca sin segundo*.

Y como el estilo es el hombre y la inmensa mayoría de los que reseñaban las fiestas estaban cortados por el mismo patrón, ahí va un trozo de cierto escrito, que pinta una época:

“Heroyco aplavso, célebres jvbilos de lustrosas demostraciones, assi de festines, como de lucido aparato de las Reales fiestas de toros y cañas que el invicto cabildo de la Muy Noble siempre y Muy Leal Cívdad de Sevilla, ha hecho y en popular aclamación, explicando en tanto regocijo y alegría el augusto gozo de aver cymplido los catorce años de sv edad el invictissimo y catolico Monarca de las Españas, D. Carlos II etc.,,

Y empieza el romance:

“Quando el Planeta segundo
Sol de todo lo primero
floreció en catorce Mayos
la Corona de su Imperio.,,

Por la muestra calculará el lector qué sería lo demás.

¡Y eso lo inspiraba aquel idiota que creía firmemente tener los *malos* en el cuerpo y se entregaba de hoz y de coz al clericalismo!

No hubiera citado esta relación si se tratase de un hecho aislado, si fuera simplemente el desahogo poético de algún infeliz, capaz de llamar hermoso á Picio, si eso le valía unos cuantos reales; pero es que hay muchas relaciones por el estilo; es que la falta de dignidad en unos llegó á todos; es que las tales relaciones, con su disparatado estilo, reflejan bien á las claras el estado social de entonces.

*
* *

En 1670 se fundó la Real Maestranza de Caballería bajo la advocación de la Virgen del Rosario, y en 1731, el infante D. Felipe, que era su hermano mayor, aprobó las reglas por las cuales

había de regirse desde entonces aquel instituto.

Una parte de ellas se refiere á los toros, pues el Rey concedió á la Maestranza un perpetuo arbitrio para celebrar dos corridas al año.

“Será (dice uno de los capítulos) cuidado de los caballeros diputados, la compra de los toros, procurando que sean los mejores que se encontraren: pues la concurrencia principal lucimiento de estas diversiones, pende de su calidad, la que hace famosa su mayor ferocidad, no cometiendo á los que hubiese de dar la vara larga, el que la elijan. Otra de las circunstancias que hacen estas funciones divertidas, son los Picadores, y así deben procurar elegir los que juzgasen más diestros en esta Arte, y en la Plaza, por gande que sea no tomarán la vara más que tres ni tampoco menos.

„Los quales, para que salgan uniformes se vestirán siempre de chupas de lama, casaquilla y calzón de grana, con

botones, ojales, y galones de plata, y las sillas de gineta, también serán de grana, con galones de plata.

„Los que han de estoquear en la Plaza se vestirán uniformemente de encarnado y blanco.,,

Las reglas citadas se ocupan también en el tamaño y figura de la plaza, en la construcción de la misma, en su arrendamiento, en la publicación de las fiestas, en la forma del “vando,, en la del “Balcon del Serenísimo Señor Hermano,, en el gobierno de la plaza, etc.

Todos estos documentos hacen, por sí solos, la historia del espectáculo. Sin necesidad de meternos en honduras, se ve que ya, cuando las reglas de la Maestranza fueron publicadas, el pueblo y no la nobleza era el alma de las corridas, que había picadores “dies-tros en el arte,, á quienes se buscaba con esmero y que los estoqueadores estaban á la orden del día.

Felipe V, que no comprendía ni po-

día comprender la grandeza de las fiestas de toros, quiso anularlas, sustituyéndolas por los juegos de armas, muy celebrados en su país.

En 1706 se verificó en Madrid uno de estos *juegos*, al cual no faltó su correspondiente vate que lo cantara.

Y como hubo verdadero afán en ofrecer á la corte un gran espectáculo para que el público sintiéndose atraído por él, le tomase afición y olvidase las corridas de toros, y como algunos de nuestros nobles llevaron su adulación hasta hacer la causa del monarca, y como además, aquel *juego de armas* influyó no poco en el carácter de las corridas, es preciso decir lo que fué tal *juego*.

Una relación impresa en 1707 lo anuncia de esta manera:

“Certamen velico, entretenimiento de el ocio, y juguete del valor, en que se divierte el Rey Nuestro Señor (que Dios guarde) en la Plaza Real de la Priora.,,

Después de este anuncio viene un ro-

mance descriptivo de la función. Esta se hizo en presencia de toda la Corte, en una plaza construída *ad hoc*.

“El juego de armas—dice Alenda—constaba de cuatro lances ó suertes: la 1.^a consistía en una cabeza suspendida en el aire, que el caballero justador, á la carrera de su caballo había de acertar llevandola con su lanza.,,

Sigue luego la descripción de las tres suertes restantes.

“Todas las 4 habrán de hacerse en una sola carrera de caballo, y sin hacer detención entre una y otra suerte.

„Felipe V fué el 1.^{er} campeón que salió á la arena, y el que, con aplauso universal y justísimo dió cumplimiento exacto á las reglas de aquel *Certamen bélico*, ejecutando una tras otra todas cuatro suertes con una precisión admirable.

„Siguió al Rey en número y acierto el Duque de Medina Sidonia.

„La fiesta duró toda la tarde, animada con el concurso de innumerables

espectadores, atraídos por la novedad de un espectáculo nunca visto, y con que se pretendía sustituir las populares fiestas de toros y cañas.

„No lo consiguió por cierto la influencia francesa, pues los toros siguieron ganando más cada día el favor del público, á pesar de los esfuerzos del nuevo Rey que era una especialidad en el juego de las cabezas.,,

Tan en auge fué nuestro espectáculo, que en 1787 se instruyó un expediente á instancia de D. Manuel de Burgos, vecino de Sevilla, quien hizo proposiciones “*para ejecutar las cien corridas que la ciudad había pedido licencia para celebrarlas* y cuyo producto se destinaba á obras públicas.,,

¡Cien corridas! Una friolera.

Debemos decir, en honor de los sevillanos, que ellos fueron los que con más tesón rechazaron los ostensibles propósitos del Rey y de la corte.

Y mientras en Madrid y su provincia andaban los Melcones, y otros busca-

vidas por el estilo, granjeándose el aprecio de los comisarios de fiestas para que éstos utilizaran sus servicios como caballeros rejoneadores, en la capital andaluza, todavía salían á rejonear *caballeros de veras*, que si no tenían la alevrnia de los Lerma y los Villamediana, no eran tampoco gentes sin estimación dentro de su clase.

Prueba al canto.

En 1730, con motivo del “feliz alumbramiento de la reyna que dió á luz á la infanta María Antonia Ferdinanda,, hubo fiestas que se verificaron en los días 12 y 13 de Enero.

“Después—dice la relación que las *pinta*—se lidiaron 7 toros cuya ferocidad fué burlada con la suerte de los capeadores y de otros, que con dardos de encendidos cohetes les herían y con las chispas los tostaban; unos les fijaron rexiletos de que salían volando palomas y paxarillos; otros con las espadas, de poder á poder les taladraban las cervices; y entre éstos, uno en feme-

nino traje, logró notable acierto: y siendo ya las Avemarías, se concluyó el festejo.,,

Al siguiente día “empezaron á salir al anfiteatro en vez de toros, *fieras crueles, acerbos é iracundas.*,,

.....

“Fué tanto el valor, brío y destreza que manifestaron estos tres caballeros en rejonear los 15 toros que rindieron sin la menor desgracia y quedaron por ello tan complacidos S. M. y real familia *que aquella misma noche pasó el Duque del Arco á visitar á sus casas á los tres caballeros referidos, llevandoles merced que S. M. les hacía de sus Caballerizos de campo con el goce de seiscientos ducados anuales.*,,

Pero aún había más: En Sevilla continuaba practicándose el desempeño de á pié que no se hacía ó se hacía raras veces en otras partes.

En una de las dos corridas celebradas por el casamiento de los reyes de las Dos Sicilias, D. Carlos de Borbón y

Doña María Amelia Cristina, hubo un notable desempeño.

He aquí cómo lo describe la relación escrita por Joseph Felipe Matos:

“Con tal impulso acometió la fiera
Que el caballo cayó de un Caballero;
Correr peligro D. Gaspar pudiera;
Mas Juan Rodriguez con valor ligero
La asió de un hasta; y tanto allí se esmera
Que hizo caer en tierra al bruto fiero.
Gallarda acción ¡donde el discurso advierte
Lograr por suerte allí tan feliz suerte!
Desempeñóse Saavedra ufano
Con el bruto feroz rayo viviente;
Pues soltando el Rejon, y espada en mano,
En la cerviz le hirió garbosamente;
Con la espada tambien su ardor lozano
Buscó brioso al toro subsiguiente:
Donde á uno y otro golpe de su Espada
Quedó ya la caida levantada.,,

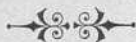
Pero los caballeros estaban derrotados. Aquí fué Juan Rodríguez el héroe de la fiesta, y gentes de baja estofa eran ya los ídolos del público.

En medio de la anarquía que se produjo al cambiar de forma el espectáculo, en medio de aquellas suertes *de rejón á pie*, de *puñaladas en el testuz*, de *la suiza*, de los dardos inflamados, etc. etc., surgió la fiesta de toros que hoy conocemos. Y ya las corridas organizadas por la Maestranza de Caballería en 1793 fueron anunciadas poco más ó menos que hoy se hace: se publicó el nombre de los ganaderos, el color de la divisa de sus toros; se dijo que “picarán de vara larga Bartolomé Pardi-lla, de Xerez, Antonio Parra, de Villanueva del Ariscal, Juan López, de Guadajocillo, y Laureano Ortega, de la Ysla. = Matadores = Primeros espadas, Josef Delgado (alias Yllo), de Sevilla, Pedro Romero, de Ronda, y Francisco Garcés, de Sevilla, á los que acompañarán sus Quadrillas de Banderilleros,,.

Se anunciaba, como era de rigor, la hora de empezar y se prohibía, ni más ni menos que hoy se hace, “que nin-

guna persona baje á ponerse en Barreras,,.

Bien pudieron decir entonces los aficionados á toros, parodiando una célebre frase: El espectáculo ha muerto. ¡Viva el espectáculo!







Capítulo V

Plantel de toros y toreros —Profusión de corridas.—
El disgusto de la Regencia.—Por qué tuvieron
importancia las corridas de toros en su nueva fase.
—Matadores solicitados.—La Escuela de Tauroma-
quia.—Un artículo añejo.—¡Id á Sevilla!—Lo que
es nuestro país para el extranjero.—La calle de las
Sierpes.—Los monumentos postergados.—Justo
renombre de las corridas sevillanas.—Animación.—
En los hoteles.—En la plaza.—Un cuadro hermoso.
—Con permiso de los sevillanos.



CUANDO la fiesta pasó al dominio
del pueblo y los caballeros deja-
ron de ser actores para convertir-
se en espectadores, Sevilla fué un plan-
tel de toros y toreros.

Allí estaban los mejores lidiadores y
de allí eran las mejores reses.

Para calcular el número de corridas que se celebraban anualmente, basta recurrir á los archivos municipales. Hay en ellos un sin fin de expedientes relativos á toros.

Cuando se buscaban arbitrios era forzoso recurrir á las corridas. Ellas los daban siempre.

En 1803 solicitó la ciudad el permiso para celebrar cuatro corridas al año, “con el fin de reparar los husillos y murallas,,.

Para mejorar la situación de los presos en las cárceles, la Audiencia hubo de intervenir en un expediente promovido “por el asentista de las provisiones, sobre que hubiera encierro con toro,,.

En 1822 se concedió licencia á don José Blanco para que diera doce corridas de novillos á favor de la Milicia Nacional.

En 1828 se dictó una Real orden para que la Asociación del Buen Pastor “celebrase sus funciones de toros

desde el 15 de junio al 30 de septiembre,,.

Y sería el cuento de nunca acabar si citase aquí todo lo relativo á concesiones para celebrar corridas, en aquella época.

Baste saber que las *daba* el Municipio, la Maestranza, el hospital de San Lázaro, la Sociedad del Buen Pastor y tal cual presidente de esta ó la otra corporación que sabía imponerse.

Y el espíritu de raza, se reveló allí en no pocas ocasiones. Contra el acuerdo de la Regencia hubo de verificarse una corrida de novillos en junio de 1815: la Regencia se *disgustó* y participó su disgusto al gobierno político; éste, en oficio reservado, lo avisó á la municipalidad, y la municipalidad debió afectarse *reservadamente* porque en público dió claras muestras de importarle muy poco semejantes disgustos.

¿Por qué tuvieron aquella importancia las corridas de toros?

Porque se llevó allí todo lo que refle-

jaba nuestra historia y nuestro carácter; porque fueron el alma del pasado; porque recogieron lo grande, lo viril, lo genuinamente español arrojado á los pies de la realeza por una turba de aduladores palaciegos; porque arrastraron á la nación en masa y obligaron á los monarcas á transigir con ellas, á pactar con sus mantenedores, á entretener Consejeros y Alcaldes y Justicias en la resolución de un sin fin de nimios pormenores que envolvían dentro de su pequeñez conflictos de importancia.

Si aquellas gentes salidas del matadero hubieran tomado la fiesta como un oficio para vivir, el espectáculo habría muerto para siempre.

Pero no fué así; los lidiadores—ya lo he dicho otras veces y no me cansaré de repetirlo—heredaron las tradicionales condiciones del Tenorio y fueron más aplaudidos, más admirados y tuvieron más simpatías entre el público los que mejor sintetizaban el reformado tipo de D. Juan.

Las damas les concedían sus favores: con los amoríos reales y supuestos de Pepe Illo habría para escribir algunos volúmenes. Y la dama española, que no llegó nunca al envilecimiento dándose por *vicio* á un sucio matarife, al entregarse á un torero, al dejarse arrebatarse por su amor poniendo en él “su vida, su honra, su pasado, su presente y su porvenir,, era porque el torero lo merecía. Entre un mozo valiente, abnegado, rumboso, caritativo, que *se echaba encima* cuanto ganaba, que sentía por el oro y la vida el mismo desprecio, que era el ídolo de las muchedumbres, y un currutaco idiota, cobarde, adulator, raquítico de alma y de cuerpo, la elección no era dudosa.

Sevilla produjo en abundancia aquellos hombres.

De todas partes se les llamaba y en todas tenían pleno dominio sobre la multitud. No era posible organizar fiestas de alguna importancia sin su concurso, habiendo llegado el caso de que

Carlos III encargara á su Consejo que éste hiciera cuanto fuese posible á fin de traer á la corte á Costillares y Pepe Illo, pues la Junta de Hospitales no tenía fuerza para tanto, y no viniendo tales espadas era muy de temer que el público—como pasó en las corridas anteriores—(1) “faltase al orden y respeto debidos al magistrado,,.

Cuando Fernando VII concibió la absurda idea (propia de un cerebro como el suyo) de crear una escuela de tauromaquia, eligió á Sevilla para el establecimiento de la *academia*, porque de Sevilla esperaba toreros que llevasen el espectáculo al último grado de la perfección.

¡Como si el toreo pudiera enseñarse!

Lo que produjo aquella famosa academia, ya lo he dicho en otro libro. (2) Esto me exime de tratarlo aquí.

(1) Las seis primeras en 1776.

(2) *La Escuela de Tauromaquia de Sevilla y el Toreo Moderno.*

Y henos ya en nuestros días, en los tiempos de Guerra y de Mazzantini, que no son ciertamente los de Romero y Pepe Illo ni los de Lagartijo y Frasuelo.

¡Hay tanta diferencia!



Hasta el año 1892 no había yo visitado á Sevilla. Entonces escribí lo siguiente:

Confieso mi pecado. No conocía la capital andaluza.

Cuando pude viajar, lo hice por el extranjero, dejando siempre para mejor ocasión el conocer lo mucho bueno que España encierra.

Esto es de casa, me decía: siempre tendré oportunidad de verlo; y el tiempo transcurría, la oportunidad no llegaba, y sentíame avergonzado de no conocer una capital que visitan infinidad de extranjeros, y de la que, con razón, salen encantados.

Haber visto el Vesubio y el *Mont Blanc*, haber recorrido la Italia, la Suiza, Francia, Inglaterra, y tener que callar cuando el más adocenado *commis voyageur* hablaba de Sevilla, era imperdonable.

Había un algo dentro de mí que re-
criminaba este proceder, que me acusaba.

Posponer, en cierto modo, España al extranjero, era antipatriótico; admirar monumentos ajenos y no ocuparse de los propios, constituía un verdadero delito.

Bien purgado está. ¡Para qué más castigo que el tiempo que pasé recibiendo duras lecciones de cualquier extranjero!

Sevilla no se parece á nada.

Tiene fisonomía propia, color local; es una población típica, último baluarte en que luchan nuestras costumbres, nuestro temperamento, nuestra manera de ser, y hasta nuestros trajes, con esa corriente de lo moderno que tiende á

convertir la Europa entera en una sucursal de París.

Esa especie de patrón europeo será muy *chic*, muy fin de siglo, muy práctico; pero resulta antiartístico y falto de poesía.

Ver siempre los mismos trajes, idénticos edificios, análogas mercancías en las tiendas, igual espectáculo en los coliseos, es de una abrumadora monotonía.

Desde que el tren puso la capital de Francia cerca de las otras, París se ha metido en todas partes, y á cambio de sus *boulevards* y de sus costumbres, nos quita nuestras clásicas calles, nos arrebatata nuestro modo de vivir, nos desnaturaliza, y se dice que una población es tanto más hermosa cuanto más imita á la ciudad francesa.

Sevilla no admite el cambio, no quiere perder su originalidad, rechaza toda imposición, y allá está con sus estrechas calles, con sus bajas y blanqueadas viviendas, con sus hermosos patios y sus

históricas rejas; allá están las sevillanas con sus airosas mantillas, su ceñido zapato, y llevando en la cabeza y en el pecho las flores de sus jardines; y allá están los sevillanos luciendo sus sombreros de anchas alas y su gracioso traje genuinamente español.

Cierto es que la indumentaria ha sufrido algunas alteraciones. El calañés ha pasado de moda; la corta chaquetilla de terciopelo, la faja multicolor, el calzón hasta la rodilla y la polaina de bordado cuero, ese típico traje con que se nos representa á todos los españoles en las estampas extranjeras, va desapareciendo; pero queda siempre algo original, nuevo, esencialmente sevillano, que caracteriza á la gente de aquel hermoso país.

No sé yo si tratada íntimamente Sevilla tendrá los mismos encantos que ofrece en una visita.

No sé si pasada la época de ferias, cuando las casillas, los puestos, las barracas y el ganado desaparezcan de

aquellos campos, cuando la bóveda de gas que hace de la calle de San Fernando un cuento de Hadas no exista, cuando cesen las músicas de los espectáculos, cuando no se oiga el repiqueteo de las castañuelas ni el ritmo de las *sevillanas* y no haya esa multitud de forasteros que invade la Plaza de Toros, el teatro, los paseos, la calle de las Sierpes, la plaza de San Francisco, y que hace de los hoteles un *pandemonium*, no sé, repito, si entonces Sevilla producirá ese gran entusiasmo al que por primera vez la visita.

En estos días, la impresión causada es de las que no se borran jamás.

Se vive en la Feria.

Las familias sevillanas tienen allí su casilla, llevan muebles y piano, reciben á sus amigos y pasan agradablemente el tiempo charlando, bebiendo manzanilla y bailando.

El baile es la nota saliente, la característica.

Al recorrer aquella larga fila de im-

provisadas tiendas os encontráis frecuentemente con un grupo de gente que os impide avanzar; miráis hacia donde miran y veis en una de las casillas dos jóvenes andaluzas bailando. Están elegantemente vestidas, con trajes claros; la mantilla sirve de marco al busto; llevan flores en la cabeza y en el pecho; en las manos aprisionan las castañuelas con que se acompañan. El grupo de amigos de ambos sexos que están en la casilla las *jalean*.

Son las bailadoras jóvenes de acomodadas familias de la población; aprendieron el *paso á dos* y el *bien parao* al mismo tiempo que el catecismo y la escritura; aquellos formaron parte de su educación.

Bailan con una gracia de que no es posible formarse idea, y bailan con finura, con distinción, con inocencia.

Sí, esa es la palabra. Al girar sobre los talones para volver, al cimbrear el cuerpo, al retorcer la cintura con asombrosa flexibilidad, al adelantar el pie y

ondular la cadera no hay nada lúbrico, nada excitante, nada grosero. Representan el puro manantial de la danza, encenagado desgraciadamente un poco más allá con la asquerosa baba de lo *flamenco*, con las repugnantes contorsiones de la lubricidad, con las descaradas muecas de unas cuantas mujeres que convierten su estómago en almacén de manzanilla, que gritan con voz aguar-dentosa el *cante jordo* y que pasan la noche entera entreteniéndolo á un público abigarrado, por ganar un miserable jornal, á costa del pudor, de la dignidad y del decoro, convertidos en una especie de abrevadero público.

Entre uno y otro baile ¡qué diferencia! En el local en que el *flamenco* se verifica apenas se puede respirar; el humo del tabaco asfixia, el olor del vino mareá, las luces que brillan débilmente medio ocultas por aquella atmósfera de vapores producen un calor insoportable. El público tutea á las bailadoras, las obliga á beber incesantemente; más que

un obsequio, aquellas cañas ofrecidas parecen una contribución impuesta.

En las casetas de la Feria bailan las hijas de familia, rodéanlas sus amigos y sus parientes, y las admira un público en respetuoso silencio, un público que tiene por localidad el hermoso paseo de árboles, y por techo el incomparable cielo de Andalucía.

Si en otra población cualquiera, no andaluza, viéramos ese mismo baile por las mujeres de la *high life*, nos parecería ridículo, sería de mal gusto. Allí tiene un gran encanto como lo tiene todo lo ingenuo, lo natural, lo que se hace sin afectación, lo que es hijo de la costumbre y fruta sana del País.

No voy á escribir mis impresiones sobre Sevilla; ni al lector le importan, ni nada habría de decirle que no estuviera harto de saber.

Me he quitado de encima un peso enorme. Ya no tendré que avergonzarme delante de muchos extranjeros. Ya conozco á Sevilla; ya he visto su Cate-

dral, su Alcázar, su Casa de Pilatos, su Museo, sus iglesias, su torre del Oro, sus deliciosas alamedas, sus teatros, sus casinos; he subido á la Giralda, he bajado al Guadalquivir, he admirado las obras de Montañés, el famoso Cristo el *Cachorro*; he ido al barrio de Triana, á la Macarena, á San Bernardo; he visitado á muchas familias sevillanas; he pasado y repasado por la Campana, por la plaza Nueva, por la de San Francisco; he aspirado incesantemente el aroma del azahar y el perfume de esas flores, que son el principal adorno de las andaluzas, y traigo, por último, grato recuerdo de las personas que allí conocí, y cuyas atenciones nunca podré olvidar.

Y ahora, á los que me lean y no conozcan esa encantadora región de España, les diré en todos los tonos y con la fe de un convencido:

¡Id á Sevilla!

Eso dije entonces y eso digo ahora.

¡Id á Sevilla!

Id en tiempo de feria y seguramente

el recuerdo de la ciudad no se borrarán nunca de vuestra imaginación, porque la feria de Sevilla, aun cantada en todos los tonos y por todos los países siempre supera á las descripciones.

Las corridas de toros son, dicho se está, el alma de la feria; á ellas debe su renombre; por ellas va á la capital andaluza gente de todas partes.

Suprimid las corridas, dejad las casetas, los bailes, las buñolerías, el mercado de reses, todo lo demás, en una palabra, y la feria habrá muerto.

Para el extranjero, España es Sevilla; ha visto *pintados* siempre á los españoles en traje andaluz; ha leído que las sevillanas llevan la navaja en la liga; han pasado por su vista tantos cromos, estampas, acuarelas con majos y toreros tocando la guitarra y con *majas* bailando, que no concibe que en España haya otra cosa, y cuando llega á cualquier población española y encuentra hombres vestidos á la *derniere*, y mujeres ataviadas con *el último grito de la*

moda, y tiendas y calles y plazas como las de su país, se siente defraudado: esa no es la España que él se imaginó; para eso no valía la pena de salir de su tierra.

Pero en Sevilla el cuadro cambia; allí se baila en plena calle; allí están aquellas mujeres hermosas de ojazos negros como la tinta, de estrecha cintura y ancha cadera, aquellas mujeres que él ha visto pintadas. Y allí se ve *todavía* el genuino traje andaluz, y se habla de toros, y se va á verlos á Tablada, y se llega con ellos hasta el circo y algunas damas principales de la aristocracia, luciendo calañés y chaquetilla y montando hermosas jacas andaluzas, vienen junto á los bichos ni mas ni menos que los mayores.

Aquella es la España que él soñó; es la ciudad de los toros y de los toreros; en la calle de las Sierpes, en la Campana, los toros son el tema de las conversaciones; y allí están los del gremio y los que no forman en él, comentando cuan-

to vieron en la plaza ó haciendo pronósticos sobre lo que verán, hablando de contratas y de empresas, envidiando la suerte de algún compañero que tiene *angel* y le llueven ajustes, mientras otros de más mérito, pero con *mala pata*, se vieron obligados á poner el traje de luces á la sombra y ¡Dios sabe! cuándo saldrá de las garras del prestamista.

Sevilla resulta para el extranjero algo así como la realización de un sueño, y las corridas de toros, en aquella plaza, son, á su juicio, las únicas *legítimas*.

El no verá ninguna de las hermosísimas obras de arte que hay en la población; quizá no suba á la Giralda, ni visite un museo, ni admire las esculturas; quizá no sepa que hubo un Alonso Cano ni un Montañés, ni un Murillo; pero sabrá fijamente cómo se llaman los toreros que *brillan* hoy, dónde nacieron y hasta cuánto tienen ahorrado.

No hace muchos años conocí en las ferias á un inglés muy fino, muy *chic*, muy bien educado, que tocaba el piano como

un Tragó y dibujaba como un Ferrant. Quise llevarle á la catedral, á la Casa de Pilatos, al Alcázar... no hubo medio; eso vendría después, lo primero era ver la casa en que nació el *Espartero*, y admirar aquella pobre cordelería, después ir á la plaza, visitar todas sus dependencias, luego beber manzanilla en algún colmado, junto á la gente de coleta, y estar con ellos, y verlos muy cerquita, y oírles hablar y celebrar sus dichos, aunque no los entendiera. Él no vino á Sevilla por el arte, vino á los toros y por los toros. Eso era lo clásico, lo típico, lo español; el arte no tiene patria, lo hay en todas y no conmueve.

Así me dijo textualmente, y si de ese modo pensaba un hombre culto ¡calculen ustedes lo que se preocuparán de joyas y monumentos artísticos, esos adocenados *commis* que viajan como las maletas y pasan su vida detrás del mostrador!

Para unos y otros, las corridas son lo

primero, quizá lo único de las ferias sevillanas.

El principal objeto de su viaje á nuestro país, es el de ver una corrida de toros en Sevilla. Estar en España y no hacerlo, equivaldría á ir á Roma y no visitar la Gran Basílica, ó á Génova y marcharse sin ver el Camposanto, ó á Colonia, y no haber entrado en su Catedral.

De aquí el renombre de las corridas de feria en Sevilla, al cual todos hemos llevado nuestro hacecito de leña.



En los hoteles, cuesta un triunfo encontrar habitación. Si no se pide de antemano hay riesgo de dormir en la calle.

La animación llega á su colmo á la hora del café; el almuerzo que empezó silenciosamente concluye en medio del mayor bullicio. Se ha trasegado el vino del país y el extranjero.

El Saint Julien y el Málaga dándose un fraternal abrazo corrieron juntos á inflamar la sangre del comensal. En el comedor no se respira, se va al patio á tomar el café; allí se reúnen los amigos que están en distintos hoteles y que se dieron cita en aquel para ir juntos á la plaza.

No se habla de otra cosa. El que vió los toros dice cómo son, cómo están de carnes y de *leña* y hasta calcula libra más ó menos las arrobas que han de pesar.

Y aquel patio es un hormiguero; hay gente de todas partes y se habla en todos los idiomas.

La ida á la plaza no constituye un espectáculo como en Madrid, v. gr. Está en la *mesmita población*, como dicen los mozos de los hoteles, y se va á pie generalmente, sin ninguna clase de aparato.

El público lo componen aquellos que *hormigueaban* por los patios del hotel, por la feria y por la calle de las Sierpes, aquellos extranjeros de marras, aquellas

mujeres de los ojazos negros y del flexible talle, aquellas señoritas que bailaban en sus pabellones del ferial, aquellos matadores en embrión que sueñan con emular las glorias de Pepe Illo.

Allá se ve, siempre en la misma localidad, al viejo *cañí*, el que conoció y trató al zeñó Paquiro, el que encuentra malo todo lo de hoy y cree á pie juntillas que estos chavales no saben ni cómo se coge el percal.

En palcos, gradas y tendidos, dando vida, luz y calor al espectáculo están las sevillanas, unas luciendo sus airo-sas mantillas blancas y rodeadas de lo más escogidito de la población, otras ciñendo su talle con el característico pañuelo de Manila y acompañadas por mozos de su clase que las convidaron á los toros, que las llevarán á beber manzanilla y que se matarán por ellas si está de Dios que eso ocurra.

Muchos de los lidiadores que toman parte en la corrida son sevillanos y en la plaza están sus padres, sus herma-

nas, sus novias, sus queridas. Los actores son, pues, como de casa, como de la familia, tienen allí hondas afecciones que hacen más emocional la fiesta en cierta parte del público.

El sol da á la plaza una temperatura modelo para las corridas; no es el sol inaguantable de julio, que llega hasta matar por asfixia, sino un sol de primavera sevillana, un sol fuerte que dora la arena sin que lance chispas de fuego, un sol que abrillanta los objetos, que los barniza, dándoles una luz imposible de pintar, un sol que parece más vivo en aquel cielo tan azul y aquella atmósfera tan seca.

En esas corridas de toros se demuestra una vez más el carácter y el temperamento de los sevillanos.

¿Es de Sevilla el matador en boga, tiene angel? Pues no hay nada que se le pueda comparar; todo lo que hace es superior, piramidal, inmenso; aquello es el *non plus* del arte y la vergüenza torera; lo demás no vale un comino. Y se

enfurecen con el que diga lo contrario, lo insultan, lo veján, lo tienen por un desdichado indigno de ver toros. Y aquella gente que está toda su vida entre toros y toreros, que comprende lo que debe ser la lidia de reses bravas, que tiene una larga historia en el asunto, se deja llevar por su imaginación (ese enemigo de los andaluces que los engaña abultándoles las cosas) y ensalza de buena fe á verdaderas medianías, y pone en el cielo á los que, fuera de allí, apenas se les distingue en la tierra.

Y á pesar de todo, con esos fanatismos y esas luchas, y ese jalear á los de casa y silbar á los que, en cierto modo, les hacen competencia, las corridas sevillanas no tienen la animación que en algunas otras partes, Madrid por ejemplo.

Se aplaude, sí, se grita, se alborota, se vocifera; pero con la cabeza más que con el corazón, y resulta un entusiasmo tibio que no excita ni arrebatá.

Eso se explica: los actores que repre-

sentan muchas veces un drama ya no se conmueven con él, y en Sevilla el público en su mayoría es actor, presencia el espectáculo entre bastidores y no puede emocionarse como se emociona el espectador.

Y ellos, que *producen*, digámoslo así, la obra y que la ofrecen al público, no pueden juzgarla, como no puede hacerlo un dramaturgo de su producción, ni un músico de su partitura, ni un pintor de su cuadro.

Por eso—y perdonenme los sevillanos—no entienden de toros como se entiende en Madrid; aquí está el verdadero público, el que da á Dios lo que es de Dios y á Sevilla lo que es de Sevilla, el que no tiene apasionamientos, ni prejuicios, ni antipatías, el que juzga en el acto y en el acto olvida, el que hace reputaciones y quita falsos oropel·es porque está compuesto de los aficionados de toda España y lleva á las corridas la historia entera del espectáculo.



 **ARAGOZA**





Capítulo VI

Un país al cual no se conoce.—La caricatura por sistema.—Cuento baturro.—Ideas erróneas sobre el tipo aragonés.—Dichos y hechos falsificados.—Los hijos de Zaragoza.—Disparates creídos á pie juntillas y verdades que se ignoran.—Lo que era Fernando el Católico.—Pueblo admirable.—Salduba.



LA mayoría de las gentes desconoce al pueblo aragonés, no se ha tomado la pena de leer su historia ni estudiar su carácter, se ha contentado con admitir lo del valor, franqueza é hidalguía que le cuelgan las crónicas y ya cree saber lo suficiente.

Pero aquella franqueza mal comprendida, fué puesta en caricatura; la cari-

catura se hizo camino, de ella nació el *cuento baturro* y entre una y otro pintan á los aragoneses como hombres de pocas luces y menos ilustración, que todo lo fían al esfuerzo personal y á la rudeza del carácter, sin que la inteligencia se mezcle para nada en sus asuntos.

No hay nadie que al hablar de los aragoneses deje de sacar á la colada el cuento de aquel arriero zaragozano, quien viendo la resistencia de su cabalgadura á pasar un puente de tablas, echó pie á tierra, cargó con el animal y le dijo: "A conocimiento me ganarás; pero á tozudo y á fuerzas, no.,,

Esa quisicosa y otras por el estilo, inventadas con más fortuna que gracia, han hecho nacer en el espíritu de las gentes ideas erróneas y totalmente desprovistas de fundamento acerca del tipo aragonés, el más viril, el más franco, el más hidalgo, el más independiente, el más noble y quizá el de mayor inteligencia.

De esos cuentos baturros, de esas his-

torias, de esos dichos aragoneses que en el fondo tienen algo de real, se ha tomado solamente una parte, abultándola, exagerándola hasta lo indecible; pero dejando intacta la otra, y el final no puede ser más absurdo.

Sucede aquí en gran escala, refiriéndose á un país lo que en pequeño acontece con algunos individuos, quienes á trueque de hacer un chiste empiezan matando la verdad y acaban poniendo en ridículo hasta á las personas de su mayor estima.

No hay hecho más ó menos gracioso en el cual falte el buen sentido, que no se achaque á los aragoneses, como no hay frase *verde* ni composición libre que no se atribuya á Quevedo.

Y así como para el vulgo Quevedo fué simplemente un hombre cínico, grosero, lujurioso, impúdico, que se hizo popular á fuerza de escribir obscenidades, así también, ese mismo vulgo, tiene á los aragoneses por gentes reñidas con el sentido común.

En Quevedo, no se hace caso de lo profundo, lo satírico, lo intencionado, lo mordaz; en los aragoneses se prescinde de lo enérgico, lo independiente, lo hidalgo, lo noble, lo grande, lo varonil y al uno como á los otros se les cuelgan milagros que no hicieron.

¡Qué mucho que eso suceda, si periódicos tenidos por formales se entretienen en poner en solfa á los baturros, atribuyéndoles todas las majaderías que llenan los almanaques! ¡Como si bastara estampar un *maño*, un *rediez*, ó un *otra que Dios* para convertir en dicho ó hecho baturro lo que ni por su carácter, ni por su fin pudo serlo nunca. No: los aragoneses no son así, ni jamás lo fueron; los aragoneses tienen una historia que asombra; los aragoneses formaron un pueblo modelo, un pueblo libre, independiente, grande, ilustrado, un pueblo que sentó en la paz como en la guerra los cimientos de la moderna civilización.

“Hay—dice D. José Fernando González en su crónica de Zaragoza—como

una relación oculta, pero real y profunda entre la tradición heroica de Zaragoza y la fisonomía varonil é imponente de cada uno de sus hijos.

„Los hijos de Zaragoza tienen algo de extraño en la gravedad de su semblante, en la firmeza de su carácter, en el tono áspero y breve de su palabra, y en la franca expresión de su mirada.

„Al contemplar á esos hombres de que vamos hablando, al ver en cada una de sus acciones y en todas sus palabras la imponente severidad del que se cree libre é independiente, siempre hemos concluído por reconocer que estas cualidades son bien naturales en los hijos de aquellos que en medio del feudalismo y de la opresión de toda Europa, limitaron hasta un punto increíble el poder de sus monarcas, enfrenaron con las armas en la mano las ambiciosas pretensiones de la nobleza, constituyeron con mano fuerte la prepotencia de la nación en las Cortes, conquistaron la inviolabilidad del domicilio,

la seguridad del procesado, la participación del pueblo en los Municipios y en las Cortes y llegaron, en fin, hasta la institución del Justicia que tenía á la monarquía como bajo una perpetua tutela, y hasta el compromiso de Caspe en que unos cuantos individuos del estado llano colocaban sobre las sienes del monarca la corona gloriosa de los reyes de Aragón.,,

Y cuenta que la historia del país no está escrita; muchos de los grandes hechos realizados por los aragoneses no figuran en ella, otros figuran “truncados,, y muchos se presentan con tal disfraz, que es imposible conocerlos.

Poco á poco va haciéndose la luz, es verdad, pero todavía caminamos sin la suficiente para ver claro.

Y lo que te rondaré, como dicen en ese pueblo; mientras tomemos como artículo de fe las tonterías publicadas por algunos “conspícuos,, que por tener fama en algo se creen infalibles en todo, y dejemos relegados al olvido trabajos

serios y concienzudos hechos por hombres que valen, pero cuya firma está sin cotizar en el mercado de las letras, adelantaremos muy poca cosa.

No hace todavía mucho tiempo que un abogado aragonés publicó un volumen en el cual demostró como tres y dos son cinco—valiéndose de documentos irrefutables—que su paisano el rey Católico no fué lo que nos han dicho los historiadores, sino todo lo contrario; que en el descubrimiento de América tuvo él más parte que la reina su consorte; que todo aquello de no recibir bien á Cristóbal Colón y negarle su concurso es pura fábula etc., etc. Y sin embargo, ya verán ustedes como á lo dicho por el abogado de Zaragoza se hace oídos de mercader y seguimos teniendo á Fernando de Aragón como una especie de *divo* de la reina Católica.

No; no se ha escrito aún la historia del pueblo aragonés, y sin embargo, basta lo escrito para admirar profundamente á ese país, sin rival durante mu-

chos siglos, y el cual no puede servir hoy como cabeza de turco á los confccionadores de chistes.

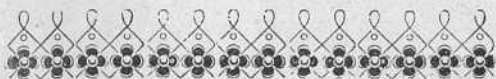
Los orígenes de Zaragoza, Dios los sabrá, porque los hombres no se han puesto de acuerdo sobre este punto.

Según Plinio, Zaragoza debió llamarse “anteriormente,, *Salduba* y después *Cesaraugusta*. ¡Claro! ¡Como que la fundó César Augusto!

Y Salduba, ó Cesaraugusta, ó Zaragoza, siempre fué la cabeza de ese gran pueblo, lleno de buen sentido y que aspiró constantemente á marchar el primero en todo.

Y si no á verlo vamos.





Capítulo VII

GRANDEZA DE ARAGÓN:—Los conventos jurídicos.—Puentes.—Armas.—El satírico Marcial.—Prudencio.—Reyes literatos.—Préstamo de libros.—Abolición de las pruebas bárbaras.—Establecimientos de enseñanza.—Los judíos.—Academias.—Reyes electivos.—Una fórmula grandiosa.—Respeto de los monarcas aragoneses á su pueblo.—La nobleza.—Una prohibición de trascendencia política.—El Justicia.—En Calabria.—Lo que no borra el tiempo.—Una hermosa página en la historia de nuestra independencia.

Sí, vamos á verlo, porque, como dice el vulgo, papeles cantan.

Da Roma su organización administrativa y judicial, crea los catorce *conventos jurídicos* ó audiencias y el de Zaragoza se impone á los otros desde el primer momento; se construyen acue-

ductos, puentes y circos y en ninguna de aquellas obras llega el arco á tomar formas tan atrevidas, dentro de una gran solidez como en el puente de Zaragoza (1); se acude á la fabricación de armas y las de *Bilbilis* (Calatayud) adquieren tal nombradía que los romanos no usan otras y de ellas se hace un gran comercio; cunde la corrupción de las costumbres que arrastra á Roma á su decadencia literaria, se impone la literatura española y surgen en Aragón ingenios como el satírico Marcial, cuyos dísticos tenían más fuerza que una legión de soldados; llega el clero á reunir hombres verdaderamente notables y descuellos entre todos, Prudencio, obispo de Zaragoza “el más elocuente de los poetas sagrados de la antigüedad,,; redactan los doce sabios elegidos por San Fernando el libro *De la nobleza y lealtad*

(1) Consta todo lo que aquí se cita, en la Historia de España de F. Picatoste y en la ya citada crónica de Zaragoza por D. José Fernando González.

al mismo tiempo en que brillan los poetas aragoneses y escriben de guerra, política y poesía, el rey D. Pedro y su hijo D. Jaime; comienzan á prestarse los libros de las iglesias, para satisfacer la necesidad que de ellos había, y desde muy lejos se acude á Zaragoza solicitando volúmenes de todas clases, especialmente de medicina; se inicia aquella dulzura en las costumbres que cambió más tarde el estado social de España y las Cortes aragonesas son las primeras en decretar la abolición de las pruebas bárbaras en los procesos, introduciendo el elemento científico en las instrucciones judiciales; se crean en otras regiones algunos establecimientos de enseñanza y Zaragoza instituye el magisterio mayor y Pedro IV funda la Universidad de Huesca.

Los judíos que vivían tranquilamente dedicados al comercio, excitan por sus riquezas el odio de toda Europa: “las Cortes les prohíben desempeñar cargos en la administración pública y

les quitan el derecho de regirse por sus ordenanzas; los obispos les vedan leer el Talmud, que es su biblia; en Francia les hacen pagar portazgos como caballerías; en Italia les cortan pedazos de carne al peso para que entregaran sus riquezas; en Austria les cuecen y dan su carne á los perros; en Alemania se inventan nuevos géneros de muerte para que desapareciesen en masa,,. Pues bien, aquella persecución injusta entonces, que halló eco en Zaragoza gracias á las predicaciones de algunos fanáticos, fué pronto reprimida y don Juan I, no sólo amparó y protegió á los judíos, sino que considerándolos como vasallos hizo ahorcar á veintiseis de sus perseguidores, ejemplo de cultura que cundió después por toda España, siendo nuestro país el refugio de aquellos infelices.

Cuando Isabel la Católica creó la nobleza de la Ciencia y “no podía llamarse caballero el que no fuese hombre de letras,, se popularizaron en España las

Academias, las cuales eran frecuentadas por los escritores de más nombradía: Madrid tuvo la *Imitatoria*, á la que perteneció Cervantes y la *Selvaje*, donde concurrió Lope de Vega. Zaragoza creó la de la *Pítima*, presidida por Lupericio Argensola y una de las más notables de aquel tiempo.

Esa cultura y bienestar de los aragoneses se debía á su carácter y á su organización política, basada en leyes justas que eran puntualmente observadas.

Aragón eligió sus reyes, aunque luego tuviese la monarquía el carácter de hereditaria, “y así lo prueban elocuentemente no ya la elección de Iñigo Arista de entre sus iguales y compañeros, sino lo que acaeció con motivo del testamento de D. Alonso el Batallador, y últimamente, á principios del siglo xv, el compromiso de Caspe en que se proclamó por rey á D. Fernando de Castilla,,. La forma con que elegían al monarca era tan entera, rebosaba tal in-

dependencia que hoy la saben hasta los niños: *Nos, que valemos tanto como vos, y que juntos podemos más que vos, os hacemos rey si nos gobernaseis bien: si non, non.*

La grandiosidad de esta fórmula, traía aparejada una enorme entereza en todos los actos de la vida pública: el Estado no pertenecía ni de hecho ni de derecho al monarca, por eso se anuló el testamento de D. Alfonso el Batallador que dejaba sus tierras á los Templarios y por eso vino también aquella terrible protesta, al ver los aragoneses que un monarca sometía su reino á la Santa Sede.

Y tal era el respeto de los monarcas aragoneses á su país, que Pedro III (el Grande) no se atrevió á intitularse rey “hasta que convocadas Cortes en Zaragoza fué ungido allí, coronado y entregado de las reales insignias en la misma iglesia. De la igual suerte protestó, en el acto de recibir la corona, de la independencia del reino respecto

á la Santa Sede, repitiendo la fórmula de sus antecesores de no haber recibido la corona ni por el Papa ni contra el Papa,,.

Y todo un Jaime I, á quien tanto debe el pueblo aragonés, hubo de resignarse con la negativa de recursos que para auxiliar al rey de Castilla solicitaba, limitándose á decir al obispo de Zaragoza cuando le comunicó el acuerdo:

“Cierto que estos barones no nos contestan muy favorablemente; pero otra vez, si Dios quiere, nos contestarán mejor.,,

La nobleza, que en Castilla se mostró siempre ambiciosa, desunida, pronta á la rebelión, favoreciendo unas veces á los reyes si de los reyes esperaban el engrandecimiento personal y luchando contra el monarca si otros alentaban y premiaban tales luchas, en Aragón formó un verdadero cuerpo, unido, identificado con el pueblo, sirviéndole de escudo contra los desafueros de la realeza.

y siempre dispuesto á defender las franquicias de Aragón.

Con un gran sentido democrático, las Cortes prohibieron en absoluto que se apelase nunca á las leyes romanas, llegando hasta condenar como reos de Estado á los que en informes ó defensas citasen leyes y doctrinas de otros países en apoyo de su causa.

“Nada ha favorecido tanto —dice muy oportunamente un cronista— el advenimiento de las monarquías absolutas en Europa como la influencia creciente de ese derecho romano que ofrecía á las clases más instruídas y á los mismos pueblos, como ideal de toda sociedad, aquel imperio en que la unidad del poder y la arbitrariedad de mando se concentraban en la persona del emperador.,,

Como remate de esta hermosa organización del pueblo aragonés, se destaca la figura del Justicia, creación admirable que no hubiera encajado en ningún otro país y que se mantuvo en éste

hasta que el *católico* Felipe, celoso de aquel poder que mermaba el suyo y enemigo de un régimen opuesto á sus ideas y á sus propósitos, la destruyó, ahogando en sangre con la muerte de Lanuza, las libertades aragonesas.

Grandiosa institución la de aquel supremo magistrado que designaban los caballeros é infanzones, que entendía en las causas del rey contra sus vasallos, que era el consejero nato del monarca, recibéndole el juramento sentado y con la cabeza cubierta, que constituía el amparo del pueblo y de los extranjeros, responsable ante las Cortes--hasta con pena de la vida—en el cumplimiento de sus deberes, “no rico-hombre, porque no pudiera ser castigado, no plebeyo, porque no fuese mengua de los grandes y él se ensoberbeciera, y que no podía ser quitado, ni removido, ni menos castigado, sino en los casos prevenidos de ley,,.

Un pueblo que tenía esa organización debía necesariamente ser grande, y lo

fué: sus hechos de armas asombran al mundo, llegando el caso, como sucedió en Calabria, de conquistar todo aquel territorio, luchando uno contra diez, y consiguiendo tales triunfos, que el solo grito de ¡Aragón! daba la victoria.

Cuando este país dejó de ser un reino independiente y formó con los otros la monarquía española, sufrió la suerte de toda la nación: perdió no poco de su sello característico, se borraron muchos de aquellos rasgos que le hicieran temible; pero se vió siempre al aragonés, altivo, noble, generoso, valiente, pronto á morir por el suelo que le vió nacer, y conservando en su apostura, en su gesto, en sus ojos, en su palabra, algo así como el recuerdo de su historia, algo que no ha podido borrar el tiempo, algo que se hereda de padres á hijos, que forma la levadura de su carácter, de su temperamento, de sus bríos, los cuales se manifiestan siempre que llega la ocasión.

Por eso escriben esa brillantísima pá-

gina en la historia de nuestra independencia; por eso luchan en las calles, y en las casas y en las iglesias contra el invasor; por eso no cuentan el número de los enemigos; por eso se incrustan en las barricadas y caen destrozados con ellas; por eso van las mujeres á morir con aquellos héroes, azuzándolos, emulándolos, cogiendo los fusiles de los que sucumben para disparar con ellos y morir matando; por eso no soportan la dominación francesa, y mientras dura no conciben otra ocupación que la de exterminar al enemigo, á todas horas y en todas partes; por eso aniquilan y sepultan en Santa Elena al capitán invencible, al rey de Europa, al hombre que con sus inmensas victorias había llegado á “molestar á Dios,,.

Y por eso, siempre que de héroes se trata, surge la figura del aragonés con el calzón de pana, la alpargata de trenzadera, el chaleco desabrochado y el pecho al aire, como desafiando á las balas, enseñádoles el camino del corazón.





Capítulo VIII

Convencionalismo social que se rechaza.—Ruda franqueza.—Las *Sanjuanadas*.—Verona y Aragón.—La puñalada de ventaja.—La poesía y el sentimiento en los aragoneses.—Manuel Yus.—Sus cuadros y su capilla.—Un cantar que dice mucho.—Otro que no le va en zaga.—La Jota.—Su carácter.—Por qué se ha impuesto en toda España.—Rocas aragonesas.—Raza siempre admirable.

HAN pasado los tiempos, han cambiado las costumbres, ha mudado la fisonomía de los pueblos, y Aragón conserva la suya, dígase lo que se quiera.

El convencionalismo social, la falsa civilización, eso que se llama cultura y adelanto, dió formas nuevas al lenguaje,

al gesto y hasta á la expresión; pero los aragoneses á la suya se aferran rechazando instintivamente y sin darse cuenta todo lo que indique vasallaje.

Ellos guardan siempre ese tono brusco, esa frase seca, contundente, varonil que denota una gran convicción y una mayor energía.

Habrá ¡quién lo duda! aragoneses embusteros que con aquel tono y aquella frase disfrazarán su pensamiento; pero la generalidad no es así y no se concibe la doblez ó la mentira detrás de una palabra enérgica, pronta, que *cae* en la conversación con la fuerza del martillo sobre el yunque.

Los que acostumbrados al estilo general, digámoslo así, se encuentran con éste, tan especialísimo, no se paran en barras, califican de brutos á los que lo tienen, toman la franqueza por falta de criterio, la virilidad por tozudez y salen de Aragón sin haber podido apreciar la inmensa valía de sus habitantes.

En ninguna parte hay más serenidad

de juicio ni se reflexiona más, ni estallan tampoco las pasiones con igual violencia; en ninguna parte quizá hay mayor poesía, ni se ama con tanta fe, ni los celos han hecho verter más sangre. Los amantes de Teruel han tenido muchos imitadores; ha habido en todo tiempo muchos Marsillas é Isabeles anónimos que llevaron su pasión y su constancia á un punto inconcebible: las *Sanjuanadas* en Aragón han producido tantas víctimas como el cólera; al pie de aquellas rejas empotradas en los muros y debajo de aquellas rosas frescas ofrecidas á la novia, hubo verdaderas batallas campales en que por un cantar mal comprendido ó una copla intencionada se mataban los hombres con verdadera furia.

Al oír después el relato del hecho, las personas tenidas por cultas se limitaban á decir «¡qué brutos!»

No: no fueron brutos; fueron enamorados, celosos, valientes; fueron guardadores de lo que ellos tenían por su

dignidad, por su amor propio, por su altivez, por todas las grandes condiciones de raza que no deben morir.

Esos mismos combates que por igual móvil y en parecidas circunstancias llenaban de cadáveres las calles de Venecia ó de Verona han llegado hasta nosotros con un tinte romántico y caballeresco, que casi casi los idealiza: así pasaron al libro, ó la escena. Y vive Dios que hay más, infinitamente más grandeza en las luchas á navajazo limpio de los aragoneses que en aquéllas de los venecianos.

Seguramente no hubo jamás en Venecia nada parecido á la *puñalá de ventaja* que se ha visto en las riñas aragonesas.

La *puñalá de ventaja* lleva la hidalguía á los límites del heroísmo. El fuerte, el hercúleo, el atlético, el favorecido por la naturaleza ha de batirse con el débil, y como en tales circunstancias la victoria equivaldría á un asesinato, el forzado se «planta» en el terreno y re-

cibe impasible una puñalada de su contrario; y ya con ella, cuando la sangre corre á borbotones y se pierden las fuerzas, entablábase la lucha, dándose el caso de caer el débil gravemente herido, acudir el fuerte en su ayuda, llevarlo hasta la casa más próxima, depositarlo allí para que lo socorran, sucumbiendo él á los pocos instantes por no haberse ocupado en restañar la sangre de sus heridas, atento sólo al auxilio del contrario.

Que esto no es lo corriente, que no se ve todos los días, ¡quién lo duda!; pero basta que haya sucedido algunas veces para citarlo en apoyo del noble carácter aragonés.

Hay en él poesía, sentimiento, grandeza de alma, todo eso que se admira en otros países con fama de románticos; pero como la forma de expresión es ruda, seca, desprovista de toda gala, como sobre la poesía y el sentimiento descuellan siempre la virilidad y la energía sin ninguna clase de *aliño*, na-

die busca el fondo de la cosa y se tiene por burdo, grosero, estúpido y falto de sentido lo que es hermoso, conmovedor y poético.

Hace algún tiempo visitaba yo el Monasterio de Piedra en compañía de Manuel Yus, uno de los contadísimos artistas que han logrado pintar aragoneses legítimos, no de guardarropía como se ven en muchos lienzos premiados, ensalzados y adquiridos por el Gobierno; uno de los pocos que han sabido fijar en un cuadro las escenas de su país, legando al arte valiosos estudios de costumbres aragonesas en los que aparecen verdaderos baturros, unas veces cantando y bailando, otras rondando, otras bebiendo, otras colgando el ramo de la *Sanjuanada*, algunas vendiendo los ricos melocotones del país, ó regresando de las faenas agrícolas, cruzándose en el camino con las mozas que van á la fuente y ofreciendo el todo la entonación, el color, la luz, el ambiente de la aldea aragonesa.

Yus es aragonés de pura raza; habitó mucho tiempo en Madrid, hizo hermosísimos retratos de los personajes más *salientes* en todas las «esferas», reprodujo las mejores obras de nuestro Museo y vendió muy caras aquellas reproducciones, vivió mimado y querido por lo más escogidito de nuestra sociedad; pero le cansó la vida madrileña, le ahogó aquel convencionalismo social, aquellas mentidas amistades, aquellos falsos cariños, aquella podredumbre política que llevaban hasta su estudio muchos de los que á él acudían, y muy joven aún se retiró á su pueblo, edificó un precioso hotel, compró un terreno en el camposanto, levantó una capilla, llevó allí los restos de sus padres y hermanos y consagró su inteligencia artística á embellecer lo que será andando el tiempo su última morada.

¡Hermosa capilla que nadie creería hallar en una aldea! Allí está, magistralmente pintada por Yus en cuatro lienzos, toda la vida de Jesucristo desde

su nacimiento hasta su muerte; allí está el cuerpo del Crucificado que es una verdadera obra de arte; allí está hermosa, sobre toda ponderación, la Virgen del Carmen, y allí hay, sirviendo de bóveda, un sencillito cerramiento de color azul con estrellas de plata.

Cualquiera pensará al leer esto que Yus es un misántropo, un retrógrado, un santurrón, sombrío, malhumorado, de tétrico carácter y jesuíticas ideas. Pues, no señor; es un hombre afable, locuaz, risueño, franco, bondadoso hasta la exageración, servicial, modernista, amante del progreso, más filósofo que artista y más tolerante con los defectos y las debilidades ajenas que lo pudiera desear el menos contentadizo; un hombre que sin pesimismo ni lobreguez de espíritu, quiere concluir la vida rodeado de sus parientes vivos y muy cerca de los muertos, cuya casita va á ver muy á menudo guardándola como se guarda un tesoro.

Y allá se está en su aldea de Nuéva-

los, leyendo ó pintando ó cuidando las plantas de su huerta, recibiendo las visitas de todos los personajes de viso que van á Piedra y muy querido de aquellos baturros, los cuales, si no pueden comprender los puntos que calza como artista y lo que vale como pensador, saben fijamente que el *señorito* es muy *güeno* y que no se recurre á él inútilmente cuando de veras se le necesita.

Pero retrocedamos unas cuantas líneas, y perdóneme el lector esta digresión por motivarla un hombre que sintetiza el tipo de raza en los aragoneses de la clase media y que bien merece ser citado.

Decía anteriormente que, hallándome yo en Piedra con Manuel Yus, pasó junto á nosotros un baturro cantando á palo seco esta copla:

«Pricipicio cauteloso
mi han dicho que el sol ti ofende;
yo riñiré con el sol,
y al sol le daré la muerte.»

¡Qué barbaridad!, exclamamos á dúo.
¡Vaya una copla desatinada!

No, no lo era; estaba llena de poesía, de grandeza, de fuego; era una de tantas, bajo las cuales lo rudo de la expresión encierra hermosos pensamientos.

El que la cantaba, no los descubría ni la decía con intención; la había oído, se le quedó en la memoria y formaba parte de su repertorio, con otras muchas, cuyo sentido no se paró nunca á descubrir.

Pero el que la *creó*, el que *la sacó de su cabeza*—como dicen por allá—no lo hizo, seguramente, á tontas y á locas, sino que al dirigírsela, probablemente á su amada, en una noche de ronda, quiso expresar con ella todo lo que sentía; quiso decir poco más ó menos: Eres para mí un precipicio que no llego á ver, que no está al descubierto; un precipicio oculto por el musgo, la maleza y las flores; pero á pesar de todo, aunque algo me augura que has de ser la causa de mi perdición y de mi muerte, te quiero tanto, que si alguno te ofendiera, así fuese el rey de los astros, sería capaz de

subir al cielo y matar al que te ofendió.

En todos los cantares genuinamente aragoneses hay siempre mucho que estudiar.

Otro de los que saben en Aragón, hasta los chiquillos, es éste:

«Si no me quieres por probe
me pondré yo muy contento;
si me dejas por falso,
luego m'iba al cimiterio.»

Está aquí retratado el carácter noble y entero de los aragoneses. Si el motivo de no querer á un hombre fuese solamente la escasez de sus recursos, ¡qué dicha! la mujer que aquello hiciese era indigna de un amor serio; posponer la temeridad, el valor, la hidalguía, la grandeza de alma á unas cuantas pesetas, era despreciable y más valía saberlo pronto que no seguir cortejando á moza de tal ralea. En cambio, si la falsedad, la cobardía, la bajeza motivaban el desaire, aunque no fuesen ciertas, bastaba una simple sospecha en el ánimo de la mujer querida para determinar el

suicidio. Era preferible la muerte á pasar, ni por un momento, plaza de cobarde.

La forma será ruda, estará exenta de poesía, no descubrirá abiertamente la intención del cantar; pero el fondo interesa, como interesan siempre las grandes pasiones.

La jota es el canto de los aragoneses; con ella expresan todos sus sentimientos: el amor, el odio, los celos, la fe, la burla, el desprecio, cuanto dicta el corazón ó el espíritu, halla con aquel himno popular un medio de expresión.

La he llamado himno y no me arrepiento. Sí; es un himno grandioso muy en consonancia con el carácter aragonés; desde la primera nota se presenta franco, brillante, alegre, claro, decidido, valiente, sin ningún género de vacilaciones; otros aires populares tienen algo de vago en sus comienzos, no se manifiestan claramente desde el principio, vienen después de algunos compases, á guisa de preludio, como si no

se atrevieran á «exhibirse» sin cierta preparación. La jota aragonesa, no; se ofrece al instante con la valentía propia del pueblo que la canta, y esta valentía se acentúa, se ratifica, se machaca, si se me permite la frase, en aquellos ruidos arpegios que sobre la tónica y la dominante sirven de acompañamiento al canto; arpegios que parecen decir: sí; esta es nuestra voluntad y nuestro pensamiento y nuestro modo de sentir; esto decimos con el alma y... con el pulmón y eso sostendremos á cuchilladas si alguien quiere quitárnoslo.

Por esa valentía, la jota se impone en todas partes y en todas partes entusiasmo; por eso la han patrocinado en todos los pueblos españoles y la han dado carta de naturaleza y hasta la han antepuesto á sus aires regionales; por eso ha venido á ser el canto de toda España, y allí donde exista una guitarra ó una bandurria, allí donde se celebre cualquier fiesta popular, allí donde se reúnan cuatro mozos que canten oiréis

la jota aragonesa, más ó menos disfrazada, pero siempre valiente, alegre, decidida y con todos los caracteres de «raza». Raza asombrosa que ha dado héroes y artistas y poetas y filósofos y legisladores y santos; raza que parece el producto de aquella tierra dura y roja (como si también en ella hubiese glóbulos de sangre), que luchó con el diluvio y lo venció, quedando como resultado de la lucha montañas hendidas pero firmes en sus puestos, no sepultadas como las de otras regiones, y viéndose también aquel río, que en medio de la refriega fué arrojado de allí, volver á su cauce con terquedad aragonesa, saltando por riscos y peñas y formando esas preciosísimas cascadas que hacen del Monasterio de Piedras un lugar fantástico, admirado por todos.

Raza llena de hidalguía que al recibir al soberano en la republicana capital de Aragón, le dijo poco más ó menos: Aquí odiamos la monarquía y combatiremos siempre á sus representantes; pero desde

este momento no sois para nosotros un rey, sois un huésped, y os trataremos con todo el cariño y atención que el huésped nos mereció en todo tiempo. Y así se hizo.

Raza que no acabaré de elogiar y de la que espero, si aún es posible, la redención de España.







Capítulo IX

Y de toros ¿qué?—Errores y fantasías.—De hipótesis en hipótesis.—Los crédulos.—La famosa piedra de Clunia.—Lo que significa para algunos fantaseadores.—En obsequio á los *lapidófilos*.—Un descubrimiento portentoso.—Desencanto.—Cosas de bibliografía.—Datos que parecen irrecusables.

BUENO—ó malo—dirá el lector; pero y de toros ¿qué?

Pues de toros habría mucho que escribir tratándose de Aragón. ¡Apenas si es antigua la fiesta en ese pueblo!

¡Lástima grande que no me lleven mis aficiones á fantasear y hacer leyendas sobre cualquier medalla, lápida ó

inscripción que halle “á tiro,, y en la cual aparezca más ó menos toscamente dibujada la figura de un animal astado! porque entonces bosquejaría una historia del toreo en Aragón que dejase en mantillas á todos los relatos de Dumas; y cuenta que al autor de *Los tres mosqueteros* nadie le fué á la mano en disparatar cuando «sobre» España escribía.

Sólo con atenerme á lo de que: “En Zaragoza se hicieron monedas en tiempo de los romanos; á un lado la cabeza de Augusto y al otro un buey ó vaca *con un ministro que los guía*,, sólo con eso, repito, ya había tela cortada para rato.

Y de hipótesis en hipótesis vendríamos á deducir que la lidia de cornúpetos era ya tan grandiosa entre los romanos, que hasta la popularizaban en sus monedas grabando incidentes de la fiesal “dorso,, del emperador, vamos al decir. Y llegaríamos á dar por hecho que Cesar tuvo ministros como cualquier rey constitucional de la España moderna, y

que estos ministros (es decir, *aquéllos*, porque los actuales no valen todos juntos ni la pena de zurrarlos), eran tan hombres de pelo en pecho y de *astas tomar* que iban á los montes, cazaban las reses de lidia, las llevaban á la capital y toreándolas luego delante de la plebe, ésta perdonaba al lidiador todas las atrocidades cometidas por el ministro.

¿Piensan ustedes que no habría quien tuviera por verdades inconcusas estas lucubraciones?

Pues se equivocan de medio á medio; cosas por estilo vemos á diario.

En 1774—dice Trigueros, y yo lo he copiado en otro libro—se descubrió en los cimientos de la antigua muralla de Clunia “un fragmento de piedra circular, cuya parte inferior no se encontró: en el centro de la parte descubierta, y que se conserva, hay de relieve un toro en acto de acometer, y enfrente de él un hombre que, al parecer, viste el *sago* ó *sayo* español: tiene en la mano izquier-

da un escudo celtibérico redondo y descubre la punta de una espada ó chuzo que tenía en la derecha; por la parte de arriba tienen las letras que equivalen á las latinas *neto tarn est...* etc.,,

¡Una friolera! dijeron al ver tal pedrusco, los bibliófilos *fantasistas*. La cosa está más clara que la luz: En aquel tiempo la fiesta de toros era popularísima en España, tan popularísima y acreditada que se esculpieron piedras en su “obsequio,,; entonces llegaron las corridas al límite de su perfección. ¿Quién habla de los Romeros, los Pepe-Illos y los Cándidos? ¡No lo son poco aquellos que crean en el mérito de tales hombres! no valían ni lo que costó el bautizarlos, eran unos viles falsificadores: matar toros ya picados y banderilleados y rendidos, aunque se hiciera frente á frente, á pie quieto, usando muleta y estoque... ¡vaya una hazaña!

Lo asombroso está en lo que hacían aquellos valientes del *sago*: les soltaban torazos más “ladrones,, que Candelas,

más grandes que un megaterio, con más *leña* que un pinar, y aquellos tíos del *sago* daban, sin mover los pies, unos cuantos pases de escudo, liaban en seguida (supongo yo que lo de liar consistiría en poner el escudo de canto), y recibiendo á toda ley, hundían en la *mis*-*m*ísima cruz de la fiera aquella espada casi tan corta como un puñal y sin bola forrada de gamuza ni otro adminículo que hiciese el *encontrón* menos duro para la *mano*.

No crean ustedes que exagero: hay muchas personas ilustradas, cultas y serias que ven esto y mucho más en la famosa piedra de Clunia.

¡Diablo de arte, este del toreo! Empieza por lo más sublime, rompe después los moldes, pasan siglos y siglos, la afición y los lidiadores aumentan de día en día y... nada, no se consigue llegar hasta donde llegaron aquellos toreros primitivos. Porque comparen ustedes las hazañas de Montes y Redondo, y las que hemos visto á *Lagartijo* y Salvador

con lo que practicaban aquellos hombres del *sago*—según los “comentadores,, de la citada, traída y llevada piedra—y los *Paquiros*, Chiclaneros, Rafaelés y Salvadores resultan unos malletas.

En obsequio á esos *lapidáfilos* citaré aquí un hecho que Baselga Ramírez—autor del libro *Desde el Cabezó Cortado*—supone ocurrido en Morata. Al fin y á la postre, de un ingenioso autor aragonés se trata, y en un pueblo de Zaragoza “se fija la acción,, del suceso.

Allá, en una especie de bóveda, cueva ó algo parecido que existió junto á la sacristía de la iglesia, se había ido metiendo todos los chirimbolos, más ó menos sagrados, que estorbaban ó no eran de necesidad por el momento: cojos bancos, facistoles inservibles, candelabros inútiles, misales desvencijados, tablones para armar el catafalco en los días de difuntos, lienzos y bastidores usados *in illo tempore* al aderezar el monumento de Semana Santa, todo eso en

amable consorcio y mansa anarquía esperaba tranquilamente—lo tranquilamente que espera un cachivache—el momento de ser útil á la iglesia.

Cierto día, por razones que no son del caso, hubieron de removerse todos aquellos chirimbolos, y apareció en una de las paredes de la bóveda la siguiente inscripción, que á juzgar por la *facha*, era tan antigua como el andar á pie:

DOM
IN GO
COLOM
INAS
SACRIS
TAN
Victorian
Portabite
campa
nero

¡No fué nada el hallazgo! En seguida vinieron los eruditos, los *lapidáfilos*; leyeron, relejeron, comentaron, descifraron, interpretaron el tal rótulo y el contento no les cabía en su individuo.

¡Qué descubrimiento! ¡Qué dato para la historia! ¡Qué gloria para el lugar! Y no había duda, aquellas letras—que si no eran tan antiguas como el andar á pie, tenían, por lo menos cuatro siglos de existencia—lo probaban. No había que estudiarlas mucho, ni comparar la inscripción con otras de la época: estaba clarísima, las ligeras deficiencias quedaban subsanadas teniendo presente que la ortografía era muy caprichosa en aquel entonces, y el omitir una *hache*, el poner *go* por *quo*, *sacris* por *sacras* y *tan* por *stans* eran minucias que no debían fijar la atención un solo instante.

Ninguna inscripción ofreció jamás menos dudas: Las letras D O M eran las iniciales del *Deo Optimo Máximo* de ritual en todos los escritos de la época; después la cosa marchaba como sobre ruedas: *in quo Colon in has sacras stans victoriam portabit e campo nero*. Era innegable: Colón, el gran Colón, el descubridor del nuevo mundo, había estado en aquella *sagrada estancia* y allí había triunfa-

do del *campo negro*; es decir, de curas, jesuitas, frailes y demás gentes retrógradas que veían con malos ojos al atrevido genovés.

Y... ¿saben ustedes lo que decía la famosa inscripción? Pues decía simplemente:

Domingo Colominas sacristan
Victorian Portabite campanero.

¡Fíese usted luego de los sabios!

No lo soy, á Dios gracias—cosa que me alegra muy mucho—así es que cuando me topo con algún papelote antiguo referente á las fiestas de toros, como lo que diga no esté bien terminante y me parezca verosímil, me limito á citarlo ó reproducirlo sin meterme en dibujos, y sólo cuando la cosa no ofrece dudas la doy por hecha y la comento.

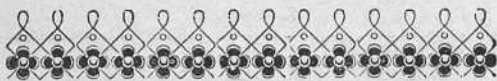
Y aun así no me creo seguro, porque en estas cosas de bibliografía, pasa un hombre su tiempo hojeando papeles y más papeles, cree estar ya al cabo de la calle en determinadas cuestiones, y cuando se lanza á hacer una afirmación

categorica ¡zás! viene un quidan cualquiera, que ni es literato ni escritor, ni compró un libro en su vida, y porque la casualidad puso en sus manos tal ó cual documento auténtico referente á aquel asunto, desbarata con pruebas las afirmaciones del bibliófilo y todavía pasa éste por ignorante y el otro por erudito.

En lo tocante á este libro diré—y aprovecho la ocasión para hacerlo—que tengo por buenos todos los datos que en él se citan y me han suministrado algunos archivos públicos y particulares y mi buen amigo Luis Carmena, el cual es hombre que lo entiende; si después no resultan tan buenos, yo seré el primer engañado.

Y vamos adelante.





Capítulo X

Los enfamados y los que no lo estaban.—En el siglo XIV.—A Zaragoza por matadores.—Un caballero arrojado.—Toros en 1599.—Idem en 1664.—En obsequio á D. Juan de Austria.—Por los desposorios del *potentísimo* Carlos II.—Corrida nocturna en Cariñena.—En 1723.—Ocho días de fiestas y otros excesos.—Funciones magnas en 1765.—Relación que las describe.—Los cronistas taurinos en Aragón.—Seriedad é independencia.—Ahora, entonces y siempre.

QUE las fiestas de toros son antiquísimas en Aragón, está fuera de duda. Si otros pueblos hicieron de la lucha con el toro su pasatiempo favorito, no había de quedarse atrás el aragonés, que tenía bien sentada su fama de arrojado y valiente.

Durante aquellos tiempos en que “eran infames al igual de los alcahuetes, los músicos y los toreros que no trabajaban de balde,, pues solamente si el *tañer estrumentos, ó el cantar ó el lidiar con bestias brauas si se facía por facerse plazer á sí mesmo ó á los amigos ó á lcs reyes ó á los otros señores*, estaba exento de *enfamación*, es de presumir que dado el carácter altivo de los aragoneses no se dedicasen por lucro á la lidia de reses bravas, si no que lo hicieran pura y simplemente por *facerse plazer*, como rezan los “cánones,,.

Sin embargo, en el siglo xiv debió modificarse algún tanto aquel criterio, pues hemos visto á Carlos II pagar 50 libras á dos hombres que de Aragón mandó llevar á Pamplona, con el fin de matar dos toros en esta ciudad.

Por distracción ó por oficio, el caso es que si se quería ver matar toros á hombres de pelo en pecho, se les iba á buscar á Zaragoza, y algo muy grande debían tener, por su valor y su fiereza,

cuando siendo el lidiar de los toros moneda corriente en toda España, y habiendo por ende buen número de lidiadores en todas partes, se acudía desde tan lejos á buscar los de Aragón.

Y como no fué el de Carlos II un hecho aislado, sino que lo vemos repetido en Tudela primero, y en Castilla después, hay que convenir que los aragoneses imponían entonces su toreo, el cual debió basarse en el arrojito temerario, porque las monadas y florituras ni se cotizaban entonces ni encajaron nunca en el carácter aragonés.

Cuando la fiesta de toros pasó al dominio de la nobleza, los López Luna, los Alfonisllos, los Atarés y otros de «su clase» realizaron en el circo verdaderas hazañas, y las corridas aragonesas tenían, como todo lo que significaba valor y empuje, el característico sello de la raza.

Hubo caballero en el siglo xvi (Don Luis Peralta) que “luego que hubo salido á la lid, por buscar empeno, y an-

tes que el toro le envistiera, tiró un guante y el pañuelo, y al rescate se bajó del caballo y esperó al bruto y lo mató de una feroz cuchillada, y recogió el pañuelo y dejó el guante para el toro subsiguiente que mató de varias estocadas,,.

Las corridas en Aragón se celebraban por igual motivo que en el resto de España, y no había venida de reyes ó príncipes, canonización de santos ó sucesos de fuste que no llevasen aparejada su correspondiente función de toros.

En 1599, con motivo de la permanencia en Aragón de los «recién casados monarcas Felipe III y Margarita de Austria» hubo allí «dos días de toros y cañas».

Por la “celebridad del martirio y beatificación de San Pedro Arbués,, en 1664, hubo también toros y cañas y “una corrida en diferente tarde, en la que lidiaron con desigual suerte Don Francisco Pueyo y D. Antonio Luna,, los cuales no tuvieron, dicho sea de pa-

so, ningún cantor serio que inmortalizara sus hazañas.

En "obsequio de su Alteza D. Juan de Austria,, se verificó una corrida de toros, la cual no debió ser cosa de poco más ó menos cuando tuvo su vate aragonés que la describiera, empleando el estilo de los días en que se echan las campanas á vuelo. Véase la clase:

«Musas del sacro coro diamantino
que en delicias amenas del Parnaso,
de Júpiter el nectar cristalino,
Golfo á Golfo bebéis, no vaso á vaso.»

No sigo por no emocionar al lector.

Se casa en 1679 el *potentísimo monarca* D. Carlos II (así le llama la relación de fiestas que describe las habidas en Zaragoza), pues toros al canto; repite la suerte en 1690 aquel *potentísimo monarca* encanijado, enfermizo y tonto (que á pesar de ser *potentísimo* no dejó sucesión), y repiten también en Zaragoza lo de los toros y cañas.

En 1701 emprende el rey un viaje á Barcelona, y al pasar, ya muy de noche, por Cariñena, hubo de presenciar, quie-

ras que no, una corrida de toros que esta ciudad había prevenido en obsequio al monarca y que “se verificó á aquella hora; y así, á favor de la luna, de teas y de otras luminarias se llevó á efecto,,.

¡Buenos son los aragoneses para que cualquier reyecillo extranjero—que eso era entonces Felipe V—venga á corromperles las oraciones. No quiso llegar á tiempo para ver la corrida con sol, pues la vería con luna ó se armaría la de Dios es Cristo.

Y la vió y aún tuvo que poner cara de pretendiente á una fiesta que tanto le disgustaba y de la cual fué siempre encarnizado enemigo.

En 1723 hubo en Zaragoza unas muy soberbias funciones con motivo del decreto «en que la Santidad de Inocencio XIII concedió para todo este Arzobispado el oficio propio de la aparición de Nuestra Señora del Pilar, en el de la dedicación de los santos templos del Salvador y del Pilar».

No entiendo muy bien ese parrafillo copiado de la *relación histórica y panegírica* que describe aquellas funciones; pero lo que sí está claro, es que duraron desde el 11 hasta el 19 de Octubre; que hubo, además, corrida de toros el 20, y que por una de esas trifulcas tan corrientes, y á veces tan justificadas, como ocurren en Zaragoza, hubo de suspenderse de orden superior, la otra corrida anunciada para el 25.

Con motivo de la exaltación de Fernando VI al trono, hubo también fiesta de toros en 1746.

Pero cuando la capital aragonesa echó el resto, fué el año 1765 por mor de la *Pilarica*.

D. Thomas Sebastián y Latre escribió una relación de aquellas «festivas demostraciones con que la ciudad de Zaragoza celebró el descubrimiento del magnífico y suntuoso tabernáculo ó capilla de su adorada Patrona María Santísima del Pilar».

Se verificaron entonces cuatro gran-

des corridas de toros, en las que se corrieron 64 (á 16 por día) y en ellas hubo mucho que admirar y no poco que aplaudir.

Los caballeros derrocharon el valor, no quedándose atrás la gente de á pie, si hemos de dar crédito á las *reseñas* de la corrida.

El mismo D. Thomas Sebastián Latre dice lo siguiente:

“Caballeros valientes
puestos en Plaza,
desafían las Fieras,
pero á Lanzadas:
No temen iras,
y con Varas les miden
bien las Costillas.

.....
De á pie los Lidiadores
con Vanderillas,
hacían á los Toros
mil monerías:
Pero el matarlos?
en verdad que era hacerlo
y no pensarlo.

.....
Las últimas corridas,
porque se logren,
Candido y su Quadrilla
trahen en la Corte:

Torero Grande:
En Madrid es famoso;
no hay más que darle.

.....
Pareció que á los toros
los conocía,
siempre que él se arribaba
ellos huían:
Fué cosa rara;
los más Toros morían
de una Estocada.,,

También en Zaragoza—“bajo el auspicio de su primitivo patrón San Jorge,, —hubo Maestranza de Caballería.

Los estatutos del Cuerpo fueron aprobados en 1824 é impresos al año siguiente; pero como se dice en el Prefacio, “la reunión de Caballeros Aragoneses, con el objeto de ejercitarse en la equitación y lucir su destreza en el manejo de las armas, es tan antigua, que ya el Serenísimo Señor Rey Don Juan estableció leyes por las que se rigió la Nobleza de Zaragoza, que consagra obsequios al invicto y glorioso mártir San Jorge en esta Cofradía.,,

En 1505 Fernando el Católico concedió facultad para que la dicha cofradía

“derogase sus ordinaciones,, é hiciera otras nuevas.

Las últimas ordenanzas de la citada Cofradía se arreglaron en 1675.

La Maestranza de Zaragoza tiene, pues, larga historia.

Zaragoza, como no podía menos de ocurrir, llevó á sus corridas de toros el carácter y el temperamento de Aragón. Aquellas tuvieron fisonomía propia, fueron genuinamente aragonesas, y á poco que se estudie su organización, á poco que sobre ellas se medite, veréis allí á ese pueblo independiente y heroico que no sufre imposiciones, que no quiere sujetar sus fiestas al gusto de nadie y que en esto, como en todo, no admite más voluntad que la suya.

En todas partes, las hazañas de los caballeros lidiadores tuvieron poetas más ó menos inspirados que las escribiesen elevándolas casi siempre al rango mitológico, y lo de *Marte iracundo* y *Júpiter soberbio* andaba en aquellos versos como Pedro por su casa.

En Aragón no sucede lo mismo. La mayoría de las fiestas no tiene cronistas; otros las pintan con excesiva sobriedad, dándose el caso de celebrarse en Zaragoza solemnes festivales en honor de Fernando VI, describirlos uno de aquellos poetas y al llegar á la corrida de toros no decir nada “porque era harto sabida la formalidad con que estas funciones se celebraban en Zaragoza,,.

Hubo excepciones, ¡claro está! pero fueron tan pocas y de tal índole, que vienen á robustecer la regla general. Y aquellos desdichados vates que se ponían al servicio de un noble y le dedicaban sus versos, estampando en la dedicatoria los conceptos más serviles y humillantes, sólo por recibir algún socorro pecuniario ó tal cual usada ropilla, no se conocieron en Aragón. Allí, el que ensalzaba á un noble, lo hacía por cariño, por admiración, por simpatía; pero nunca como esos mendigos que piden limosna á la puerta de las

casas y con afectada contrición rezan por la salud de sus moradores.

No vendían sus versos, los ofrecían generosamente, y hubo quien no encontrando, tal vez, nobles dignos de su musa, al escribir una detallada relación de fiestas la dedicó al “Glorioso Apóstol San-Tiago, Patrón de España,, del cual, seguramente, no esperaba ventajas materiales, aunque muchas fuesen las espirituales que se prometiera en la otra vida.

Ahora, entonces y siempre, la raza subsiste y el *Nos que valemos tanto como vos...* es innato en el pueblo aragonés.





Capítulo XI

Arraigo del espectáculo taurino en Aragón.—Lo que dice un cronista.—Algo que es preciso estudiar.—Ni fanáticos ni descreídos.—Adoración de los aragoneses por la Virgen del Pilar.—Un cuento añejo.—El por qué de sacarlo á la colada.—Lo que significa el culto á la Virgen.—Un diminutivo que lo retrata.—Sólo ella.—Las corridas de toros en Zaragoza.—Cómo las ve aquel público.—Valor y valor.—¡Fuera capas!—Ideas de los zaragozanos sobre el torero.—En las vaquillas.—Lo que no produce entusiasmo.—Un cuadro que se anima.—Motines.—La levadura de lo grande.—Un rasgo de energía.

~~~~~

**E**STÁ hoy tan arraigada la fiesta de toros en Aragón, y encaja de tal manera en el carácter de ese país, que hasta los cronistas más serios, los que más elevación han dado á sus escritos sobre Zaragoza, se ocupan en

las corridas, y al lado de brillantes capítulos en los cuales se estudia la constitución política del pueblo aragonés, su nobleza, sus leyes, sus fueros, sus hazañas, se ven párrafos como el siguiente:

“Pocas provincias hay en España más aficionadas á esta diversión (los toros) que la de Zaragoza; la circunstancia de criarse en Cincovillas, y sobre todo en Egea de los Caballeros, toros tan buenos y bravos como los de las mejores toradas de España; el carácter expansivo y belicoso de los aragoneses, y la antigüedad de esta diversión en aquella tierra, son todas circunstancias que, si no explican, favorecen, por lo menos, la estrechada concurrencia á esa clase de funciones. Es ésta tal, que de todos los puntos de Aragón, de los del Pirineo como del Maestrazgo, todos acuden á Zaragoza para las fiestas del Pilar, movidos no tanto del celo religioso como del deseo de disfrutar de las corridas de toros.,,

Es cierto: las corridas son el alma de tales fiestas.

Pero es preciso estudiar unas y otras, porque con aquella multitud que se agolpa á las puertas de la basílica y que más tarde se agolpará en el despacho de billetes para los toros, va la historia, la tradición y el carácter del pueblo aragonés.

¿Es que los que se precipitan en la iglesia para adorar á la Virgen, son unos fanáticos, creen á pie juntillas cuanto les dice el predicador, y azuzados por éste serían capaces de llegar hasta el restablecimiento de la inquisición?

Nada de eso.

¿Es que se trata de gente descreída para quien la religión es un mito, que se ríe cuando le hablan de la vida eterna, y va al templo por curiosidad, considerando la función como un espectáculo gratuito?

Tampoco.

La mayoría tiene fé, adora á su Vir-

gen del Pilar con toda el alma, no admite que ni en el cielo ni en la tierra pueda haber nada digno de igual culto y de la misma adoración.

Pero la adora á su modo; no ve en ella, como sucede en algunas partes con otras vírgenes y otros cristos, un juez terrible que ha de juzgar sus actos y ha de imponerles severos castigos; no llegan temblando á su capilla ni le dirigen esas oraciones que revelan un profundo temor, un miedo invencible á la eternidad. No: eso rompería la historia, la tradición y el carácter de los aragoneses; sería indigno de ellos, y no sucede.

Por grande que fuera su misticismo y arraigada la creencia en lo eterno, no irían medrosos á rezar; eso está reñido con su altivez, y en este punto no transigieron nunca con lo humano ni con lo divino.

Esos chascarrillos que se inventan á fin de poner en ridículo la terquedad de los aragoneses, en ocasiones fotografían el carácter de raza.

Hay uno, sobre todo, que aunque muy conocido del lector, he de reproducir aquí, no á guisa de curiosidad, sino en apoyo de lo dicho.

Cuéntase que, harto Dios de las perrierías de los hombres, mandó á San Pedro que se diera una vueltecita por la tierra y tratara de meter en cintura á los pícaros mortales.

Cumplió San Pedro el mandato recibido y *cayó* por muy cerquita de la capital aragonesa. Allá encontró á un baturro, á quien después de saludar atentamente, le pregunta:

—¿A dónde vais, mi amigo?

—A Zaragoza—respondió secamente el aragonés.

—Si Dios quiere—le arguyó San Pedro.

—¡Otra que rediez!—dijo insistiendo el baturro;—que *quiá* que no *quiá*, á Zaragoza.

Malhumorado el Pescador, y con las plenas atribuciones que de Dios tenía, convirtió al aragonés en rana y lo arro-



jó violentamente á un charco vecino. Y allí lo tuvo algunos años obligándole á sufrir las inclemencias del tiempo, las pedradas de los chicuelos y otras mil calamidades que fácilmente se imaginará el lector.

Cuando terminada su misión—con escaso fruto á juzgar por lo que diariamente nos dice la gente de sotana—el Apóstol se disponía á subir á los cielos, volvió al camino de Zaragoza, dió al baturro su primitivo ser y estado, aunque dejándole la conciencia de lo sufrido, y otra vez le dirigió la pregunta de marras:

—¿A dónde váis, mi amigo?

—Ya lo sabes, á Zaragoza—dijo firmemente, más firmemente que la vez primera, el interpelado.

—Si Dios quiere, hombre, si Dios quiere—insistió San Pedro dulcemente.

—Qué Dios ni qué... suplicaciones; ya te lo hi dicho: “A Zaragoza ú al charco.,,

Y viendo el Apóstol que era inútil

dominar aquel carácter, dejó al zaragozano seguir tranquilamente su camino.

¿Va usted á apoyarse en esa chirigota para hacer razonamientos?—dirán algunos.

¿Por qué no?

Acaso en los cuentos, en las consejas, en los chascarrillos, ¿no hay siempre un algo utilizable?

Pues qué, el citado ¿tendría menos gracia si el protagonista, en vez de ser zaragozano fuese de cualquier otra provincia no aragonesa?

¿Por qué se le hace de Aragón? Porque allí la mayoría de los hombres son testarudos, como el del cuento, altivos, enérgicos, valientes, capaces de admitir las torturas de cien infiernos antes que dejarse imponer por nada ni por nadie.

Su adoración á la Virgen no responde al miedo de la otra vida, al deseo de tener quien los libre del castigo eterno. Si así fuera, el culto de los aragoneses por la Virgen del Pilar se asemejaría á los demás cultos, y no se asemeja.

Para el zaragozano, sobre todo, la Virgen del Pilar viene á ser una amiga, una confidente, una encarnación de lo hermoso que se halla entre la tierra y el cielo, más perfecta, más grande, más virtuosa que todo lo humano, y sin esas negruras, ni esas cóleras ni esas *irritaciones* que la gente piadosa achaca á veces á Dios y los Santos, irritaciones que se traducen en guerras, pestes y sequías, para calmar las cuales es preciso rezar mucho, asistir continuamente al templo, confesar, comulgar, y mejor que todo, *encargar* todas las misas que se pueda.

Si los aragoneses creyeran á su Virgen capaz de irritarse y castigarlos, si vieran en ella algo que pretendía imponerse por el terror, no la adorarían, ni la tendrían ese inmenso cariño, ni la llamarían la *Pilarica*, diminutivo que por sí solo pinta lo que es y lo que representa para el pueblo de Aragón aquella sagrada imágen.

No; no la escatiman su admiración

ni sus ofrendas, no la ocultan su entusiasmo; pero lo dedican á la amiga cariñosa, nunca al juez iracundo á quien es preciso ablandar con dádivas.

Para ellos la *Pilarica* es su paisana, es lo mejor de la tierra, y es tal y como se presenta encima de aquella columna, en su magnífica capilla.

Si fuera posible darles una escultura, del propio *Buonarroti*, representando la misma Virgen, y viniese el Papa á bendecirla en Zaragoza, y expusiera allí todas las gracias que Dios concedía á los devotos de la nueva imágen, no tendría ninguno entre los aragoneses.

Para ellos no puede haber más *Pilarica* que la de la columna, la que adoraron sus padres y sus abuelos, la que adorarán sus hijos y los hijos de sus hijos si tienen sangre aragonesa, la que les comprende y les oye, la que aborreció al francés y fué partidaria de Espartero, la que hoy está allí, en una palabra: aquella Virgen *chiquitica* y mo-

*renica* puesta sobre una *cacho* de pilastra.



Las corridas de toros celebradas durante las fiestas del Pilar son las clásicas, las que llevan á Zaragoza gentes de todas las provincias aragonesas y muchos aficionados de las otras, las que tienen verdadero carácter, las que á semejanza de “las de San Fermín,, resultan genuinamente aragonesas, como las otras genuinamente navarras.

Ya es sabido, el espectáculo está en los espectadores, y los que forman mayoría en las fiestas del Pilar, son aragoneses de buena cepa que van á los toros llevando escrita en su alma la historia de Aragón y con esa herencia de altivez, orgullo, valor y terquedad innatos en los hijos de aquel país.

Les atrae, les arrastra la fiesta; pero la juzgan á su modo, sin dárseles un ardite cómo la juzgan los demás. Ellos

buscan en todo, y sobre todo, el valor: el más valiente, ese es el mejor torero. Entre un matador que se estreche con los bichos y les arranque cierto y derecho, aunque la estocada no resulte, y otro que haga el *mainate*, así sea el lidiador bajado del cielo, votarán por aquél.

Presencian impasibles aquellos lances en que el riesgo está lejano, y siguen con avidez los que pueden producir una catástrofe. No hay para ellos suerte como la de varas, y siempre se les figura que vienen pronto las banderillas.

¿Es que gozan con el espectáculo repugnante de las jacas heridas que se deshacen los intestinos al pisárselos, que llenan de inmundicia á los toreros, y pasean por el circo sus entrañas manando sangre?

Nada de eso: Es que buscan—quizá sin darse cuenta—el detalle más grandioso de la lidia, el del picador que cae al descubierto junto á la cabeza de la res y al cual un segundo de indecisión

ó la falta de arrojo en el espada puede costar la vida.

Allí no sirven los desplantes, las posturas ni las comedias; allí el *engaño* es casi siempre ineficaz: es preciso jugarse la vida, ir de poder á poder, luchar con el toro como se pueda, con el capote, si el capote es suficiente, á brazo partido si la percalina estorba.

Por ese momento culminante en la lidia son tan partidarios los aragoneses de la suerte de varas. Si fuera sólo la vista de la sangre lo que les hiciera pedir caballos y más caballos, serían indignos de esa nobleza que constituye una de las notas más simpáticas de su carácter.

Lo repito: buscan siempre en la lidia los actos de valor; todo lo que tienda á aminorarlo les subleva.

Ellos no entienden eso de *toros de sentido* y *bichos pregonaos* y *reses ladronas* que infunden mucha *prudencia* en los espadas; sólo saben que éstos cobran enormes sumas á costa del público, y

por lo tanto, debe exigírseles un enorme valor. Casi todos aquellos hombres, si no fueran toreros serían peones de albañil ú oficiales de zapatero y ganarían un mísero jornal que apenas les diera para vivir: entonces quizá tendrían derecho á ser cobardes; pero desde el momento en que *se meten* á espadas y se hacen pagar miles de pesetas por corrida; desde el momento que truecan la angustiosa situación del jornalero por la brillante de matador de toros; desde que cesan de pertenecer á la masa anónima de la sociedad, esa que suda en los campos para malvivir si la recolección es buena ó empeñarse y hundirse durante muchos años si la atmósfera hace de las suyas; esa que baja á las minas y sucumbe abrasada por el fuego, esa que es fuerte y robusta, pide trabajo y no encuentra, limosna y no se la dan, esa que llena al fin y al cabo las camas de los hospitales...; cuando se deja, en fin, de ser un Don Nadie para convertirse en hombre popular,



agasajado, encomiado, que hace continuamente gemir á la prensa y hablar al telégrafo y correr á los trenes, puestos exclusivamente á su servicio, entonces no cabe la cobardía ni la mal entendida prudencia, hay que ser ante todo y sobre todo muy arrojado, hay que demostrar por la vida un absoluto desprecio, hay que hacerse digno de ese nombre, de esa reputación y de esa holgura, la cual si estuviera libre de contratiempos en armonía con ella sublevaría el ánimo más tranquilo. ¿Que por un exceso de arrojo se olvida el arte y se perece en la contienda? Pues esa es la profesión. También muere el albañil al pie del andamio y no tuvo jamás nombre, fortuna, consideración, aplausos ni gloria.

Esas ideas, tal vez informes y sin concretar, bullen en el cerebro del público aragonés. No sabe definir lo que siente; pero siente eso. Y sus actos, sus gestos, sus voces en la plaza lo revelan así. *¡Fuera capas! ¡Fuera piculines! ¡Anda tú solo!* grita con fuerza, y esos gritos son

otros tantos destellos de sus ideas sobre la lidia.

No; no quiere capas que distraigan al toro, lo mareen y lo cansen, quiere que el bicho conserve todas sus facultades para la lidia; no quiere *piculines* (titiriteros) que bailen delante de la res convirtiendo la arena en un circo, quiere hombres valientes que toreen á pulso y trabajen á ley, quiere que á matar vaya solo el espada, no rodeado de una turba de peones que le ayuden en su faena, porque entonces la lucha del hombre con la fiera desaparece, no hay tal lucha, ni valor, ni nobleza, ni arranques: hay simplemente el *asesinato* de un toro por unos cuantos toreadores en cuadrilla.

¡Qué hazaña!

Ellos que no son lidiadores ni tienen costumbre de andar entre toros, ni saben una palabra de arte taurino no los temen, y en las *vaquillas* de San Roque y en las novilladas de su pueblo hacen más, infinitamente más, que todos los li-

diadores juntos. ¿Por qué han de transigir, pues, con el toreo de *mentiricas* cuando sólo por afición torear ellos tan de verdad y hacen la suerte del cuévano, la del *peso* y otras por el estilo?

Así piensan, tal vez sin saberlo, los zaragozanos, y por eso no transigen en su plaza con lo que en otras es moneda corriente.

No tienen por los lidiadores esa admiración que sienten otros pueblos, no les adulan ni consideran su trato como un gran honor, no les ven tan arriba; por eso, tal vez, á pesar de la antigüedad de la fiesta de toros en Aragón y el entusiasmo de los aragoneses por ella, á pesar de haber tenido á Goya—que pintó con profusión toros y toreros y hasta actuó de lidiador según afirman algunos escritores,—hay pocos aragoneses que se hayan dedicado á torear.

El aspecto de la plaza en las fiestas del Pilar no ofrece nada saliente; es poco más ó menos el mismo que presentan otras plazas importantes durante las corridas

de feria. Quizá dentro de la animación y la alegría propias de nuestro espectáculo hay un no sé qué de serio, nada común fuera de allí. De todas maneras el cuadro, siendo hermoso, no presenta ordinariamente caracteres dignos de especial mención.

Pero cuando las figuras de ese cuadro se agitan y alborotan—y eso ha sucedido muchas veces—entonces sí que la plaza de Zaragoza ofrece un espectáculo que se aparta de lo común. ¿Cuándo se produce? ¿Por qué causas? Cuando menos se piensa, á veces por una bicoca; pero siempre motivado por ese carácter aragonés que se manifiesta de tiempo en tiempo con todas sus típicas condiciones.

Casi siempre es la presidencia la que promueve los disturbios: Por mudar la suerte de varas antes de tiempo, por no retirar un toro que disgusta al público, por no disponer el “uso,, de las banderillas de fuego, por eso que en otras plazas da ocasión á bromas más ó menos

duraderas se arma en Zaragoza un conflicto serio. Empieza el público apostrofando á la presidencia, y como la presidencia es también de Aragón y tiene el mismo temple que los alborotadores, no quiere dar su brazo á torcer y manda respetar sus acuerdos.

Entonces es cuando el público se desborda; unos se arrojan al redondel y se lían á navajazos con el bicho, otros comienzan á destruir todo lo que cae en sus manos; crece por momentos el tumulto, se prende fuego á la plaza, se desborda la multitud por las calles, grita é insulta á la autoridad que promovió el disturbio, apedrea su casa y á veces el motín toma serias proporciones y ocasiona muchas víctimas.

Es tan conocida esa belicosa intransigencia de los aragoneses contra todo lo que supongan abuso ú oposición á su voluntad en las corridas de toros, que cuando en cualquier plaza no aragonesa el empresario se burla del público, el presidente apocado, ignorante ó amigo

de la empresa deja seguir la burla y el público se contenta con manifestar débilmente su disgusto, se oye por todas partes esta exclamación: “¡Ah, si esto se hiciera en Zaragoza, ya habría ardido la plaza,,.

Y los mismos que califican de *brutos* á los que así apelan á la violencia por imponer su voluntad, lamentan no tener aquellos arranques, para hacer lo mismo en ciertas ocasiones.

¡Brutos! No; no lo son. Defienden lo que estiman un derecho adquirido; manifiestan que son los aragoneses de siempre, con los cuales no se puede jugar; proceden allí, como si en su espíritu llevasen la levadura de aquellas leyes y aquellas prácticas que les hicieron grandes, poderosos, temidos invencibles; aplican—sin darse cuenta—al presidente, la fórmula para la elección de los antiguos soberanos, y cuando la presidencia diríase que la olvida, cuando quiere imponer su voluntad á las masas, cuando pretende saber más que el público, éste

le recuerda violentamente que son todos aquellos espectadores juntos los que saben más y tienen mayor poder.

No fueron á la plaza, no pagaron su localidad para sujetar sus impresiones á las del presidente, fueron á manifestar las suyas y á que se respetase su opinión, que al fin y al cabo es la de un gran público y éste rara vez se equivoca.

Hermoso país, repetiré sin cesar, que aún conserva algunas energías, pues ahora mismo, cuando se pierden escuadras y colonias, y la podredumbre nos ciega, y en todas partes la anemia nos mata y la cobardía nos envilece, cuando avergüenza llamarse español, es en Zaragoza donde se ha producido, aunque débil y sin resonancia, un acto de entereza: el de las madres pobres, que se oponían al embarque de sus hijos para Cuba, mientras no fuesen, como ellos, los de las madres acaudaladas.



 **AMPLONA**







## Capítulo XII

Aspecto de Pamplona.—El carácter de los navarros.—Amor á su independencia.—Osma, Calahorra, Roncesvalles.—Las roncalesas.—D. Sancho y la victoria de 1212.—Nota característica del pueblo navarro.—Monarquía navarra.—Fueros y privilegios.

---

**S**i después de haber pasado algún tiempo en Madrid visitáis á Pamplona por vez primera, no siendo en las fiestas de San Fermín, la ciudad os impresiona melancólicamente. Aquellas murallas, aquel silencio en las calles, aquel continuo sonar de las campanas, aquel aspecto tranquilo que ofrece la población os hace enmudecer. Casi casi no os atrevéis á levantar la voz te-

merosos de despertar con ella lo que duerme profundamente.

Os creéis trasportados á la Edad Media y esperáis ver surgir al pie de los ennegrecidos muros que cercan la población, guerreros cubiertos de malla aprestándose al combate. Así es que cuando en vez de los tales guerreros véis allí al soldado de la última quinta con su ros, su capote azul y su Matüßer, cuando junto á las antiguas murallas halláis modernas construcciones, y bien cuidadas calles, y adelantos, y lujo, y *confort*, sentís el deseo de estudiar aquel pueblo que va con el siglo y se envuelve en las memorias de su pasado, que mira hacia adelante y no deja ninguno de los privilegios que le dieran los de atrás, que es demócrata y se encastilla en sus fueros y en su independencia sin transigir con nada que pueda mermarlos.

Aquel soldado de hoy, paseándose con el fusil al brazo por delante de las murallas, es algo así como un guardián de sagrados restos, algo que vela el ca-

dáver de una civilización que pasó dejando al morir claramente expresada la última voluntad, á fin de que la cumplan sus herederos.

Para comprender el carácter de los navarros hay que estudiar su historia, y ella nos dice que Navarra fué siempre un pueblo altivo, viril, refractario á toda influencia extraña y, sobre todo y por encima de todo, amante de su independencia.

Sucede con los países lo mismo que con los individuos; los hay fanfarrones, ávidos de exterioridad, propensos al reclamo, ganosos de popularizar su nombre, siempre abultando sus hazañas y "jaleando,, sus hechos, y los hay modestos, enemigos de la galería, indiferentes á la adulación, sin pensar nunca en hacer público lo que al público nada le importa.

De estos últimos ha sido siempre el pueblo navarro.

Tiene en su historia páginas de heroísmo y abnegación que eclipsan á to-

das sus semejantes, y, sin embargo—salvo contadísimas excepciones,—no son tan públicas como las otras, ni las trajeron y llevaron los poetas y trovadores, ni se han esculpido en mármoles, ni fué solemnizado su recuerdo.

A fé que si la índole del libro lo permitiera me entraría resueltamente por los campos de la historia para conseguir aquí algo de lo mucho bueno que hizo Navarra y que por no haber querido ésta ponerse *moños*, quedó la cosa oculta entre las páginas de algún antiguo manuscrito “sin que el público se entere,,.

Pero como no se trata de un libro de historia, si no de pitones, dejaré mi deseo para mejor ocasión y diré sólo lo que haga al caso para explicar, como Dios me dé á entender, el carácter de los navarros, que es hoy poco más ó menos el mismo que fué ayer con las naturales modificaciones de los tiempos.

Se ve constantemente á Navarra luchar por su independencia con un arro-

jo que raya en lo increíble. Quieren ser los amos de su casa, gobernarse solos, administrar sus bienes como mejor les plazca, no admitir imposiciones de nadie ni respetar leyes que ellos no se hayan dado. Esa es la nota dominante en la historia de este pueblo.

Pocas veces auxiliados por los otros y muchas prestando su concurso á las grandes *causas*, los navarros rayan siempre en punto á heroismo donde rayó el que más.

En Osma colocados los bascones entre la muerte y el deshonor prefieren morir á manchar su nombre y son todos pasados á cuchillo. En Calahorra sitiados por las formidables legiones de Quinto Cecilio Metello hacen la defensa más grandiosa de que hay ejemplo: las mujeres pelean junto á los suyos, los viejos colocándose en el sitio del peligro animan á los combatientes; cae un muro deshecho por el ariete de los sitiadores y acuden á cerrarle con sus pechos aquellas mujeres y aquellos ancianos que

haciendo otro muro de carne, expiran allí heroicamente, sirviendo de escudo á los bascones y “de obstáculo insuperable á la soberbia Roma,,.

La jornada de Roncesvalles la conocen hasta los niños; aquel desastre de Carlo-Magno vivirá siempre en la memoria de los españoles. No hay, pues, que recordarlo. A otros hechos.

Abderraman vencido por los francos decide volver á Córdoba, atraviesa los Pirineos por el Roncal y allí se entrega á todo género de tropelías. Ante ellas el furor de los navarros no tiene límites y se entabla un combate feroz, un combate de raza, de religión, de orgullo, en el que los de Navarra inferiores en número son los castigados. Pero surgen de pronto las roncalesas decididas á morir matando, siembran el terror entre los árabes y el mismo Abderraman cae muerto por una de aquellas valientes.

Corría el año 1212, é iba á librarse una tremenda batalla entre la cruz y la media luna. Del resultado dependía

quizás la suerte, no sólo de España, sino también del cristianismo.

El encuentro fué terrible: el ejército mahometano gana terreno, las valientes mesnadas que acaudilla Díaz de Haro se repliegan, los pendones de Madrid, Cuenca, Vélez y Gormaz huyen vencidos, Aragón titubea y el Rey de Castilla juzgando ya cercana su derrota quiere entrarse en lo más recio de la pelea y morir combatiendo como soldado. Con-tiéndole á duras penas el arzobispo don Rodrigo, y en aquel instante en que sólo un paso atrás significaba la ruina de la cristiandad entera, “el Rey D. Sancho —dice el cronista de Navarra de quien tomo estas noticias—arrebata-do de ira, arrójase sobre la envalentonada morisma. En su feroz acometida, rompe, destroza y desbarata al enemigo; todo cede; reanímense los que huían y acometen de nuevo. Entonces D. Sancho, comprendiendo que el éxito de la acción pendía del asalto de una espesa valla que entretegida con cadenas y defendi-



da por 10.000 sarracenos cercaba á guisa de muro impenetrable la tienda del Miramamolín, pone todo su esfuerzo en llegar á ella y destruirla. Obliga á su caballo á saltar la valla, imitan su ejemplo los que le rodean, caen hechas añicos aquellas cadenas que simbolizaban la esclavitud de los cristianos y Mahomed apela á la fuga arrojando en pos de sí aquel ejército invencible vida y orgullo del Imperio africano,,.

Y guardadas quedan en la catedral de Pamplona y en la colegiata de Roncesvalles, y pintadas están en los escudos de Navarra aquellas famosas cadenas rotas en las Navas. Ellas fueron para D. Sancho y sus huestes el único botín de la victoria. Pudieron aprovecharse de esta y no trataron de conseguirlo: volvieron á sus campos satisfechos de haber cumplido como buenos, dejando á los otros las ventajas materiales de la jornada.

Basta y sobra con lo dicho para hacer ver lo que fué Navarra como pueblo

guerrero; mas con ser tanto su valor y tan grandes sus hazañas no es esto lo que le dió fisonomía propia. De no haber tenido otras condiciones, los navarros hubieran ido á sumarse con otros pueblos de España, también valientes, también heróicos, tambien abnegados y prontos al sacrificio.

La característica de los navarros fué constantemente un excesivo amor á su independendencia, una altivez nunca domada, un elevado concepto de sí mismos, un culto casi idólatra á sus usos y costumbres, un noble orgullo que les hizo ver siempre—y muchas veces con razón—que únicamente lo suyo era lo bueno.

En todos los hechos de su historia se revelan estas condiciones.

Cuando las razas del Norte invadieron nuestro país, se hallaba desmoralizado el imperio, empobrecidas sus fuerzas, agotadas sus energías; las provincias españolas sujetas á Roma debilitadas por el vicio y los placeres no pudie-

ron resistir la acometida de los bárbaros y fueron conquistadas.

Sólo la Basconia—que había dejado á sus mujeres, además del cuidado de los hogares, las rudas faenas del campo, dedicándose los hombres al ejercicio de las armas sin que nada viniese á interrumpirlo—conservó inquebrantable su independencia, no transigió con los invasores, no admitió pacto con ellos; los consideró siempre como enemigos, y ni aún cuando después de algún tiempo aquellos invasores se identificaron con nosotros y de extranjeros convirtiéronse en naturales y de conquistadores en amigos, ni aún cuando fundaron una monarquía y reunieron aquellos admirables concilios toledanos, dignos de todo estudio, Navarra les prestó su concurso; no quiso entrar en sus deliberaciones, nada le importaba lo que ellos resolviesen, formaba rancho aparte y seguiría dándose leyes y rigiéndose por ellas sin preocuparse lo más mínimo de cuanto hicieran los otros.

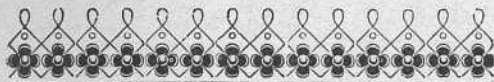
Al cambiar, por causas que no son aquí de momento, el secular sistema de su Gobierno por la Monarquía, hicieron de esta, más una república que otra cosa. En junta magna á la cual asistieron todos los notables del país se estipuló que el *Rey no podría empeorar si no mejorar los fueros, que no podría tampoco distribuir bienes y honores más que entre los naturales del Reino, que no le sería permitido declarar la guerra, admitir treguas ó establecer paces con Príncipe alguno, ni tampoco decretar leyes, reunir Cortes, ejercer la potestad judicial ó realizar otro hecho importante sin intervención de doce de los rico-hombres, ó de igual número de los más antiguos sabios de la tierra euskara.*

Finalmente—y basta de historia,—al fundarse la Monarquía española, cuando después de mucho batallar el Reino de Navarra se incorporó á la corona de Castilla en 1512, D. Fernando hubo de confirmar á Pamplona todos sus fueros y privilegios “y quiso—dice un cronis-

ta—se le guardasen sin disminución quedando cabeza del reino sin mudanza de estado. Proveyó también que los vecinos no fueran vejados ni apremiados para dar posada sino por su dinero. Se ordenó que si en tiempos propios no fueron obligados los vecinos de Pamplona y sus términos á salir fuera de ellos, con motivo de la guerra, no se les obligase en lo sucesivo: pero si fueren constreñidos se entendía pagándoles su sueldo. Dispuso que los vecinos gozasen como antes de la leña, carbón, aguas y hierbas de los montes reales y que no se moleste á los que llevaban víveres á Pamplona, ni en sus personas, ni con el embargo de sus bestias. Al poco tiempo hizo francos á los vecinos, y respecto á alcabalas, mandó se encabezase la ciudad en la suma que entonces tenía conforme á la oferta de los tres estados,,.

Tal fué la Navarra de otros tiempos.

La de hoy, que conserva su espíritu, merece punto y aparte.



## Capítulo XIII

Sello característico que se conserva.—La nostalgia del país.—El general Iriarte.—Vestigios de la antigua Basconia.—Lo que une á todos los navarros.—La vida en la capital.—Las murallas.—El culto á lo pasado.—Lo que vendrá.

---

**E**L trato social, la facilidad en las comunicaciones, esa influencia de las costumbres que tiende á destruir lo típico de cada pueblo haciéndolos á todos iguales, ha borrado un poco el sello característico de Navarra; pero se conserva todavía, se ven sus colores: pudiera decirse que se ha deteriorado con el uso, mas sin perder

ninguna de sus líneas. La Navarra antigua pesa en la actual Navarra; su espíritu es el mismo.

El amor á su país, á su independencia y á sus fueros, es peculiar á todos los navarros: con él nacen y con él bajan al sepulcro.

Nadie como el *pamplonica* siente la nostalgia de su tierra.

Para ellos, su pueblo es el mejor del mundo; no hay plaza como la del Castillo, ni paseo como la Taconera, ni casino como el Principal, ni fiestas como las de San Fermín.

El verdadero *pamplonica* no vive fuera de su país; en todos los demás se considera un huésped, un extranjero, quizá un desterrado; soporta hábitos que no son suyos, pero no los acepta; “hace,, obligado por las circunstancias, la vida de otros pueblos; pero sin transigir con ella, ni amoldarse jamás.

Su estancia en otras ciudades es una peregrinación que sólo acaba al divisar á Pamplona, y mientras aquélla dura el

pensamiento no se aparta un instante de ese lugar.

El que esto escribe ha conocido muchos navarros verdaderamente notables que todo lo han sacrificado á su país.

Ahí está, sin ir más lejos, el general Iriarte.

Poseía todas las condiciones necesarias para lucir en el mundo y figurar en la historia: guapo, elegante, distinguido, educado en el extranjero y con una inteligencia nada común empezó su carrera militar en una época en que la guerra se hacía con sañudo encarnizamiento.

Adversidades de todo genero, entre las que se cuenta la de haber visto fusilar á su padre en las afueras de Pamplona, dieron á su alma un temple de acero.

Era ya capitán á la edad que otros muchachos están en el colegio, y protegido por Castaños, por Espartero y por otros "conspícuos,, de la milicia—alguno de los cuales, aguijoneado por la conciencia, trataba de borrar con los



agasajos al hijo la injusta muerte del padre—tuvo acceso en palacio, siendo distinguido por la reina Isabel. Pero él no pensaba en honores; tenía su imaginación fija en Pamplona y nada quería fuera de allí.

Nombráronle profesor del Colegio general Militar; discípulos suyos han sido casi todos los que después figuraron en política y subieron al primer puesto de la milicia y él continuó sin aprovecharse de sus méritos viendo cómo los otros ascendían y suspirando incesantemente por su Pamplona, á donde se trasladaba siempre que le era posible.

Vinieron las sublevaciones militares precursoras de la revolución de septiembre y entonces Iriarte, liberal impenitente, identificado con el general Prim, tuvo que huir disfrazándose; atravesó la frontera y se estableció en Francia, donde continuó los trabajos revolucionarios siendo el alma de todo y el brazo derecho del jefe de la revolución.

Pero la nostalgia de Pamplona inva-

dió su espíritu, y éste, cubierto más y más cada día con una inmensa nube de tristeza, le decidió á dejar la conspiración, á perder las ventajas materiales que le aguardaban el día del triunfo, á desechar una vida relativamente cómoda y desahogada que pudo hacer en la emigración, pues tenía bienes de fortuna para residir sin estrecheces donde quisiera, y se fué á las prisiones de Pamplona, feliz al verse en su pueblo, contento en aquel calabozo del cual su padre, años atrás, salió para ser fusilado, y de donde él hubiera salido á correr igual suerte si la revolución triunfante no le pusiera en libertad.

No le pagó ésta sus servicios, como no le pagó más tarde la República el haber sometido á los insurrectos federales de Barcelona, cuando huérfana de autoridades aquella plaza, tuvo él que encargarse de la capitanía general siendo sólo jefe de cuerpo.

Tampoco le pagaron sus sacrificios en la Ribera, de los que se aprovecharon

otras personas haciéndolos valer como suyos.

Pero Iriarte no protestó ni reclamó nada. Fué más tarde brigadier por méritos de guerra (entonces no había aún generales de brigada); desempeñó, por complacer á un amigo, la secretaría del arma en que sirvió desde los quince años y siempre fijó su pensamiento en Pamplona, sólo se cuidó de pasar en ella el resto de sus días.

Y allá fué dejando la dirección y renunciando á todo, y allí vivió feliz entre sus amigos de la infancia—que le llaman Remigio á secas—charlando con ellos, jugando tal cual partida de tresillo ó matando el tiempo en el casino y en la Taconera. Y cuando alguna de las muchas nulidades que él tuvo á sus órdenes ascendía á general de división—empleo al cual él no había llegado á pesar de los pesares—se sonreía desdeñosamente y bajaba en su estimación aquél que subió en la de los otros.

Pero ¡qué le importaba un escalón

más ó menos si por subirle había de renunciar á vivir en Pamplona, quizá á morir lejos de sus paisanos, á dejar siempre abierta y esperándole una fosa en el panteón de familia donde reposaba toda la suya!

Cuando el día del entierro, al que asistió toda la ciudad, la tierra ocultó para siempre los restos de Iriarte, y sus compañeros de armas decían: “Ahí reposa un valiente,, y sus amigos: “Ahí descansa un hombre todo corazón,, y sus conocidos: “Ahí yace un caballero,,...; si él hubiera podido replicar, hubiera dicho seguramente:

—No: aquí yace un navarro.

\*  
\* \*

Ese es el tipo de la raza que se conserva todavía. Su espíritu vive aún.

Por cualquier parte de Navarra que os dirijáis hallaréis vestigios de la antigua Basconia: encontraréis mujeres como

las antiguas roncalesas, que van solas por los caminos, que no temen á nada, que cuentan con el respeto ajeno; y encontraréis hombres fuertes, vigorosos, limpios, aseados, que hacen de su casa un santuario, que llevan sus hijos á la escuela, que adoran su país y no tienen más política que la de sus fueros.

En eso están unidos todos, así los que empuñaron el fusil para defender al Pretendiente, como los que sufriendo las terribles amarguras de un sitio, se batieron en Pamplona por la libertad y la justicia.

El amor á sus fueros los une; por eso en Navarra, donde tuvo el carlismo tantos adeptos y la democracia tan valientes defensores, no se guardan odio los dos bandos; viven en buena armonía; unos y otros olvidan lo que pasó y se dan la mano cuando de los fueros se trata.

Vive, sí, en la Navarra de hoy, el espíritu de la Navarra antigua. Basta residir algunas semanas en la capital de la provincia para convencerse.

Allí todo es calma y quietud; hay un no sé qué de austero y grave que infunde respeto.

No son las *soirées* moneda corriente en aquel pueblo. Las gentes viven en familia, comen á las dos, se acuestan á las once, pasean un rato por las afueras de la ciudad, no van nunca en estos paseos los novios con las novias aunque esté ya acordada la fecha del enlace, abundan las novenas y las funciones religiosas, y llegada cierta hora de la noche se cierran las puertas de la población—ó se cerraban hasta hace muy poco tiempo—y sólo una queda abierta para el servicio de la plaza.

Aquellas murallas, que impiden el engrandecimiento de la ciudad, han sido miradas con veneración por los *pamplo-nicas* y cuando fué preciso derrumbar algunas, para hacer nuevos edificios, es-

talló una rebelión en todos los espíritus verdaderamente navarros; cada almena que caía al golpe de la piqueta era un recuerdo que se borraba, un florón que se destruía, un boquete que daba paso á la influencia exterior y que mezclaría, andando el tiempo, las costumbres ajenas con las propias, viniendo á destruir el sello característico de la altiva Pamplona para tomar el tipo que hoy tiene cualquier ciudad de cualquier parte.

Eso llegará. La mal entendida civilización que nos enerva y nos destruye así lo quiere; pero entre tanto, la capital navarra conserva su tipo peculiar, vive con el recuerdo de sus pasadas grandezas y es feliz con su quietud, su silencio y su vida patriarcal interrumpida sólo durante las fiestas de San Fermín, que no se parecen á ningunas otras, que encantan, fascinan, enardecen, destrazan, que llevan á la población del mutismo á la locura, de la pasividad al torbellino, que no se borran nunca de

la memoria, que os hacen suspirar por ellas y desear que lleguen para arrojaros en aquel turbión de alegría que dura una semana y es el desquite que da la población á su quietismo de doce meses.









## Capítulo XIV

Sarasate.—La veneración á su pueblo.—El músico y sus paisanos.—Navarro antes que todo.—Un egoísmo hermoso.—La víspera del santo.—Al día siguiente.—La entrada de los toros.—Novillada gratuita.—Los conciertos.—El paseo en la calle de Estafeta.—La hora de comer.—A la plaza.—Sigue el bullicio.—Fiestas que dejarán recuerdo.—Gaya-rre.—Su valía.—Navarra en pique con el tenor.—Las paces.—Entusiasmo por el roncalés.—Un concierto sin rival.—Fin de capítulo.



**P**UEDE decirse que las fiestas dan principio con la llegada de Sarasate.

El arribo á Pamplona del gran violinista, con repetirse periódicamente todos los años, es siempre un acontecimiento.

Los navarros sienten verdadero fanatismo por su músico predilecto.

Si Pablo Sarasate dejara de ir alguna vez á “San Fermín,, las fiestas resultarían cojas. Pero todos los años asiste.

Recorre el mundo entero con sus dos stradivarius—uno de los cuales, dicho sea entre paréntesis, vale 100.000 francos,—le admiran todos los públicos, recibe obsequios y presentes de reyes y emperadores, es el niño mimado de la alta sociedad en todos los países, gana el oro con la misma facilidad que lo gastan algunos de sus paisanos, vive espléndidamente en su casa de París, todo le sonríe, cruza el planeta como un conquistador...; pero en llegando el mes de julio que no le hablen de ajustes por fabulosos que sean, ni de salones, ni de aristocracia, ni de su casita de París. Lo deja todo, lo perdona todo, lo olvida todo por ir á Pamplona y tomar parte en sus festejos.

Generalmente se detiene unos cuantos días en Biarritz antes de entrar en

su pueblo; mas la víspera del Santo ya está allí. En la estación le aguarda medio Pamplona: le abrazan, le estrujan, le vitorean, le acompañan al hotel, le dan serenata; quieren verle á cada momento y le llaman al balcón para aclamarle mil y mil veces y... para obligarle á tocar la jota.

Muchos de los que le aplauden no pueden apreciar su mérito: para eso se necesita una educación musical de que ellos carecen. Saben que “*hace muchas onzas,* cada día que toca *por ahí fuera,* que acuden á oírle los duques y marqueses con igual devoción que va á misa un buen católico; comprenden que es un paisano de mucho valer y que toca en el violín cosas muy bonitas, pero... ninguna como la jota.

Por eso no se cansan de pedírsela.

Seguramente Pablo Sarasate es digno de la veneración de sus paisanos. A ellos se dedica en cuerpo y alma durante las fiestas; nada cobra por dar vida á unos conciertos que sin él serían

únicamente otro número más en el programa de festejos y con su concurso resultan incomparables.

Todo se lo merece el hombre que sacrificando algunos miles de pesetas corre á Pamplona, y dice á sus paisanos: Aquí me teneis, no os olvido; voy á poner mi alma, mi corazón y mi espíritu en las cuerdas del violín; vengo á depositar entre vosotros la gloria que adquiriré en otros países; es vuestra al ser mía, porque antes que músico y antes que compositor y antes que violinista soy navarro.

Sí, todo se lo merece el hombre que pone á contribución su talento por servir gratuitamente á su pueblo, que le cede los valiosísimos trofeos de sus victorias artísticas para que los tenga como suyos y que deja voluntariamente de ser el gran Sarasate, para oirse llamar Pablo á secas.

Pero en esa conducta del artista insigne hay algo de egoismo. Al satisfacer la ansiedad de sus paisanos que le aguar-

dan, calma él una necesidad del espíritu.

Siente, como buen navarro, la nostalgia del país; no le seducen ya las ovaciones sentidas, sí, pero *correctas*, que le tributan en el extranjero; respira difícilmente esa atmósfera de social convencionalismo y anhela verse en Pamplona, junto á sus paisanos, que le llevan en hombros cuando sale á la calle, gritan y alborotan cuando acaba de tocar, y se matarían con quien se atreviera á dudar de su mérito.

¡Qué hermoso resulta ese egoismo de Pablo Sarasate!

La víspera de San Fermín—aquel apóstol navarro que fué hijo de Firmo, “Príncipe del Senado de Pamplona,, y que hizo sus predicaciones hacia el año 55 de Jesucristo—la capital navarra sacude su letargo.

Aquella tarde hay vísperas y procesión del Santo, salen los gigantones y cabezudos y llegan los coches de los valles y de la montaña atestados de viajeros.

Vomitan pasajeros los trenes y vehículos de toda especie, arman los vendedores sus tinglados de feria, se improvisan barracas, circos, puestos de churros, teatros, *tíos vivos*, exposiciones de fenómenos, de vistas panorámicas, de figuras de cera, y suena aquí el destemplado organillo, y allá la más destemplada murga de los titiriteros, y acullá, la gaita, y por todas partes bulle la gente procurando divertirse.

Aquello es el prólogo de las funciones. Estas dan comienzo al día siguiente, muy de madrugada, y duran cinco días.

En cuanto Dios amanece, como dice el vulgo, se echan á la calle los gaiteros y recorren todas las de la población despertando á los vecinos.

A las cinco ya está llena la plaza de toros, abierta gratuitamente al público, ávido de presenciar la entrada de los bichos que serán lidiados por la tarde.

Cada cual se coloca donde puede; allí no hay clases ni gerarquías; palcos, gradas, tendidos, redondel, todo está á

disposición de todos; únicamente se reserva el palco del Ayuntamiento, que suelen ocupar algunos concejales y sus amigos.

Los toros se hallan en la Rochapea—extramuros de la ciudad,—y desde aquel sitio á la plaza se ponen vallas en todas las boca-calles, haciéndose de este modo un dilatado callejón que conduce al redondel.

Al dar las seis lanzan un cohete desde la plaza y los mayores ponen en movimiento al ganado. Este se interna en aquel largo pasadizo; pero no va sólo: le escoltan, corriendo á todo correr, un sin número de mozos y chicuelos.

Es un espectáculo *sui géneris* y animado si los hay este de la entrada de los toros. La plaza se maciza de gente; aquello parece un circo de carne humana; todas las miradas están fijas en la puerta que comunica al largo callejón ya dicho. Por ella entran los que fueron á esperar el ganado; vienen desenfrenados, se desparraman en el redondel for-



mando un abanico, ganan la barrera los menos animosos y se quedan en el ruedo los más valientes, hasta que avanzando como un torbellino aparece una oleada inmensa en la que se ven confundidos los toros y los hombres. Muchos de estos llegan jadeantes á las puertas del circo, caen allí por los encontronazos producidos al entrar, y salen ilesos gracias á la Providencia, amparadora casi siempre de los toreros y aficionados. Los bichos respetan aquellos bultos que ruedan á sus pies y siguen el viaje hasta los toriles.

Allí se detienen un instante. No se avienen fácilmente á la encerrona y permanecen indecisos “echando sus cuentas,,—como decía Rafael—si les convendría más seguir á los mansos que tomaron resueltamente el camino de los corrales, ó emprenderla contra aquella muchedumbre que ensordece con sus gritos.

Muchos de los mozos pamploneses ven un desafío en aquella actitud de los to-

ros y lo aceptan. Se dirigen á ellos, los citan con la manta ó con la blusa, y tratan de llevárselos á los medios para torearlos allí.

Y es muy frecuente que arranque algún toro, que aguarden la acometida aquellos improvisados lidiadores y que no pase nada, ni siquiera una simple volteadura.

Los toros, obedeciendo al mayoral, siguen por último á “sus mayores,, y entran en los corrales.

Después se da suelta á unos cuantos embolados para que los lidie todo el que quiera; se suceden los revolcones, las volteretas, los porrazos y las notas cómicas que son de rúbrica en estos lances; aumentan los chillidos de las mujeres, las voces de los hombres y la alegría de los chicos, y acaba esta primera parte de los festejos que, á guisa de aperitivo, prepara el ánimo para las restantes. Terminada aquella función de novillos pública y gratuita se procede al apartado de los toros.

A las diez se verifica el concierto en el teatro. Este se colma de espectadores que acuden á él para aplaudir una vez más al gran Sarasate, y animar aquella sociedad de artistas que estudia incesantemente y puede formar entre las buenas de España.

En palcos y butacas se ve á la *high-liffe* de Pamplona; en la *cazuela* bulle la “gente de bronce,, la que aclama á Pablo siempre que le ve salir, la que le dirige todo género de piropos, desde el de *¡viva tu madre!* hasta el de *¡que no te mueras nunca salao, gloria de Navarra!*

Huelga decir lo que serán aquellas matinés teniendo al violinista sin rival que interpreta asombrosamente lo antiguo y lo moderno, lo clásico y lo no clásico, lo suyo y lo ajeno, que electriza á sus paisanos con jotas, zortzicos y aires populares de toda España.

Terminado el concierto la gente se dirige á la calle de Estafeta, sitio fresco y lleno de sombra muy apetecible en aquellos calurosos días de julio, y allí

se pasa el tiempo hasta la hora de comer. En las dos aceras de la calle se colocan sillas, y por el improvisado paseo transita lo mejorcito de la población y de sus huéspedes, que admiran la hermosura de las navarras realzada entonces por el lujo con que la adornan y por el carmín de sus encendidos rostros.

Una banda militar, situada al extremo de la calle, ameniza el paseo con los números de música más en boga, y á las dos comienzan á desfilan los paseantes.

Entonces empiezan también los apuros para el huésped que tiene amigos en Pamplona. Todos quieren llevársele á su casa, todos le asedian para que les acompañe á comer, y como el no aceptar es un desaire y son muchos los que invitan, la situación del forastero resulta muy difícil, y más de cuatro habrán dicho para sus adentros: Verdaderamente hay cariños que matan.

No sirve que el invitado ofrezca complacer á sus amigos diciéndoles que re-

partirá su tiempo entre todos, que hoy comerá con unos, mañana con otros y así sucesivamente hasta el último día de las fiestas. No se le hace caso. Hoy vienes conmigo, le replican, y luego Dios dirá.

¡Y hay que ver lo que es entonces una comida en casa de cualquier persona medianamente acomodada! Los navarros que tienen justa fama de tratarse á cuerpo de rey, hasta el punto de verse algunas familias arruinadas por la mesa, echan el resto durante aquellos días y lo de *Lúculo come en casa de Lúculo*, tiene allí aplicación en todas partes.

Desde la mesa á la plaza de toros, y no hay que comer despacio si ha de verse el despejo. Afortunadamente la plaza está detrás del teatro, en el centro de la población, y no se invierte mucho tiempo en llegar hasta allí.

Terminada la corrida—asunto que trataré en otro capítulo como el más importante para mi objeto—“se dá unas cuantas vueltas,, en el paseo de Valen-

cia ó en la Taconera, y por la noche se visitan las casetas del ferial, las barracas, los *fenómenos*, las curiosidades científicas á cargo de los charlatanes; se asiste al Circo, al Teatro ó á espectáculos de menos fuste, y al día siguiente vuelta á empezar.

Parece increíble que pueda resistirse cinco días consecutivos, sin dar al traste con la salud, aquel turbión de fiestas que principia á las seis de la mañana y termina después de media noche, aquel tragín incesante, aquel ir y venir de la plaza al juego de pelota, del juego de pelota al concierto, de éste al paseo, de allí á los toros, de los toros á la feria, de ésta al teatro, oyendo sin interrupción las gaitas, los tamboriles, los organillos, las bandas, todo lo que suena más ó menos afinadamente y hace ruido.

No siempre son iguales estas fiestas: algunas pasan sin dejar recuerdo y otras viven y vivirán en la memoria de todos. Las hay que no se apartan de lo corriente, en ellas no sucede nada extraordina-

rio y se olvidan; pero otras quedarán señaladas con piedra blanca en su historia.

A estas últimas corresponden las del año 1882.

Julián Gayarre, aquel pastorcillo roncalés que fué á Pamplona como aprendiz de herrero y de allí salió protegido por Eslava para dedicarse al canto, había llegado al último peldaño de la gloria. Era el Dios de la escena, tenía voz de angel y corazón de artista, poseía la organización y el equilibrio musical más grandes de que hay memoria: le bloqueaban materialmente las empresas ofreciéndole escrituras en blanco; suplicándole que viniera al Teatro Real recibió en cierta ocasión un álbum lujosísimo con las firmas de todo lo que más valía y significaba en Madrid, empezando por el expresidente de la República y acabando por el último gomoso de la *crema*; su voz puso término á un riguroso luto oficial y salvó al empresario de la ruina: tener á Gayarre ó cerrar

el teatro, este era el dilema que se presentó no pocas veces á muchas empresas. Era imposible subir más alto en popularidad, en renombre, en consideración y hasta en fortuna, porque nunca se le regateaban los ajustes, bien convencidos aquellos que los hacían de salir siempre beneficiados.

Y Pamplona aún no conocía al coloso: le había visto forjando el hierro en casa de Pinaqui, y le oyó por última vez en el teatro, cuando al regreso de Madrid llegó á la capital navarra, sin recursos, desalentado, desahuciado hasta por las más insignificantes empresas que no le juzbaban útil ni de corista. No, Pamplona, no conocía á Julián Gayarre. El Gayarre que ella había protegido organizando un concierto á su favor, para que con sus productos fuese á Italia, se llamaba Sebastián y era un zagalón fuerte, robusto, con bigote y perilla de carabinero joven, no hallándose en él, fuera de la voz, nada que revelase un gran artista. Pero Gayarre



era navarro de raza y no quiso hacer mal papel en ninguna parte: leyó mucho, estudió sin cesar, aprovechó los viajes y aquel zagalón, que además de una voz hermosa tenía mucho talento, vino á ser un gran artista, y llegó á la escena por el ancho camino de la vida, como dice muy bien un crítico notable. Todo esto lo sabía Pamplona, pero no lo sabía oficialmente, porque Gayarre no fué allí á decírselo á sus paisanos.

Había contra él una prevención que aumentaba por momentos; comparábase la conducta del violinista con la del tenor y éste quedaba muy mal parado.

Pero vinieron francas explicaciones, Gayarre justificó cumplidamente el por qué de su alejamiento, cesó la malquerencia y se hicieron las paces. Julián acudió á las fiestas de San Fermín el año ya dicho y fué recibido con el mismo entusiasmo que Sarasate y como éste obsequiado, festejado, *sercnateado*, vitorreado, zarandeado y llevado en hombros.

¡Qué fiestas aquellas! Guelvenzu, Zabalza, Chapí, Arrieta, Pérez, con Sarasate y Julián tomaron parte en los conciertos. Gayarre cantó romanzas de todas las óperas de su repertorio y de algunas zarzuelas, cantó el *Ave María* de Gounod acompañado de Sarasate y Guelvenzu, cantó jotas, zortzicos, aires populares y hasta se vió obligado á salir al balcón de la fonda en que se hospedaba y entonar allí el *Guernicaco arbola* que produjo una verdadera locura.

Para obsequiar á Chapí, la Sociedad de Conciertos interpretó la *Fantasia morisca*; para satisfacer el deseo de los aficionados á lo clásico, Sarasate y Guelvenzu hicieron oír al público la *Sonata en la*, de Beethoven, y para complacer á sus amigos y admiradores, Zabalza sentóse al piano, y conmovido, nervioso, afectado por aquel inolvidable triunfo de los navarros tocó algunas de sus composiciones más valientes y de más brío.

Fué punto menos que imposible con-

seguir billetes para el concierto; se miraba con envidia á los que lo tenían; hubo que atestar de sillas los callejones y parte de los pasillos; se colocó un tablado en el escenario—que se hundió por hazinarse de personas—y en el teatro no se podía respirar.

Acudió media Navarra á oír á Julián: hasta aquellos que nunca dejaron sus valles, sacaron del arca los “trapitos de cristianar,, llenaron de onzas su bolsillo verde, lo metieron en la faja y se encaminaron á Pamplona dispuestos á gastar en un día los ahorros de muchos años.

En las fondas no cabía—como suele decirse—un alfiler; se convirtieron los pasillos, los portales y las cocinas en dormitorios, y hubo algunos que distando mucho de ser golfos, lo fueron al llegar la noche.

¡Qué animación, qué alegría, qué frenético entusiasmo por todas partes!

Aquello no se ha repetido. Gayarre murió sin volver otros años á las fiestas

de San Fermín; algunos de aquellos hombres eminentes murieron también, y será difícil, si no imposible, que puedan admirar los navarros un acontecimiento semejante. Y cuenta que Navarra es un país de músicos, tan modestos como valiosos, entre los cuales hay quien no quiso hacer públicas sus composiciones, á pesar de envidiarlas muchos esclarecidos maestros.

Tales son, descritas á grandes rasgos, las fiestas de San Fermín.

Y como las corridas de toros ocupan en ellas el primer lugar, y como el carácter, la historia y las costumbres de Navarra contribuyen á hacerlas típicas, he creído necesario escribir los capítulos anteriores para mejor explicar el que sigue.







## Capítulo XV

La lidia de toros en Navarra.—Cita de antiguos documentos.—Las fiestas de San Fermín en 1628.—Toros en honor de Isabel de Farnesio.—Corrida organizada en 1730 por los mancebos curiales.—Los jesuitas toreros.—En honor de la viuda de Carlos II.—Las fiestas del Santo en 1751.—Carácter de las corridas en Pamplona.—El casino pamplonés.—Aspecto de la plaza de toros.—El público.—Meriendas.—Los toros navarros dentro y fuera de su país.—Carta de naturaleza.—Insistiendo.

. ~~~~~ .

**L**A lidia de toros en Navarra data de muy lejos, y raro es el archivo de aquella provincia que no guarde algún documento referente al asunto.

Ya en el artículo 293 del fuero de Sobrarbe se dice: que si conduciendo por

el pueblo al matadero alguna vaca, buey ó toro, ó cualquiera otra bestia hiciese daño, la pierda su dueño; *pero si el traimiento fuese por razón de bodas, de esposamiento ó de nuevo misacantano, si daíno á alguno fuere seido non es allí pena ni periglo alguno, si el tenedor ó tenedores de la cuerda maliciosamente non ficiesen floss ó soltura de aquella por facer daíno ó escarnio.*

El rey don Carlos II mandó celebrar en Pamplona la primera corrida de toros sueltos en aquella comarca (1385) é hizo pagar 50 libras á dos hombres de Aragón, uno cristiano "*et el otro moro que nos (decía) habemos fecho venir de Zaragoza por matar dos toros en nuestra presencia, en la nuestra ciudad de Pamplona,,.*

"En 1388 el rey hizo que se trajera un toro para ser muerto en las bodas de la hija de Ramiro de Arellano, y algunos meses después, cuando la duquesa de Lancastre pasó de Pamplona á Castilla, fué obsequiada por el sobe-

rano (su primo) con la corrida de dos toros.,,

La lidia de reses bravas era, pues, moneda corriente entre los navarros, y á tal punto llevaban su afición y tanta importancia la concedían, que en tiempos del Príncipe de Viana (ya he dicho esto y lo que antecede en otro lugar) (1) se fundó una cofradía en honor de la virgen, y en el artículo 8.º de sus estatutos se estableció *de non recibir por cofrades si non fuere caballeros de lidiar de los toros*.

En 1628 Jacinto de Aguilar y Prado escribió una relación de fiestas "*que la Antiquissima y Noble Ciudad de Pamplona, Cabeça del Nobilissimo Reyno de Navarra, hizo en honra y cômemoración del gloriosíssimo San Fermín, su patrón,,*

Entre las fiestas que cita el señor Aguilar, es la más notable la de los toros: el cronista nos dice el nombre de los caballeros que salieron á rejonear, qué

---

(1) *Los Toros en Madrid*.



número de lacayos les acompañaban, cuántos toros hubo para la lidia, etcétera, etcétera.

En 1714 la ciudad agasajó con espléndidos festejos á la reina Isabel Farnesio de Parma, y hubo entre ellos su correspondiente corrida de toros “que su magestad miraba con gusto y toda su familia italiana admiraba,,—según nos cuenta el padre jesuita Manuel Quiñones Villar, á quien *“la ciudad encargó de sacar á luz,,* los tales regocijos.

Años después (en 1730) “los mancebos de las dos curias,, de Pamplona, festejaron á la Virgen del Camino con mascaradas, carro triunfal y *“una corrida de toros con lidiadores de á pie y á caballo,,.*

Ya colocada en esa pendiente la gente moza, hasta los jesuitas se sintieron lidiadores: díganlo si no los estudiantes de la Compañía de Jesús que en 1733 celebraron una corrida de toros, con mo jiganga, en honor de San Luis Gonzaga.

No había acontecimiento de *viso*

que no se festejase con lidia de toros. Cuando la desdichada viuda de Carlos II pasó á Francia, deteniéndose en Pamplona, la ciudad la obsequió (entre otras cosas) con la lidia de *“dos toros por ocho jóvenes con uniforme de seda azul y toneletes encarnados,,*

Por último—y acaban las citas en este capítulo—para que los navarros comparen el tipo que hoy tienen sus fiestas con el que tenían hace siglo y medio, ahí va un resumen de la descripción hecha por Manuel Pedrarias y Fonseca “de los festejos consagrados por la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Pamplona á su Inclito Patron y primer Obispo San Fermín, el presente año de 1751,,.

“Duraron estas fiestas—dice un impreso que tengo á la vista—desde el 6 al 12 de julio en esta forma:

„*Día 6.*—Encierro de los toros que se tenían preparados.

„*Día 7.*—Primera corrida en que se lidiaron cuatro.

„*Día 8.*—Segunda corrida con asis-

tencia á la plaza de la Ciudad, el Virrey, Capitán General y demás autoridades; lidiáronse siete toros y terminó la función con un castillo de fuego.

„*Día 9.*—Función de novillos, corridos por aficionados, entre los que salieron muchos enmascarados y con trajes ridículos.

„*Día 10.*—Mojiganga ejecutada por dos cuadrillas, una con disfraces de bobos y otra de africanos, los cuales, después de haberse presentado en la plaza caballeros en burros y precedidos de máscaras, desempeñaron en un tablado diferentes bailes y juegos, terminando con la aparición y lidia de un novillo.

„*Día 11.*—Corriéronse por la tarde dos toros con poco entretenimiento del público que no quedó satisfecho de la valentía de aquéllos.

„*Día 12.*—Ultima corrida de toros, en que hubo varias suertes é invenciones, siendo una de ellas la de salir los picadores montados en asnos, y concluyendo con encohetar al último toro y

soltarlo en la plaza después de prenderle fuego.,,

En suma: mientras la lidia fué un medio de probar el valor, estuvo sostenida y patrocinada por los caballeros y sirvió para adiestrarse en el manejo del caballo desafiando los peligros, Navarra mantuvo la fiesta á gran altura; pero desde que la vió convertirse en un oficio retribuído, dejó de patrocinarla y la consideró simplemente como un espectáculo.

Este es el carácter de las corridas en Pamplona. Las miran los pamploneses como una diversión; se obsequian con ellas y obsequian á sus huéspedes. No buscan el lucro: es empresario casi siempre el Ayuntamiento y todo su prurito consiste en quedar bien.

Aquel exclusivismo, aquella independencia dominante siempre en los navarros, se manifiesta en las corridas de San Fermín.

Los palcos se rifan entre las personas de la ciudad que los desean. Al que le

toca uno de sol le pone un toldo y no envidia la suerte del vecino: al año siguiente se caldeará en la plaza el que hoy goza de relativa frescura. Allí no hay privilegios, todo el mundo entra en suerte y debe resignarse con ella.

Hasta la ida á los toros tiene algo de familiar y *casero*. No hay la aparatosa comitiva, ni el desfilir de carruajes que hace de esa ida á los toros, en algunas poblaciones, un animado espectáculo. La plaza, como ya he dicho, está detrás del teatro, junto á la del Castillo, en el centro de la población, y á la ida y á la venida—salvo rarísimas excepciones—se mezclan las clases, se confunden, se apelotonan en los alrededores del circo.

Tiene Pamplona un hermoso casino, hecho *ad hoc* no ha muchos años, que da tres y raya á algunos de los más renombrados en Europa. En él se celebran—dicho sea de paso—durante las fiestas de San Fermín elegantísimos bailes de etiqueta, que esperados con ánsia por la

gente joven son uno de los principales atractivos de aquéllas.

Este casino constituye el punto de cita para los hombres. Media hora antes de la corrida es imposible transitar por aquellos salones. Se abrazan los amigos que no se han visto desde el año anterior y que no volverán á reunirse hasta el siguiente, se fuma, se bebe, se juega, se ríe; todo es franca alegría y jovial animación; el eco de las gaitas y tambores, de las bandas de música, de los bulliciosos grupos que se dirigen á la plaza llega á los balcones del casino, penetra en las salas y va á perderse entre el ruido de los vasos que chocan y el de las botellas que se destapan.

Minutos antes de empezar la corrida cesa la animación en el casino. Los que la producían van á ocupar sus localidades en la plaza.

Un hermoso cielo del más puro cobalto la sirve de techumbre, y un sol fuerte, pero benigno, que calienta sin abrasar, da vida al cuadro.

En los tendidos se confunden los aldeanos de todos los lugares de Navarra y algunos forasteros: allí las aezcoanas con su característico traje negro, las roncalesas con sus artísticos corpiños y sus sartas de collares, las riojanas con sus vistosos pañuelos de seda; aquí la boina, y más lejos el sombrero de anchas alas ó el hongo *demodé* bajo el cual se adivina á un cura.

En el balconcillo del Casino está la parte más *chic* y levantisca de la población. Los palcos se ven cuajados de mujeres muy hermosas, las mismas que antes animaron el paseo y después animarán el teatro: No van á los toros por los toros, la corrida las tiene perfectamente sin cuidado; van por ver y ser vistas; van por lucir sus galas, y acompañar á sus huéspedes, van á mirar una por una todas las localidades y á saber quién las ocupa, tomando asunto para las conversaciones y los comentarios de mucho tiempo; van, por último, á figurar en aquel hermoso cuadro, puramente regio-

nal y á darle tono y color. No tienen sangre torera, les basta y les sobra con tener sangre navarra.

En las gradas hay un delicioso *pêlemêle* del pueblo y la clase media.

Y dominando aquel enjambre que se agita, vocifera, canta, aplaude y hasta baila en cuanto ve un dedo de luz (es decir, en cuanto dispone de un palmo de terreno en que mover los pies), se oyen las indispensables gaitas, la música militar y la del pueblo, que tocan á un tiempo y llevan la alegría á todas partes.

Nada hay que pinte el bullicio y la animación de un espectáculo al aire libre como la *cacofonía* de dos bandas tocando piezas distintas en distinto tono.

En diversos puntos de la plaza se ven carteles con inscripciones por este estilo: *Pamplona saluda á San Sebastián. ¡Viva Sarasate! Zaragoza felicita á Navarra.*

La salsa de la corrida está en estos detalles, en ese cuadro que no se ve fuera



de allí y no se parece á ninguno otro del mismo asunto.

La gran mayoría del público, la masa, no entiende de toros, ni le importa; no está en esas minucias tan interesantes para los aficionados; no sabe lo que son la mayor parte de las suertes, no distingue el volapie de la estocada á paso de banderillas, ni puede figurarse que la puya *usada* por los picadores esté sujeta á escantillón y para fijarlo se hayan podido celebrar sesiones como si se tratase de un asunto de Estado. Aplaude lo que cree bueno y silba lo que no le gusta sin meterse en dibujos. Grita con toda la fuerza de sus pulmones *¡fuera capas!* cuando los banderilleros corren el toro para la suerte de varas y piensa que todo el mundo debe gritar lo mismo.

No le argumenteis, os mandará á paseo; está en su casa y hace lo que le parece. Él no es aficionado á toros, va á las corridas de San Fermín porque son suyas, las dá su pueblo; estuvo ahorrando

do una cantidad semanal de sus jornales durante un año para divertirse aquellos días y lo hace. (1) En otra parte no iría á los toros, aunque le regalasen el billete, porque no vería junto á sí á los compañeros de fábrica, á las mozas de su barrio y á la gente de su aldea. Si no oyese aquel tamboril que le recuerda el valle en que nació y los felices días de su niñez, si al mirar á cualquier sitio de la plaza no distinguiese personas conocidas á quienes ama y respeta ¡qué le importaban los toros!

Va porque aquello es una gran fiesta de familia; no comprende que puedan darse corridas más que en San Fermín y cuando alguna vez—muy rara—las hubo en otras épocas, consideró aquello como una infidelidad hecha á las costumbres, casi casi como una profanación, y se alejó de la plaza.

---

(1) Los obreros de Pamplona dejan semanalmente cierta cantidad, que les guardan sus patrones, y la reciben el día de San Fermín.

A mitad de corrida viene la merienda: la gente de viso se obsequia con pasteles, emparedados, sandwichs, jerez y champagne y el pueblo con manjares más sólidos y bebidas menos delicadas. Corre de mano en mano la bota en los tendidos, y los vendedores de gaseosas y cervezas hacen su agosto.

No hay casi nunca un altercado serio, ni salen á relucir las navajas. Los navarros tienen la cabeza á prueba de mosto y si alguna vez vacila pocas es con perjuicio de tercero.

El carácter, las costumbres, la historia entera de Navarra se refleja en aquellas corridas. Son una fiesta pública y no lo parece. Hay un no sé qué de particular é íntimo que encanta.

Durante mucho tiempo, sólo se lidiaron en Pamplona los toros de Navarra. Las ganaderías de Carriquiri, Díaz, Lizaso, Zaldundo, hacían el gasto y quedaban como buenas, especialmente la primera.

Todavía no ha olvidado *Lagartijo*

una corrida jugada hace algunos años en aquella plaza.

Los toros salieron pegando y se apoderaron de las cuadrillas. Rafael rodó por la arena en un quite, su hermano Juan, ese peón incomparable capaz de rendir él sólo á toda una vacada, fué por los aires; de nada le sirvieron sus piernas, su vista, su inteligencia y su capote. No tenían aplicación con aquellos bichos que se movían en un palmo de terreno, ágiles como serpientes, veloces como flechas y secos como el pergamino. Uno de ellos alcanzó al banderillero *el Barbi* cuando saltaba la barrera y del topetazo lo incrustó materialmente en el tendido como se incrusta una pelota arrojada con fuerza en un montón de barro.

Eran toros de verdadera raza y diríase que comprendiendo su misión la cumplían. Los habían criado para eso, para que demostraran su bravura en aquella plaza, para morir luchando admirados por la gente del país en vez de entre-

garse oscuramente al brazo de un sucio matarife.

Algunos años después le preguntaban á *Lagartijo* si recordaba aquella corrida.

—Ya lo creo que m'alcuerdo—respondió el espada,—no vide en jamás toros más duros. Se paesían á los garbanso que nos sortó una ves la patrona, que se los echó el *Ostión* en er morral pa casá liebres.

La fama de aquella corrida hizo que algunos empresarios, entre ellos el de la plaza de Madrid, comprasen toros de Carriquiri.

Pero no hicieron la misma pelea, “no resultaron.,, Creeríase que les invadió la nostalgia y no pensaban—si es que los toros piensan—más que en su país.

Eso ha sucedido también en otras plazas con el mismo ganado.

Seguramente no han nacido para divertir á otros pueblos.

Ya no se corren en Pamplona toros navarros exclusivamente, con ellos al-

ternan los castellanos y los andaluces; pero no entran en la plaza como en terreno conquistado, no van desde el ferrocarril á los corrales, tienen antes que tomar carta de naturaleza en los prados de la ciudad, tienen que hacer escala en la Rochapea, tienen que sujetarse á los usos y costumbres del país, tienen que respetar las tradiciones y aguardar la orden que les mande ir á la población y atravesar sus calles.

Vuelvo á insistir en lo dicho: las corridas de toros en Pamplona durante las fiestas de San Fermín son tan características y ofrecen tales atractivos, que no las olvidará nunca y suspirará siempre por ellas el que las haya visto siquiera una sola vez.

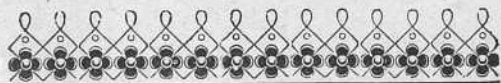




 **ORIA**







## Capítulo XVI

Un hecho que immortaliza á un país.—Numancia.—  
Detalles de la tragedia.—Sucesores de los numanti-  
nos.—Después de la batalla de Aljubarrota.—Los  
caballeros numantinos en Alarcos.—Privilegios de  
la ciudad.—Cortes generales en 1380.—Las mance-  
bas de los clérigos.—El merino Garcilaso de la  
Vega.—Su muerte.—Cómo la vengó el rey.—Deca-  
dencia de la ciudad.—Los toros y las fiestas de las  
Calderas.—Su carácter.—Por qué es preciso con-  
servarlas.



**A**UNQUE otra cosa no tuviera, le  
bastaría á Soria estar enclavada  
en el sitio que ocupó Numancia  
y ser los actuales sorianos descendien-  
tes de los numantinos para tener la con-  
sideración que le presta su historia.

Basta un hecho para immortalizar á

un país, como basta una obra para glorificar á un hombre.

Sólo por su *Divina ccmedia*, el Dante vive y vivirá siempre; sólo por el *Quijote* será Cervantes la admiración de propios y extraños hasta la consumación de los siglos; sólo por su *Moises* ha sido y será Miguel Angel el maestro de todos los escultores y aquel nombre no se borrará nunca.

Y no sigo estas citas de erudición barata, porque nada tiene que ver con los pitones.

La epopeya de Numancia fué tan sublime que aun á través de la distancia puesta por los siglos se ve hoy con todos sus detalles. Y es que los detalles de lo inmenso son inmensos también y se destacan vigorosamente.

Un detalle de la imponente tragedia fué el hecho realizado por Retogenes Carrannio, quien en medio de aquel cerco brutal con que Excipión oprimía la plaza, en medio de aquellos 60.000 combatientes constantemente en guardia—

siempre vigilando los muros y las gruesas cadenas formadas con maderos erizados de puntas de hierro á fin de cortar las comunicaciones por el río,—salió en compañía de otros cuatro numantinos, y degollando á cuantos enemigos le opusieron resistencia corrió á las vecinas ciudades en demanda de socorro para los sitiados.

Detalle es aquel mensaje que Aluro llevó al campamento de los sitiadores para evitar la destrucción de Numancia.

Detalle es la efervescente actividad con que los numantinos preparaban y distribuían el *celia*, aquel licor que excitaba, enloquecía y obligaba á morir matando.

Grandiosos detalles de lá horrible hecatombe son estos y otros muchos que hoy mismo, á pesar del positivismo de la época, inspiran á nuestros artistas, los cuales nos pintan una vez más aquella ciudad incendiada por sus moradores, aquellas madres hundiendo el puñal en el corazón de sus hijos y arro-

jándose á la hoguera; aquellos ancianos que después de haber bebido la cicuta se clavaban un arma en el pecho y arrastrándose luego con las convulsiones de la agonía iban á engrosar las llamas temiendo aún que la vida no se les escapase y pudieran ver á los romanos dueños de lo que fué Numancia. Hermosa leyenda la de aquellos jóvenes extenuados por el hambre y la fatiga, que salen de la ciudad y caen sobre sus verdugos, siembran el terror en sus filas, y ya exánimes, desarmados y moribundos, todavía les queda empuje para hacer presa en el cuello del enemigo y morir agarrados allí hundiendo los dedos en la carne, haciendo de las manos unas tenazas que se aprietan más y más al crisparlas la muerte, que asfixian al contrario y bajan á la fosa llevando consigo el cadáver de aquel que se puso á sus alcances.

¡Hermosa raza de celtíberos que llorando, por creerla sin honor, la muerte de quien espiraba tranquilamente en

el lecho, hacía fiestas y demostraciones de regocijo por el que moría peleando!

Así fueron también los sucesores de los numantinos, tanto que mucho tiempo después de espirar el siglo xv, cuando ya las condiciones de la guerra se habían modificado extraordinariamente, asistieron los sorianos á la desastrosa batalla de Arjubarrota, donde murieron todos los que tomaron parte en la jornada, “excepto un mancebo—dicen las crónicas—que vino con la nueva á la ciudad, y al cual mató su padre en el campo de Santa Bárbara, teniendo por afrentosa la vuelta,,.

“Un antiguo manuscrito atribuye al padre estas palabras:—*Hijo, no es posible que vos entrádes en la batalla donde tanto bueno quedó; no deviades vos acá venir.* Y echando mano al puñallo mató.,.

Grande fué la importancia que Soria tuvo en la antigüedad, y abundan en la historia las hazañas de los sorianos. En la batalla de Alarcos se vió á 1.200 ca-

balleros de la provincia hacer con sus cuerpos una verdadera muralla que defendió al rey y le salvó la vida.

No es pues extraño que Soria tuviera un sin número de privilegios, debidos á su valor y lealtad.

Existieron en la ciudad doce linajes; cada uno tenía su iglesia, y entre los que la formaban no “había primero ni postrero, todos eran iguales,,.

Por privilegio especial eran en campaña guardas de las personas reales, y cómo cumplían su misión lo prueba bien á las claras lo referido en la batalla de Alarcos.

Muchas fueron las franquicias otorgadas por los reyes á tan noble ciudad. Entre las más originales figura una de Enrique IV por la cual “se hace merced para que el día de su mercado, que es el jueves de cada semana, sea franco, y que el día antes al venir á él y el día después al regresar ninguno de fuera pueda ser preso por deudas,,.

En 1380 el rey don Juan I reunió en

Soria las Cortes generales, y “en ellas—dice un cronista—se establecieron excelentes leyes cuya mayor parte se halla recopilada, y fué notable la disposición sobre que las mancebas de los clérigos (no las mujeres públicas, como dicen algunos) se distinguieran de las mujeres honestas por un prendedero de paño bermejo de tres dedos de ancho puesto sobre el tocado,,.

¡Cómo andaría la moralidad del clero y dónde llegarían las desvergüenzas de sus *amas*, cuando nada menos que en Cortes se tomó el acuerdo de ponerlas una *divisa* que las distinguiese no sólo de las mujeres de bien, sino de las rameras, las cuales, al ser comparadas con las otras, podrían decir con cierto orgullo:—¡Aún hay clases!

Aquellas leyes, aquellos linajes, aquellos privilegios que Soria ganó tan en buena lid, no la sirvieron para mantener su grandeza. En los pueblos, como en los individuos, la suerte es el todo y esa ciudad nunca la tuvo.



En 1328 el rey Alfonso XI envió á Soria á su merino Garcilaso de la Vega con objeto de reunir gente que le ayudara en su campaña contra el infante D. Juan Manuel.

Por causas que no explican suficientemente las crónicas, vinieron á las armas el tal merino y los nobles de la ciudad, perdiendo aquél la vida. Y aquí sí que miente el conocido refrán de *Fortuna te dé Dios, hijo, que el saber poco te vale*; pues con sólo que hubiera sabido deletrear el pobre merino hubiera escapado con vida, si no mienten los antiguos manuscritos. Dicen éstos que perseguido Garcilaso de la Vega, se refugió en el convento de San Francisco, se encajó un hábito, se caló la capucha, tomó un breviario, y poniéndose de rodillas fijó sus ojos en el libro, con gran devoción, haciendo que leía. Pero como le estorbaba lo negro, abrió el libro al revés. Al entrar los enfurecidos sorianos en la iglesia uno de éstos se fijó en aquel detalle, y entrando en sospechas vino á

descubrir que bajo el sayal franciscano se escondía el cuerpo del merino, el cual fué cosido á puñaladas.

Esta fechoría tuvo su castigo; pues el rey, que fingió entonces no dar importancia al hecho, juró vengar á su merino, y al año siguiente entró en Soria, hizo decapitar á los cabezas de motín y destruyó más de trescientas casas.

“Desde aquellos sucesos—cuentan los historiadores—la ciudad no logró ya reponerse de tanto desastre.,,

Y por si ellos no fueran suficientes, en 1358, al invadir D. Enrique los estados de su hermano, asoló el territorio de Soria.

A últimos del siglo xv, en que la ciudad se sometió á la corona de Castilla, su nombre empezó á eclipsarse y pronto fué olvidada.

Desatendida después por todos los gobiernos, quedó reducida á sus propias fuerzas. Hasta hace muy pocos años la ciudad estuvo aislada del resto de la Península. Otros lugares, sin historia,

sin nombre, sin representación en el mundo de los recuerdos, veían detenerse á sus puertas la locomotora arrastrando un sin número de coches que les dejaban allí, viajeros, mercancías, correspondencia, y los sorianos se veían precisados á embutirse en la vieja diligencia y sufrir las torturas de un viaje á la antigua para llegar á Sigüenza ó á Jadraque, tomando allí el tren que les llevara á la Corte.

Hoy ya tienen ferrocarril; pero es tan molesto, largo é incómodo el viaje á Soria, que casi casi resultaba preferible la diligencia.

Ese aislamiento en que unos y otros dejaron á la heroica ciudad diríase que la obligó á encastillarse en los recuerdos de su historia. Quizá por eso conservó sus tradicionales fiestas de las calderas con sus jurados y sus cuadrillas, símbolo de una civilización que pasó y de una fuerza que envidiaron todos; porque el poder de tales cuadrillas fué tan importante en otros tiempos, que ejercían ac-

tos, no sólo de administración municipal, política y económica, sino judiciales, tanto en lo civil como en lo criminal.

Las fiestas de San Juan en Soria tienen tal carácter y se diferencian tanto de otras en que los toros juegan el principal papel, que no es posible formarse idea sin presenciarlas. Es preciso estudiar aquella elección de jurados y aquellas frecuentes excursiones al monte para elegir los toros y *lavarles la lengua* (huelga hacer constar, porque eso lo supondrá el lector, que las lavadas son las de los excursionistas); hay que ver aquellos toros enmaromados en la mañana del sábado y aquellas adornadas calderas que devoran—el contenido, dicho se está—los sorianos, al día siguiente; hay que presenciar aquellos bailes y ver aquellos cachirulos pendientes de las guitarras de los mozos. A poco que se tenga de artista, y á menos que se relacione las costumbres de un pueblo con sus tradiciones, se verá á Soria en esos

días despertar de un sueño de muchos siglos y comenzar su vida donde aquel sueño la interrumpió, en plena Edad Media, con su culto á los santos, su lidia de reses bravas en la calle, su organización de cuadrillas mandadas por jurado y su reparto de bienes en común (aquí es la carne de los toros) cuando el común está formado con los recursos de toda la ciudad.

Estas fiestas características, originales, tan diferentes de todas las que se celebran en España, están magistralmente descritas por D. Mariano Granados en su carta de 22 de marzo de 1892, la cual figura con el núm. 11 en el Apéndice de *Los novillos*, y que, por lo tanto, no reproduzco aquí.

El que ignore lo que son tales *Fiestas de las Calderas*, pase la vista por aquel documento que escribió un soriano bien amante de su país, y si la relación le interesa, que de fijo le interesará no siendo un zote, vaya á enterarse personalmente de todo lo que allí se describe;

porque la luz de aquel delicioso monte de Valonsadero, al rayar el alba, el aroma que se respira, lo tibio del ambiente, el ir y venir de los jinetes por la vega reuniendo el ganado, los grupos que presencian la operación desde las alturas, los corrillos, los almuerzos al pie de los árboles ó á la sombra de las peñas, las danzas al son de la guitarra ó de las dulzainas, la vuelta á la población de aquel *todo Soria* que fué á traer los toros en esa mañana de la *saca*, aquella inmensa media luna de gentes á caballo, cuyo centro ocupan los bichos y á la que sirve de escolta una multitud de carruajes, aquel barullo, aquella animación, los gritos, las canciones mezcladas con el chasquido de los látigos y el sonar de los cascabeles, todo esto y el *sabor* histórico de las fiestas no hay nadie capaz de pintarlo.

Es preciso ir allá.

¡Hermosas costumbres, que algunos combaten por bárbaras y que yo defenderé siempre! porque la barbarie de un

día—si es que existe—no borraré jamás la civilización de un año; porque el ir quitando bajo fútiles pretextos todo lo que en nosotros es típico y viril, constituye un delito de lesa patria, un atentado á nuestros usos, un desafuero artístico y un acatamiento vergonzoso de la esclavitud impuesta, no por el fuerte y el sabio, sino por el vanidoso y el débil.

¡Ah! sobre esto insistiré, siempre que la ocasión se ofrezca, con toda la fe de un convencido.





**ALENCIA**







## Capítulo XVII

Una hermosa región de España.—Historiadores que no merecen crédito.—Amalgamas incomprensibles.—Influencia de la dominación árabe.—Valencia oriental.—La educación.—Lo que fué el Cid.—Asesinatos horribles.—En Cuenca.—Ciudad ilustrada.—La mujer valenciana.

~~~~~

HERMOSA región española, donde basta copiar un trozo de cielo y [un pedazo de tierra para tener un cuadro; admirable país el cual la belleza tiene su asiento y la luz parece llegar filtrada desde el cielo para inundar campo y ciudades con los más puros resplandores!

¡Qué de extraño que un pueblo seme-

jante cuenta con artistas como Domingo Marqués y Scrolla y Benlliure y Sala y Plá y Pinazo y Agrassot y tantos otros si la naturaleza les da ya hecho casi todo el camino!

La historia de Valencia también está por escribir y ¡cuidado si hay libros publicados al efecto!, pero quitando en los unos la parte de fantasía y en otros la rutinaria, queda muy poco servible.

Empieza por ignorarse la época fija en que se fundó Valencia y sigue por no saberse la mitad de su verdadera historia. A un señor D. Román de la Higuera, que metió su capote en lo de historiar aquel país, le vino el santo de espaldas y el cronista quedó muy por lo mediano.

Martín Viciiana, que pudo utilizar muchos y muy buenos datos y tardó en escribir su historia cerca de medio siglo, lo hizo con tan poco acierto que obligó á la antigua real Audiencia á prohibir la continuación de tal obra.

Gaspar Escolano, otro de los antiguos

historiadores de Valencia, tomó como verdades las *fantasías* de Román de la Higuera y ya pueden ustedes calcular lo que aquel hombre haría de provecho.

Lástima no saber á ciencia cierta lo que fué este país donde se mezclan la poesía y la barbarie, donde hay mujeres que fascinan y hombres que matan, donde junto á la fe, el sentimiento, la poesía y el arte andan sueltas la ferocidad y la venganza y donde se conservan para exhibirlos de vez en cuando hábitos y costumbres que nada tienen de pacíficos.

Yo no sé si la incomparable tragedia de Sagunto habrá mezclado en la sangre valenciana algo de aquella ferocidad, de aquel valor y de aquel heroísmo; pero es lo cierto que los valencianos no reparan en pelillos cuando de morir se trata y ven correr la sangre con pasmosa tranquilidad.

En ninguna parte influyó más que en Valencia la dominación árabe: han pa-

sado los siglos y todavía queda allí el sello que los árabes la dieran.

Y á decir verdad, mucho debe Valencia á los orientales y poco tuvo que agradecer á los *otros* conquistadores, aunque haya quien opine lo contrario.

“Los árabes regidos por Abd-el Asis—dice un distinguido cronista—hallaron bello el país, inundado de sol, cubierto por un cielo puro y trasparente y un clima que les recordaba las llanuras del Asia Menor, y se fijaron en Valencia, y la amaron, la cantaron, la enriquecieron, la fecundaron con canales con nuevos pueblos y la dedicaron todo el interés de su omnipotente dominación.

„Valencia se hizo oriental, Valencia tuvo mezquitas numerosas, multitud de aljamas, escuelas públicas, nobleza poderosa, abundancia de esclavos y dió el sér á una muchedumbre de escritores en todos los ramos del saber, en Játiva, en Denia y sobre todo en la capital. Valencia ostenta donde quiera los monumen-

tos de los dominadores orientales; fué una estancia distinguida de los musulines. La época de la Valencia árabe merecía un honroso lugar en la historia.,,

Los musulines trazaron ese laberinto de grandes y pequeños canales subterráneos que tanto admira el extranjero y los musulines de entonces vienen á la memoria cuando se estudia detenidamente al valenciano.

Hay en el carácter de éste muchos de los rasgos que aquéllos tenían; no puede negar la raza.

Aunque dominaron los árabes en Valencia menos tiempo que en Andalucía, son quizá los valencianos más árabes que los andaluces.

Los antiguos dominadores de Valencia tenían una imaginación impresionable y fogosa, eran poetas naturalmente, contaban la venganza entre los dogmas de su raza, consideraban á la mujer como un objeto de deleite y las hazinaban en los serrallos.

Los valencianos también son poetas,

también tienen imaginación fogosa é impresionable, y también gustan el placer de la venganza.

Que la educación modificó esos instintos en las clases acomodadas, que en Valencia, como en las demás regiones de España, las personas cultas y bien nacidas refrenan su carácter y dan á la sociedad lo que la sociedad pide, es innegable; pero el populacho, la masa, los que no pueden dominar sus instintos con la educación, son vengativos, tienen algo de aquellos muslines que “contemplan con placer la cabeza cortada de quien momentos antes tenía sus ojos en sus ojos y su corazón en su corazón,,.

Lo heredaron de los árabes y lo heredaron del Cid, aquel guerrero que nos pintan como un gran hombre y que aparte su arrojo, su valor y sus puños, nada tenía de grande y sí mucho de pequeño. Fué un soldadote, irascible, sanguinario, vengativo, cruel, que no cumplía sus promesas y se burlaba de sus

juramentos. Dígalo si no el rey moro Ben D'yajat, con quien hubo de cometer todo género de atrocidades acabando por "enterrarlo en una fosa hasta el pecho y con los brazos fuera, y encendiendo fuego alrededor á la invocación de *Dios clemente y misericordioso*, aproximándose el mismo Ben D'yajat las ascuas de la lumbre para terminar más pronto su existencia,,.

Esos renglones copiados de un cronista bastan y sobran para demostrar quién fué el Cid, y lo que de él pudieron aprender, en punto á humanitarismo, sus adoradores valencianos.

No, no dieron pruebas de ser muy humanos en la victoria ni perdonar fácilmente los agravios. Aun sin recibirlos, tratándose de infelices extranjeros que vivían pacíficamente en Valencia llevaron su ferocidad á lo increíble.

"El día 5 de junio de 1808, quedaban—dice un escritor—muchos franceses encerrados en varios departamentos de la ciudad bajo la guardia de los reli-

giosos, y casi se creían salvos cuando el canónigo Calvo dispuso que fuesen trasladados á las torres de Cuarte. Escoltados por los mismos que habían asesinado á sus compatriotas en la noche anterior, salieron por la puerta del mar y por fuera de murallas se encaminaron á las torres citadas.

„Al llegar empero delante de la puerta de Ruzafa dispuso el jefe de los asesinos que todos entraran en la plaza de toros, que se estaba levantando entonces en el mismo punto donde se levanta hoy el Gran circo.

„En pos de los presos y de su escolta entraron también muchos curiosos que se derramaron por el tendido, y gracias á algunos de éstos se salvaron unos pocos franceses en medio de la confusión. Empujados y hacinados (los franceses) en el centro del redondel, fueron instantáneamente y horriblemente degollados. Así perecieron más de ciento.,,

Esos ciento lo fueron allí mismo, en la plaza de toros; pero en otras partes y

con circunstancias verdaderamente horribles, se asesinó á 400 desdichados que vivían en paz y en gracia de Dios y que contaban con las simpatías de la gente culta.

No cito este hecho como extraordinario en los anales de la ferocidad; lo cito por haberse verificado en la plaza de toros; lo cito por el cuadro que ofrecerían los espectadores del tendido mirando impasibles aquella feroz matanza, para la cual muchos estaban invitados secretamente, contentándose los que no estaban en el secreto con dejar que escapasen “en medio de la confusión,, algunos de los perseguidos; lo cito, porque aquel lugar, donde antes habían justado noblemente los caballeros y ahora iban á luchar los lidiadores con los toros, se profanó con tan brutales asesinatos.

Si quisiera pintar ese carácter vengativo del populacho iría á Cuenca, trasladaría al papel las relaciones que me hicieran algunos testigos presenciales,

de aquellos horribles asesinatos cometidos por las hordas carlistas, y trazaría el siguiente boceto:

En una pobre estancia agoniza un vecino honrado; junto á la cama, está llorosa y abatida la mujer del enfermo. Todos los sufrimientos se reflejan en el semblante hermoso de aquella infeliz, que después de haber rezado y llorado, después de pedir al cielo la salud de aquel hombre que es para ella su porvenir, su felicidad, su vida, la realización de sus ensueños, su existencia entera, abre su corazón á la esperanza y confía en que el cielo ha de oír sus oraciones.

Todo es silencio en aquel lugar; no se oye más que la respiración fatigosa del moribundo y los débiles suspiros de la enfermera.

De repente se produce en la calle un inmenso clamoreo; suenan tiros en todas direcciones; se oye el galopar de los caballos, y el correr de las gentes, y el tocar de las cornetas; se grita, se ruje, se mal-dice, se ahulla. El moribundo abre des-

mesuradamente los ojos al suponer lo que motiva aquel infierno; la mujer se acerca á la ventana, y antes de que pueda abrirla se precipitan en la habitación unos desalmados, cubiertos de sudor y de polvo, con las ropas manchadas de sangre y las manos ennegrecidas con la pólvora. Entran riendo, cantando, celebrando con salvajes gritos la conquista de una plaza que no se rindió.

—Hermosa mujer, *Cipayo*—dice uno de aquellos bandidos dirigiéndose al moribundo mientras oprime brutalmente entre sus brazos á la pobre mártir.

—Esta es para mí.

—Y para mí—replica otro de los hombres.

—Y para todos—dicen los demás.

Así fué; todas aquellas fieras cebaron sus bestiales apetitos en la infeliz; pero antes atravesaron de un bayonetazo al enfermo y arrojaron su cadáver por la ventana para convertir en sitio de placer infame lo que era lecho de santo dolor.

Y al salir de aquella casa los asesinos, viendo un charco de sangre junto al infeliz, muerto por ellos, hubo algunos que mojaron en ella sus alpargatas mientras decían en ese dialecto que sirvió en otras épocas para cantar las hazañas de los héroes.

—*Ché*: moja, moja las alpargatas en sangre de *cipayo*, que así se ponen duras como el hierro.

Aquellos salvajes eran valencianos, y valencianos eran también los que á semejanza de los citados cometieron en Cuenca toda clase de horrores contra personas indefensas, que por todo delito tenían el de ser parientes de algún liberal.

¿Es que voy á medir á los valencianos por un rasero y á hacer que pesen sobre todos los salvajes atropellos cometidos por unos cuantos? ¡Qué disparate! Eso sería llevar hasta lo indecible el absurdo.

No; Valencia es un pueblo admirable que ha producido en todo tiempo ver-

daderas eminencias; Valencia es un pueblo que ocupa en la historia patria un lugar muy preferente; Valencia es un pueblo liberal, culto, trabajador, amante del progreso; Valencia tuvo leyes que copiaron otros pueblos y tribunales populares que han sido y serán el fundamento de toda justicia. Valencia es... Valencia en una palabra.

Pero lo repito, en el fondo de ese gran lago cristalino que refleja el puro azul del cielo y las verdes hojas de la morena, está el fango, y á poco que se le agite enturbia aquellas aguas.

Dominado, oscurecido, relegado á los rincones de las aldeas por las clases ilustradas, que son las que dan carácter al pueblo de Valencia, está el populacho, el heredero de las bajas pasiones de los muslines, el que tiene la venganza como un dogma, el que es y ha sido siempre árabe por naturaleza, el que por entretenimiento arrcja, en las fiestas, cohetes encendidos á la cara del transeunte, el que—salvo rarísimas excep-

ciones—considera á la mujer como un objeto de deleite.

Y al mirar ese color pálido de las *huertanas* creeríasele producto de la ira que sienten al ver que su hermosura incomparable, su delicadeza, su esbeltez, su gracia, su finura, no inspiran por lo común á los hombres de su tierra esas grandes pasiones que otras mujeres infinitamente menos hermosas han inspirado á los de la suya.





Capítulo XVIII

Antigüedad del espectáculo taurino en Valencia.—
Los primeros empresarios.—Manchino y su viuda.
—El canciller mayor.—La Beneficencia.—De pró-
roga en próroga.—Plazas de toros.—Carpinteros
arquitectos.—El nuevo circo.

~~~~~

**Q**UE Valencia es uno de los pue-  
blos más antiguos en punto á  
tauromaquia, casi huelga de-  
cirlo. Basta fijarse un momento en la  
historia valenciana para comprender  
que aquella raza guerrera, indomable,  
valiente, amante del peligro, había de  
sentirse arrastrada por carácter y por  
temperamento á la lucha con los toros.



Y se sintió ¡vaya si se sintió! como que ya en tiempos de Alfonso X, al tomar la fiesta nuevos rumbos, Valencia y Zaragoza fueron un plantel de lidiadores.

Después se ejerció en Valencia la tauromaquia, más como ley caballeresca que como diversión popular.

Allí puede decirse que nacieron los empresarios de toros, porque el interés privado divisó en la fiesta un objeto de lucro y quiso explotarla.

Y surgió Ascanio Manchino, quien obtuvo de Felipe III en 1612, una merced en forma de privilegio “por tres vidas,, para dar funciones de toros.

Muerto Ascanio poco tiempo después y habiendo instituído heredera á su mujer doña Mariana Bermúdez, ésta fué declarada dueña del privilegio; pero como no es empresa mujeril la de organizar espectáculos taurinos, vendió la doña Mariana el privilegio por las “dos vidas,, que aún lo podía disfrutar, á don Felipe de Salas, Canciller mayor y registrador del Consejo de Indias. Este

compró el privilegio en 224.400 maravedís, vendiéndolo en seguida por 299.200 á D. Martín de la Bayren, contador del marqués de Tavera, entonces Virrey y capitán general de Valencia.

Vió el hospital que la fiesta daba pingües beneficios, y acudió al rey en demanda del privilegio, apoyando su petición en la costumbre implantada en otras partes de aplicar á beneficencia el producto de las corridas.

El rey, atendiendo la súplica, concedió al hospital, en Diciembre de 1625, el privilegio “de los *corros de toros* que se celebrasen en las plazas y lugares públicos de Valencia por tiempo de 20 años, acabadas que fuesen las tres vidas por que lo tenía la viuda de Manchino,,.

Que la concesión era muy conveniente al hospital lo prueba el que las Cortes de Monzón, en 1626 propusieron: *que la merced delsorros de bous que ab privilegi Real está concedida al dit Espital per temps de vint ans, sia perpetua.*

Eso de lo perpetuo no agradó al mo-

narca, quien hubo de limitar la petición con este decreto: *Place á la Majestad prorogar dita merced al Espital per temps de altrs vint ans.*

Y así, de próroga en próroga, se llegó al privilegio perpetuo concedido en 1739 por Felipe V.

El hospital, con la dicha concesión, aumentaba sus beneficios dando excelentes corridas en las que se lidiaban reses de Colmenar Viejo compradas á los ganaderos Rodríguez y Fermosel, quienes las vendían á 800 reales por bicho, “puesto á treinta leguas de Valencia,,.

La baratura de los toros y el poco coste de la plaza, hecha de *carafals* (tinglados) produjo al hospital grandes beneficios.

Después, como sucede en todo, hubo sus más y sus menos; las ganaderías aumentaron el precio de las reses, los toreros fueron pidiendo un poquito más y las plazas ya no se hacían, ciertamente, con un puñado de reales.

No anduvieron mal de circos taurinos

en Valencia; por entonces “se levantaron,, allí en diferentes puntos: unas veces en el Mercado; otras en la plaza de Santo Domingo; otras en el llano de Zaidia y otras frente al palacio Real.

Muy á principios de siglo, allá por los años de 1803, se construyó una plaza ya más *seriecita* fuera de la puerta de Ruzafe, donde hoy existe la actual; pero al poco tiempo, y con motivo de la guerra, fué derribada, utilizándose sus materiales para la construcción de baterías, etc.

Acabó la contienda, *echamos* á los intrusos (¡qué tiempos aquellos!), volvió nuevamente el hospital á lo de las corridas y volvió el “levantamiento,, de plazas interinas “bajo el sistema caprichoso y de gran ingenio—dice un escritor valenciano—que los carpinteros del país han heredado, según la tradición del célebre arquitecto y congregante P. Tomás Toca. Generalmente se construían fuera de la puerta de Cuarte,,.

Como *heraldo* de la actual se edificó en

1851 *una buena plaza de madera cerrada de pared que inauguró el Chiclanero, lidiando toros de Osuna, Veragua y Gavira.*

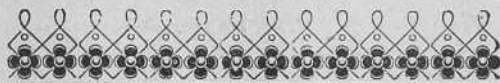
Así lo leo y así lo copio.

Y por fin, después de muchas dificultades, se construyó la que hoy existe, y cuyas obras terminaron en 1860.

Ese hermoso circo, admiración de propios y extraños, esa plaza que se pone (ó la ponen) siempre de modelo, no es una *advenediza*; tiene, como se ha visto, una historia y un árbol genealógico.

Desde los antiguos *carafals* hasta el suntuoso edificio con sus cuatro órdenes de palcos y su estilo dórico, “imitación del teatro Flavio Marcelo,, hay una larga jornada que se recorrió á pie firme, luchando siempre y trabajando por el arte y por el hospital.

Mucho debe á Valencia la fiesta de toros, y algo hay que decir sobre el asunto. Como no he de hacer lo que el cosechero del cuento, dejarlo para mejor ocasión, aprovecho la presente y ahí va lo que rezan mis notas.



## Capítulo XIX

Sello caballeresco.—Las corridas y los nobles —De 1659 á 1691.—El conde de Peralada y San Pascual Bailón.—La Maestranza de caballería.—Sus estatutos.—Junta secreta.—Músicos, clarineros y timbaleros.—Un *romanC nou*.—En el siglo XVIII.

~~~~~

DESDE que la lucha del hombre con la fiera vino á ser algo más que un acto de brutal arrojo, y se reglamentó la lidia, y se hicieron cartillas para torear, y se convirtió aquella lucha en hermoso espectáculo, Valencia le imprimió un sello caballeresco que todavía se conserva.

Los nobles ahogan los instintos de

aquel populacho, que cazaba los toros en las dehesas, los llevaba á la ciudad, los ccorría enmaromados por las calles y los martirizaba estúpidamente, haciendo repulsivo y bárbaro lo que debió ser y fué luego, grande y lleno de atractivos.

Las corridas en que la nobleza juega el principal papel se multiplican, habiendo en todas esos arrojios de que fueron siempre teatro los circos españoles.

Y á semejanza de otros lugares, Valencia solemniza con fiestas de toros las canonizaciones de los santos, las visitas de los reyes, las inauguraciones de los templos.

Aquí, como en otras partes, son los toros el tema obligado en los festejos y de aquellas corridas existen relaciones que pintan los incidentes de la lucha y encomian el valor de los caballeros, alguno de los cuales hubiera podido dar tres y raya á los de más empuje.

Entre aquellas grandes corridas cantadas por los poetas sobresalen: la verificada en 21 de mayo de 1659 por

la canonización de Santo Tomás de Villanueva; la que el “Preclaro Arte de Notaría dispuso para la canonización de el Señor San Beltrán,, en 1673; la dedicada á la Purísima Concepción en 1662, la que en honor de Nuestra Señora de los Desamparados, “por su traslación á su nueva sumptuosa capilla,, se verificó en 1667 y las de 1691, pródigas en incidentes dramáticos y rasgos de valor.

“El conde de Peralada y Albatera D. Guillén de Rocafull fué el héroe de estas corridas, matando con rejones diferentes toros.

„Uno de los caballos era tan bravo y desobediente al freno, que, dándole en el rostro un violento golpe perdió el jinete los sentidos y cayó al suelo aunque sin soltar las riendas de la mano en tan lastimoso trance.,,

El cronista, autor de lo dicho, atribuye á San Pascual el milagro de que no muriera allí aquel valiente, pues todo el público invocó el nombre del san-

to y por eso la cosa no pasó á mayores.

La fe salva.

*
* *

Tuvo Valencia su Maestranza de caballería, una de las más importantes de España, y rival—si en esto caben rivalidades—de la de Sevilla.

Se estableció en 1697 y fué restablecida en 1754.

El rey por cédula de 1760 concedió á este Cuerpo iguales exenciones que á los de Sevilla y Granada. Y por último—una vez aprobadas por S. M.—Benito Monfort hubo de imprimir las reglas porque había de gobernarse la repetida Maestranza.

Ya sé yo que á la mayoría de los lectores le entretendrán muy poco estos detalles; pero las Maestranzas de caballería juegan un gran papel en nuestro espectáculo y es preciso decir lo que quéllas fueron. Y como sus estatutos

resultan en todas muy parecidos, conociendo los de la Maestranza de Valencia se conocen los de las otras. Por eso con lo que ahora se diga y lo escrito en páginas anteriores, podrá el lector formarse idea de lo que fueron aquellas corporaciones.

Aparte ciertos pormenores relativos á la construcción de la plaza, á su alquiler, á la forma del bando etc., he aquí lo más importante de los estatutos por lo que á las corridas se refiere:

I

“De las casas del Teniente de S. A. R. saldrán el Escribano, y Ministro de la Real Maestranza, acompañados de los Picadores, llevando delante los Timbales y Clarines del Cuerpo, todos á caballo, é irán á la Plaza de la Maestranza, donde se publicará el Vando.,,

IV

“Armada la Plaza del tamaño, forma y disposición á la cómoda capacidad del concurso, se formará en su frente principal un Balcón de distinta y mejor

fábrica, en el qual sobre el Postergal encarnado se colocará los días de las fiestas el Retrato de S. A. R. y una Silla debajo cubierta, y el Retrato de S. A. R. lo estará también con una Cortina, y custodiado de dos Granaderos hasta la hora de empezar que despejada la plaza por la Compañía de Granaderos al irse esta reuniendo irá saliendo la Maestranza, y sentándose hasta que formada la Compañía delante del Retrato, pasa hacer la Tropa el correspondiente saludo, correspondiendo los Timbales y Clarines de la Maestranza, batiendo la Marcha, y puesto el Real Cuerpo en pie, se descubrirá tirando el Cordón el Portero, y ocupando la Guardia dos Cavalleros Maestranteros con la Espada terciada, conforme á la orden de S. M. para quando en las funciones se descubre el Real Retrato; cuyas centinelas pondrá, mandará y retirará el Cavallero Fiscal: luego el Portero recibe la Llave del Cavallero primer Comisario en una fuente de plata y la presenta al Teniente de S. A. R. quien inmediatamente la arroja á la Plaza al que ha de abrir el Toril, y se empieza la Fiesta.,,

V

“Por la derecha del Balcón de S. A. R. continúa el de la Maestranza de inferior ornato, el qual ocupará el resto del frontis, y toda la longitud proporcionada á que en sus asientos quepan todos los Cavalleros Maestranteres.,,

VI

“El teniente tiene el primer asiento inmediato al Balcón de S. A. R. y consecutivamente los demás Maestranteres por el orden de sus empleos; y siguiendo los demás por sus antigüedades, conforme al llamamiento que á la entrada del Balcón hará por lista el Secretario, y estarán durante la Fiesta el Escrivano Receptor de la Maestranza, y el Portero en pie detrás de la Silla del teniente para lo que les mande.,,

VII

“La Ventana inmediata al Balcón del Retrato de S. A. R., por la izquierda, se da al Corregidor, Justicia Mayor Real Ordinaria, que asiste para auxiliar las providencias del teniente en las ocurrencias de la Plaza; y se previene que siempre que ocurra cualquier alboroto

en la referida Plaza, siendo el reo ó reos sujetos á la Jurisdicción Real, se han de entregar al Corregidor para que conozca de sus causas; pero estando comprendidos en el fuero de la Maestranza, ha de conocer el Capitán General como Juez Privativo de este Real Cuerpo.,,

VIII

“Inmediata á la ventana del Corregidor se da otra al teniente de S. A. R., y por la derecha del Balcón de la Maestranza, la primera ventana se da al Juez Privativo, y la inmediata al Asesor.,,

IX

“En la construcción de la Plaza se procurará observar la mayor uniformidad en las ventanas y andamios, así por la hermosura de la simetría, como por la conveniencia.,,

X

“Los dos Picadores de vara larga visten los colores de la divisa de la Maestranza, guarnecidas las casaquillas de galones de plata, y las Sillas de Gi-
neta con Caparazones de la misma divi-

sa; la que también se observa en los vestidos de los Lidiadores con la correspondiente diferencia.,,

XI

“Terminada la función se pone la Maestranza en pie y se cubre el Real Retrato con las mismas formalidades que se descubrió.,,

.

Después de las disposiciones citadas se toca la cuestión financiera “para que bien administrado el producto de las Fiestas de toros pueda sostener la Maestranza.,,

A confesión de parte... Es decir, que aquel cuerpo privilegiado, con leyes especiales y especiales fueros, estaba sostenido por las corridas de toros, y como por ellas vivían también el hospital y muchas cofradías más ó menos religiosas, es preciso reconocer aquí, como en todas partes, la importancia, del espectáculo.

Todas las maestranzas tenían como patrón un santo ó virgen.

El—ó mejor *la*—de ésta en que me ocupo, era la Purísima Concepción.

Había también en las maestranzas (ó lo había al menos en la de Valencia) una Junta secreta, á juzgar por el título VI de sus ordenanzas, en que se dice:

+ *No Torero,*
Aino Torero
que no es lo
mismo
¡Pobre Millan
escribiendo
de esta cosa!

“Ningún maestrante podrá admitir Torero en Plaza que no sea de la Maestranza, sin expreso permiso del Teniente y Cavalleros de la Junta secreta, pena de estar á la más severa resolución.,,

Por último: esa corporación debía tener, y tenía “un timbalero, dos clarineros y ocho músicos de notoria habilidad,, para que amenizasen las funciones por ella celebradas. Así es que los maestrantes, armando la plaza por su cuenta, toreando ellos mismos, llevando al circo música, timbales y clarines del cuerpo, habían de obtener grandes rendimientos de las corridas, porque todo se quedaba en casa y la función les salía por una friolera.

No es, pues, de extrañar que cuando

las corridas tomaron otro rumbo viniesen tan á menos las maestranzas.

Mucha son las relaciones impresas ó manuscritas que describen las corridas celebradas en Valencia en el siglo pasado, y pocas las que tienen interés ó dicen algo nuevo.

Entre estas pocas figura un romance en el que se pinta á las mujeres que van á los *carafals* y en el cual nos relata el autor un conciliábulo que tuvieron los toros para no dejarse correr y las razones empleadas por un cabestro al disuadirles de su propósito.

Este romance verdaderamente original y gracioso, lleva el siguiente encabezamiento:

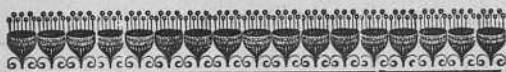
“ROMANG NOU, GRACIÔS Y ENTRETEN-
GUT, en ques declara la rinya y dellibera-
ció quels toros acordarem, immediates á la
Torada ans de partir pera Valencia, pera
la Correguda dels dies 13-14 y 15 deste
mes de Octubre, y present any de 1738, en
que esta ilustre Ciutat celebra lo segle V
de sa gloriosa Conquista; y entre altres

festives demostracions (á excepció de la del Cult Divi) ha dispost fer segona Correguda de Toros Reals, ab assistencia de Tribunals, en publich, en la Plaça del Mercat, com vorá el Curios.=Dictat per una Musa Lapera.,,

Pero ni este *gracios romanC* ni otras descripciones de fiestas taurinas celebradas en Valencia durante el siglo XVIII, dicen nada que sea característico ni merezca un detenido examen.

Vamos ahora á lo moderno.





Capítulo XX

Grandiosidad de las corridas en Valencia.—Las ferias.—Batalla de flores.—La víspera de las corridas.—Impresiones.—Luz y colores.—Los que marcan el rumbo al espectáculo.—Una sociedad taurina.—Periódicos.—Aspecto de la plaza.



LAS corridas que se verifican en Valencia á fines de julio son grandiosas.

Habladle de ellas á cualquier aficionado á toros y os las pintará con los más vivos colores.

Allí nada se escatima. Se compran reses de las más reputadas ganaderías, y por si esto no bastara se han dado en

ocasiones premios de importancia á los ganaderos que ofrecieran mejores toros.

El servicio de caballos, el de arrastre, las banderillas... todo es inmejorable.

Valencia echa el resto en aquellos días y no lo echa con segunda intención, no se propone atraer al forastero para explotarlo después, no hace de las corridas de toros un anzuelo; las da por lujo, por seguir la tradición, por aumentar los atractivos de esas ferias hechura de un ayuntamiento republicano tan activo y probo que dejó nombre en Valencia y siempre se le cita para ensalzarle.

Todo parece darse la mano para animar las fiestas; los jardines se cubren de flores, las huertas de frutos, las tierras de mieses, y el sol, en medio de aquel cielo tan azul y tan puro, todo lo vivifica y realza.

Por entonces se pagan las rentas y se hace la recolección y por entonces acuden á la capital las gentes de la huerta.

A todas horas y por todos los trenes

llegan á la ciudad los que solo la visitan en esta época del año.

Y aquellas flores que se mecían orgullosas en sus tallos son cortadas para arrojárselas al transeunte, para adornar las carrozas, para alfombrar el suelo; porque la batalla de flores en Valencia, que instauró—si no estoy mal informado—el barón de Cortes, no tiene rival en el mundo, como tampoco lo tienen los jardines de aquel delicioso país.

En tales días se camina entre flores, se reciben disparos de flores, se aspira incesantemente el aroma de las flores y se embriagan los sentidos por aquel aroma, y aquellas músicas que tocan sin cesar, y aquellas iluminaciones, y aquellos castillos de fuego, y aquellos arcos de luz, y aquellos pabellones del Ayuntamiento, del Círculo Comercial, de la Sociedad de Agricultura, del Centro Republicano, del Militar, que convierten el paseo de la Alameda en la realización de un fantástico sueño.

La víspera de la primera corrida se

exponen en la plaza, en artístico trofeo, las moñas que han de lucir los toros al día siguiente y junto á ellas, y armonizando el conjunto, hay banderillas, espadas, capotes de paseo etc. etc. Una banda militar ameniza la fiesta y fuegos artificiales la terminan al ser de noche.

Con estas impresiones de arte, de poesía, de grandeza, de buen tono se va á la plaza.

Y esas son las que allí dominan. El espíritu caballeresco de los pasados siglos y el carácter que la Maestranza imprimió á las corridas no se ha borrado.

No es el populacho, que goza al ver la sangre y el martirio de los caballos, quien señaló el rumbo á la fiesta; han sido gentes de buen tono las que lo marcaron; han sido esas personas que organizan las batallas de flores, y levantan pabellones en la Alameda, y visten sus carruajes con dalias, y ofrecen premios en los *jochs florals*, y preparan certámenes de músicas y exposición de máquinas, y reparten socorros á los desvalidos y juegue-